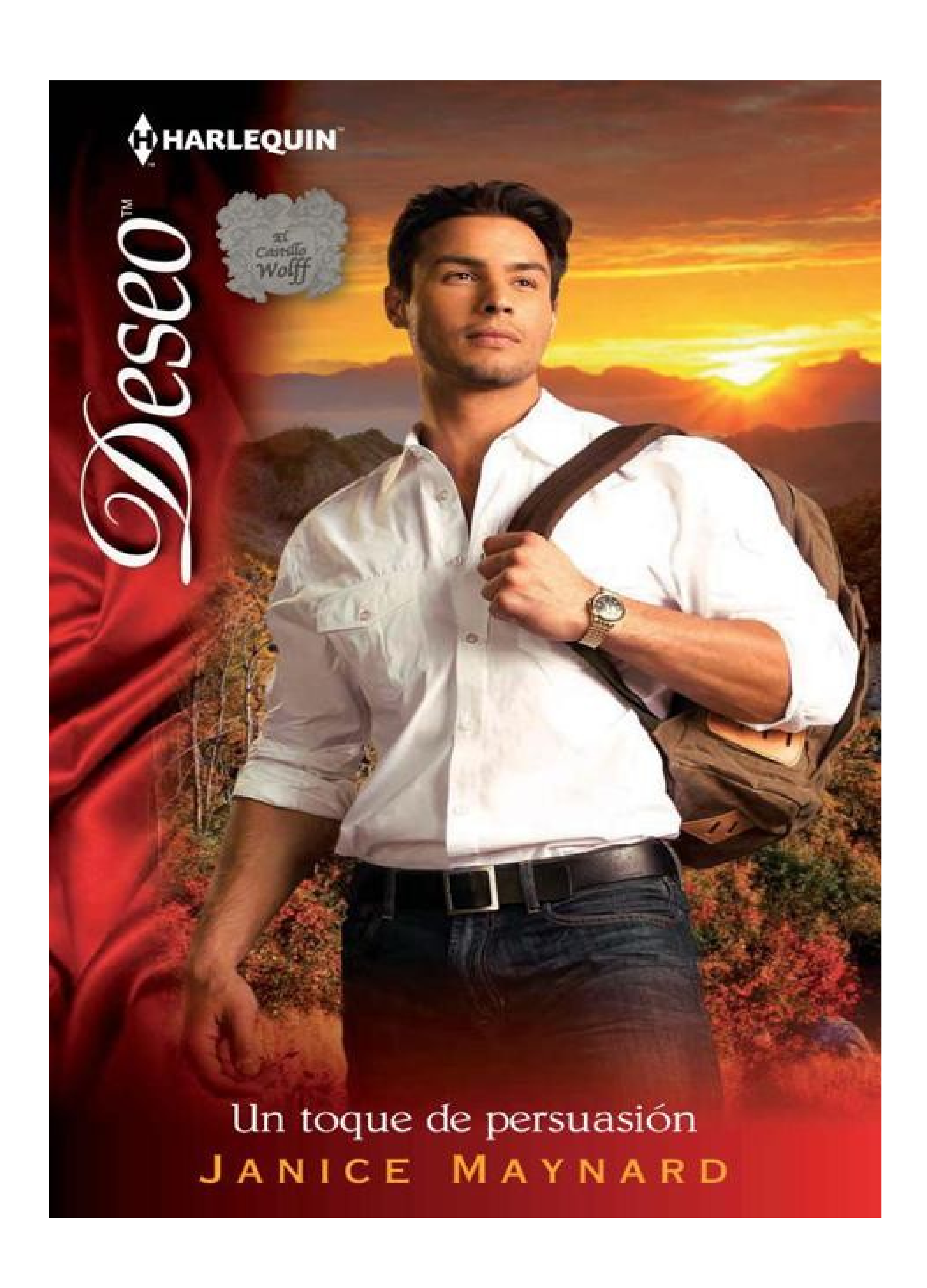

HARLEQUIN
Deseo
El Castillo Wolff
Un toque de persuasión
JANICE MAYNARD

Janice Maynard

Un toque de persuasión

Argumento:

Tema: **Miniserie: El castillo Wolff**

Siempre supo que ese día llegaría

Olivia Delgado había sido abandonada por el hombre que amaba, un hombre que nunca existió. El multimillonario aventurero Kieran Wolff se había presentado con un nombre falso, le había hecho el amor y luego había desaparecido.

Seis años después, no solo había regresado reclamando conocer a la hija de ambos, sino también intentando seducir a Olivia para que volviera a su cama. La pasión, aún latente entre ambos, amenazaba con minar el sentido común de la joven. ¿Podría confiar en él en esa ocasión o seguiría siendo un lobo con piel de cordero?

Capítulo Uno

De pie en el porche delantero, con los puños cerrados, Kieran oyó a lo lejos el sonido de una cortadora de césped mezclado con gritos y risas infantiles. La dirección de Santa Mónica, en la que había localizado a Olivia, estaba en un agradable barrio de clase media.

El artículo que había recortado de uno de los periódicos de su padre crujía en el bolsillo. No le hizo falta sacarlo, tenía las palabras grabadas en su mente.

Los oscarizados Javier y Lolita Delgado dieron una fiesta para celebrar el quinto cumpleaños de su única nieta. La pareja, últimos representantes de la realeza de Hollywood, reunió a una selecta concurrencia de la industria del cine. La pequeña, Cammie, auténtica estrella de la fiesta, disfrutó montando en poni y en los hinchables, y comiendo del lujoso bufé. La madre de la criatura, Olivia Delgado, tan discreta como de costumbre, fue vista en compañía de la estrella en auge, Jeremy Vargas.

Como un perro royendo un hueso, su cerebro regresó a la increíble posibilidad. Las fechas cuadraban, pero eso no significaba que Olivia y él hubieran engendrado una hija.

Una inesperada ira le atravesó el pecho, ahogándolo con una sensación de confusión y remordimiento. Había intentado borrar a Olivia de su mente. Habían mantenido una relación breve, aunque explosiva, y la había amado con la inconsciencia de la juventud.

No podía ser. ¿O sí?

Volvió a sacar el trozo de periódico del bolsillo para estudiar la foto.

¿Era padre de una niña?

Hacía menos de dos días que había llegado de Extremo Oriente. Había acabado mal con Olivia, pero no la creía capaz de ocultarle algo así.

El descubrimiento había alterado todos sus planes. En lugar de disfrutar de una largamente pospuesta reunión familiar en las montañas de Virginia Blue, se había limitado a saludar rápidamente a los suyos para subirse a otro avión, rumbo

a California.

Aunque jamás lo admitiría, estaba nervioso y aterrado. Alargó una mano y llamó al timbre.

–Hola, Olivia –saludó con amargura a la mujer que abrió la puerta.

Podría haber sido una estrella del cine. Era hermosa, una versión más dulce de su exótica madre. Tenía la piel bronceada y una mata de cabellos color caoba. Y unos enormes ojos marrones que lo miraban con gesto espantado.

–¿Puedo pasar?

La palidez de la mujer debería haberle hecho sentirse avergonzado, pero lo que sintió fue una punzada de satisfacción. Necesitaba herirla.

–¿Qué haces aquí? –la joven se humedeció los labios mientras el pulso latía visiblemente en su fino cuello. Era evidente que se esforzaba por aparentar desinterés.

–Pensé que podríamos recuperar el tiempo perdido… Seis años es mucho tiempo.

La joven no se movió, pero su lenguaje corporal decía claramente «no».

–Estoy trabajando –contestó secamente–. Este no es un buen momento.

Los generosos pechos de la joven llenaban una escotada camiseta y era imposible no fijarse en ellos. Cualquier hombre sano entre dieciséis y setenta se sentiría excitado ante la sensualidad de ese cuerpo.

–Puede que para ti no lo sea –se abrió paso de un empujón–. Pero a mí me parece el momento perfecto.

La joven dio instintivamente un paso atrás mientras él entraba en el salón en el que no había juguetes ni ninguna evidencia de la presencia de un niño.

Una foto enmarcada llamó su atención. Al acercarse reconoció el fondo. Olivia había escrito su tesis doctoral sobre la afamada ilustradora y escritora infantil Beatrix Potter. Un memorable fin de semana lo había arrastrado hasta Lake District, en Inglaterra. Tras visitar la casa y los alrededores donde había vivido la autora, Kieran había reservado una habitación en una encantadora y romántica posada.

Al recordar los eróticos días y noches que habían compartido, sintió una opresión y su sexo empezó a moverse. ¿Había vuelto a sentirse así desde aquello?

Había intentado olvidarla con todas sus fuerzas, cumplir con su deber de Wolff. Un millón de veces se había cuestionado las decisiones tomadas al abandonarla sin decir una palabra.

Y sin embargo había penado por ella. Por la elegante, hermosa, divertida Olivia, poseedora de un cuerpo que haría llorar de felicidad a cualquier hombre.

Desterró la idea de la cabeza. Había muchas posibilidades de que esa mujer hubiera perpetrado un imperdonable engaño. Esa reunión debería estar llevándose a cabo en terreno neutral. Porque, sin testigos, había muchas posibilidades de que acabara retorciéndole el cuello.

De nuevo se fijó en la foto. Olivia sonreía ante la cámara con una niña de la mano. El mundo de Kieran dio un vuelco y perdió toda capacidad para respirar. Esa cría era sin duda una Wolff. Los ojos separados, la expresión cautelosa, la barbilla levantada.

–¿Dónde está? –rugió volviéndose hacia la traidora–. ¿Dónde está mi hija?

–¿Tu hija?

–No juegues conmigo –Kieran frunció el ceño–. No estoy de humor. Quiero verla. Ahora.

Sin esperar a ser invitado, subió escaleras arriba con Olivia pisándole los talones.

Kieran Wolff había sido su primer y único amor. Ella había sido una tímida jovencita, un ratón de biblioteca con la cabeza en las nubes. Y él le había mostrado un mundo de placer… y luego había desaparecido.

Todo sentimiento de remordimiento se evaporó al recordar el dolor y la confusión vividos.

Kieran entró en una habitación que tenía la puerta abierta, inconfundiblemente una habitación de niña. La cama con dosel era de una princesita de Disney.

–Te lo vuelvo a repetir –durante un segundo, Olivia se conmovió ante la

angustia reflejada en el rostro del hombre, pero enseguida se compuso–. ¿Qué haces aquí… Kevin?

El tono hizo que un ligero rubor ascendiera desde el cuello de Kieran. Los cabellos cortos, ligeramente más oscuros que los de Olivia, terminaban en la nuca.

–¿De modo que sabes quién soy? –afirmó él contemplando el indescifrable rostro.

–Lo sé –Olivia se encogió de hombros–. Hace años contraté a un detective para que descubriera la verdad sobre Kevin Wade. Imagina mi sorpresa al descubrir que no existía.

–Tenía mis motivos, Olivia.

–Estoy segura, pero esos motivos no me importan. Quiero que salgas de mi casa o llamaré a la policía.

La amenaza no le hizo ninguna mella. Los ojos color ámbar la miraron entornados.

–Quizás sea yo quien llame a la policía para hablarles de cierto tema de secuestro…

–Ni se te ocurra –susurró ella con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas–. No después de todo este tiempo. Por favor–. No le debía nada, pero podía arruinarle la vida.

–¿Dónde está la niña? –el tono no daba lugar a protestas.

–Viajando por Europa con sus abuelos –ni en un millón de años iba a mencionar que Cammie aún tardaría varias horas en despegar del aeropuerto de Los Ángeles.

–Admite que es mía –Kieran la sacudió con firmeza por los hombros–. Sin mentiras, Olivia.

Ella reconoció y recordó con dolorosa claridad el cálido aroma de su piel después de hacer el amor. Durante un tiempo creyó que despertaría junto a ese hombre el resto de su vida. Con los años, se recriminó la estupidez e inocencia que había demostrado.

–¡Suéltame! –exclamó–. No tienes derecho a entrar aquí y presionarme así.

–Maldita sea, quiero la verdad –Kieran la soltó bruscamente–. Dímelo.

–No reconocerías la verdad aunque te mordiera el culo. Márchate, Kevin Wade.

–Tenemos que hablar –la reacción de Olivia lo enfureció aún más–. Puedes elegir: esta noche en mi hotel o mañana en un despacho con dos abogados.

–No tengo nada que decirte –contestó ella desolada. Ese hombre no iba a rendirse.

–Entonces seré yo el que hable –la taladró con la mirada.

Estupefacta, Olivia lo vio marcharse y lo siguió con la intención de cerrar la puerta y así, con suerte, dejar fuera su pasado. Pero Kieran se detuvo en el porche.

–Enviaré un chófer a buscarte a las seis –anunció con frialdad–. No te retrases.

Olivia sintió que las piernas le fallaban y tuvo que sentarse en una silla. ¿Qué podía hacer? no se atrevía a contarle la verdad. Kieran Wolff no era el joven risueño que había conocido en Oxford.

Era letal y depredador como los felinos de las junglas que frecuentaba. Era el hombre que ayudaba a cavar pozos en aldeas remotas y que construía y reconstruía puentes y edificios en países asolados por guerras.

Sin más dilación marcó el número de su vecina, madre de la mejor amiga de Cammie, que pasaba la tarde en su casa.

Veinte minutos después observaba a su hija escribir una nota de agradecimiento a sus abuelos por la fiesta de cumpleaños. Todo había salido bien.

–Necesito más papel –Cammie frunció el ceño a punto de llorar–. Me ha salido mal.

–Así está bien, cariño –intentó calmarla Olivia–. Con cinco años ya era una perfeccionista.

–Tengo que empezar de nuevo.

Sintiendo la rabieta que se avecinaba, Olivia suspiró y le entregó una hoja de papel.

De haber tenido Cammie un padre en su vida, ¿sería capaz de tomarse mejor las cosas?

A Olivia se le encogió el estómago. En esos momentos no podía pensar en Kieran, no hasta que Cammie estuviera lejos de allí, sana y salva.

La iba a echar de menos. Formaban una familia de dos. Una familia completa y normal.

¿Acaso intentaba convencerse de otra cosa?

Deseaba desesperadamente que Cammie tuviera la seguridad emocional que a ella le había faltado de pequeña. El placer de los abrazos y las tareas escolares.

Olivia había sido criada por una serie de niñeras y tutores. Siendo muy niña había vivido las largas ausencias de unos padres que la ignoraban. Había sido el estereotipo de la pobre niña rica con el corazón roto.

Por suerte sus padres se implicaban más en la vida de Cammie de lo que habían estado en la suya.

El empecinamiento de Olivia por vivir junto a su hija una existencia de clase media dejaba estupefactos a Lolita y Javier. La fiesta de cumpleaños había sido un ejemplo del estilo de vida del que Olivia había intentado escapar. No era bueno que una niña creyera poder obtener todo lo que deseaba. Aunque ella se arruinara, Cammie seguiría heredando millones de dólares de sus abuelos.

–Ojalá tuviera Lolo nevera –Cammie sonrió al fin satisfecha–. Mi amiga, Aya, dice que su abuela pega cosas en la puerta de la nevera.

Olivia sonrió. Lolo tenía varias neveras repartidas en distintas cocinas desde Los Ángeles hasta Nueva York, pasando por París. Pero dudaba seriamente de que su madre hubiera abierto alguna, y mucho menos decorado con los dibujos de su nieta. Lolita pagaba para que otros hicieran esas cosas, en realidad para que se ocuparan de cualquier cosa.

–A Lolo le va a encantar tu dibujo, Cammie, y a Jojo también.

Al padre de Olivia no le volvía loco su apodo, pero le consentía cualquier cosa a su nieta, por amor y porque la niña le ofrecía lo que más ansiaba: su incondicional adoración.

–Voy a buscar mi mochila –Cammie saltó de la silla–. Vendrán en cualquier momento.

–Espera, cielo… –sin embargo era demasiado tarde. La niña ya corría escaleras arriba.

Los padres de Olivia iban a llevarla a Euro Disney. Olivia había protestado por considerarlo excesivo tras el gasto desmesurado de la fiesta de cumpleaños, pero había cedido ante la implorante mirada de su hija, y sus fuertes abrazos. Abuelos y niña habían cerrado filas contra Olivia.

–Prométeme que te portarás bien –suplicó Olivia cuando reapareció Cammie.

–Siempre me dices lo mismo –la niña puso los ojos en blanco.

–Y siempre lo digo en serio.

–Adiós, mami –aulló feliz la pequeña cuando sonó el timbre de la puerta.

Olivia la siguió hasta el coche. Sus padres permanecían felices y elegantes en medio del barullo que organizaba una sobreexcitada pequeña de cinco años para subirse al coche.

–Por favor, no la miméis en exceso –Olivia abrazó a su madre con cuidado para no arrugarle el traje.

Durante un segundo, sintió el impulso de compartir con ellos la verdad sobre Kieran, de pedirles consejo. Jamás había divulgado los detalles de la paternidad de Cammie.

Pero el momento pasó cuando Javier sonrió y pellizcó la mejilla de su hija.

–Es lo que mejor sabemos hacer, Olivia.

Tras la partida, la casa quedó en silencio. Durante muchos años habían estado las dos solas. Y de repente, Kieran aparecía para desestabilizar su mundo.

Olivia sintió arder los ojos y se esforzó por despejarse de tanta sensiblería. Tenía una buena vida. Una familia, un trabajo como ilustradora de cuentos infantiles que adoraba y muchos y buenos amigos. Kieran no formaba parte del lote, de lo cual se alegraba.

El resto del día resultó una pérdida de tiempo. Tenía menos de dos

semanas para entregar en la editorial unas acuarelas, pero no se sentía capaz de darle el toque final a la última.

Era incapaz de concentrarse, incapaz de contener el torrente de recuerdos.

Se habían conocido siendo estudiantes universitarios en una de un amigo común en una casa tradicional de la campiña inglesa. Quedaban seis semanas para el fin de curso y ambos sabían que su relación tenía fecha de caducidad. Pero Olivia, completamente encandilada por el atractivo y carismático Kevin Wade, se había construido un cuento de hadas en el que la relación continuaría en Estados Unidos.

Sin embargo, no había sucedido precisamente así. Durante la última semana, Kevin había desaparecido dejando una simple nota de despedida. Pensar en ello seguía revolviéndole el estómago. El amor se había transformado en odio y había hecho todo lo posible por dar la espalda al recuerdo del chico que le había roto el corazón… y dado un bebé.

Tras ducharse contempló su reflejo en el espejo. Aunque hubiera querido seguir los pasos de su madre en el cine, no habría tenido la menor posibilidad. Le sobraban nueve kilos y no respondía al tipo espigado y rubio que seguían prefiriendo los directores de cine.

Para cuando la limusina aparcó frente a su casa, Olivia estaba hecha un manojo de nervios.

Durante seis años había inventado mentiras para proteger a su hija, para construirse una vida tan insulsa que la prensa hacía tiempo que la había dejado en paz. Una madre soltera en Hollywood era muy aburrido… siempre que nadie descubriera que su padre era un Wolff.

El hotel donde se alojaba Kieran se encontraba en una tranquila calle de Santa Mónica. Exclusivo, discreto y, sin duda, enormemente caro. El director en persona acompañó a Olivia a la suite de la quinta planta.

Después la dejó sola. Pero, en lugar de llamar a la puerta, sopesó la posibilidad de huir del país. Cammie lo era todo para ella y la perspectiva de perderla…

A pesar de no poder competir con la cuenta bancaria de los Wolff, poseía una fortuna propia nada desdeñable. En una batalla legal, podría mantener su posición y los jueces a menudo se ponían del lado de la madre, sobre todo en una

situación como aquella.

No tenía la menor idea de qué le aguardaría al otro lado de la puerta, pero no abandonaría sin luchar. Kieran Wolff no merecía ser padre. Y si hacía falta, ella misma se lo diría.

Respiró hondo y golpeó la puerta con los nudillos.

Al abrir la puerta se le encogieron las entrañas. Olivia estaba preciosa y cada una de sus hormonas masculinas se levantaron para saludarla. Había que estar muerto para no reaccionar a la sexualidad que desprendía.

Era como las modelos de calendario de los años 1940, de interminables piernas, generosos pechos y todas las curvas que hacía falta tener. Olivia era una fantasía de piel color miel.

–Adelante, Olivia –la invitó–. Enseguida nos servirán la cena.

Ella entró. Kieran esperó a que se sentara antes de tomar asiento frente a ella. Había ensayado la escena mil veces y estaba decidido a conservar la calma, por mucho que lo provocara.

–No puedes negarlo, Olivia –empezó al ver que ella no tenía intención de hablar–. Cuando nos conocimos eras virgen. Sé calcular. Tu hija es mía.

–Mi hija no es asunto tuyo –ella lo miró furiosa–. Puede que fueras el primero, pero ha habido muchos hombres después.

–Mentirosa. Nómbrame a uno.

–Eh… –Olivia se quedó boquiabierta.

Kieran rio por primera vez desde que había descubierto el artículo de prensa. Seguía siendo la chica dulce y sensata que había conocido en la universidad, del todo ignorante de su espectacular belleza.

–Enséñame su certificado de nacimiento.

–No seas ridículo –ella alzó desafiante la barbilla–. No lo llevo en el bolso.

–Pero estará en tu casa, ¿verdad?

–Bueno, yo… –Olivia se mordió el labio.

–¿Qué nombre pone en el certificado, Olivia? –afortunadamente para él, Olivia mentía fatal–. Será mejor que me lo digas. Sabes que lo averiguaré de todos modos.

–Kevin Wade –contestó ella sin ningún rastro de inocencia ni dulzura–. ¿Contento?

–Kevin Wade… –el dolor en el pecho le cortó la respiración.

–Eso es. De modo que ningún juez te concederá el menor crédito.

La Olivia que él había conocido siempre sonreía y su alegría de vivir resultaba cautivadora y seductora. Pero el gesto que tenía en esos momentos era glacial.

–Pusiste mi nombre en el certificado de nacimiento –gruñó él. Kieran tenía una hija.

–Una puntualización –apuntó ella sin rastro de emoción–. En el hospital, al dar a luz a mi hija, di un nombre falso como padre. No tenía nada que ver contigo.

Kieran se sentía frustrado. Aquello no le estaba llevando a ninguna parte. Se levantó de un salto y paseó hasta la ventana para contemplar el mar.

–¿Qué descubrió tu detective sobre mí? –preguntó dándole la espalda a Olivia.

–Que tu verdadero nombre es Kieran Wolff –contestó ella tras una pausa–. Que perdiste a tu madre y a tu tía en un violento secuestro y tiroteo cuando eras pequeño. Que tu padre y tus tíos te criaron junto con tus hermanos y primos, prácticamente recluidos por temor a otro intento de secuestro.

–¿Te gustaría conocer mi versión? –Kieran se volvió hacia ella con el rostro sombrío.

Olivia tenía las manos entrelazadas sobre el regazo y estaba tan rígida que parecía a punto de romperse en mil pedazos.

Él tragó con dificultad, dolorosamente consciente de la estremecedora intensidad del deseo que sentía. La misma necesidad que sentía de que ella lo comprendiera y lo perdonara. Sin duda era culpable de sus pecados pasados, pero eso no excusaba a Olivia.

–Mírame, Olivia –Kieran se sentó junto a ella y le levantó la barbilla hasta obligarla a mirarlo–. No soy el enemigo. Solo necesito que seas sincera conmigo y yo haré lo mismo.

Los ojos marrones estaban anegados en lágrimas, pero las contuvo furiosa, asintiendo de nuevo mientras Kieran se obligaba a dejar de tocarla. Era un lujo que no se podía permitir.

–Fuiste muy importante para mí, Olivia. Había estado con muchas chicas antes, pero tú fuiste diferente.

Silencio.

–Me hiciste reír. Nunca quise hacerte daño, pero le había hecho un juramento a mi padre.

–Sí, claro.

–Búrlate si quieres, pero es cierto. Mis hermanos, primos y yo juramos que si nos permitía ir a la universidad sin guardaespaldas, utilizaríamos nombres falsos y jamás revelaríamos quiénes éramos en realidad.

–O sea que podías acostarte conmigo, pero no compartir algo tan sencillo como la verdad.

En aquella ocasión fue Olivia la que se puso en pie y paseó por la estancia.

–Iba a contártelo –insistió él–. Pero primero necesitaba el permiso de mi padre. Y antes de poder pedírselo, sufrió un infarto y tuve que abandonar Inglaterra repentinamente.

–Dejando una nota que decía: «Querida Olivia, tengo que regresar a casa. Lo siento».

–Tenía prisa –él hizo una mueca.

–¿Tienes la menor idea de la humillación que sentí cuando acudí al rector para suplicarle información sobre ti y me dijeron que Kevin Wade ya no estaba matriculado allí?

–Lo siento –interrumpió él, consciente por primera vez de lo que le había hecho sufrir.

–Sentirlo no explica por qué tu móvil o tu correo electrónico dejaron de

funcionar.

–Estaban adscritos a la cuenta de la facultad. Cuando supe que ya no volvería, la cerré.

–Si lo que intentas es justificarte, estás fracasando estrepitosamente.

–Jamás quise hacerte daño –insistió él. Mi casa era una locura –continuó Kieran–. Durante una semana no salí del hospital. Y cuando papá salió, estaba muy deprimido. Apenas tenía tiempo para mí mismo.

–Lo he entendido –ella asintió lentamente mientras fruncía el ceño–. No fui más que una aventura temporal. Fui una ingenua. Hasta pasadas varias semanas no me di cuenta de que me habías plantado. Seguía creyendo que habíamos compartido algo especial.

–Y así era, maldita sea.

–Pero no lo bastante especial como para llamarme. Aunque debería agradecértelo porque aprendí mucho de la experiencia. Si esto es todo, me voy. Quedas absuelto de toda culpa.

Afortunadamente para Kieran, la llegada de la cena interrumpió la marcha de Olivia. Permaneció allí mientras el camarero servía la mesa frente a la ventana panorámica. Al final, el aroma que desprendían los platos pudo más que su determinación.

Durante quince minutos ninguno de los dos habló mientras degustaban el pez espada a la parrilla con salsa de mango y ensalada de espinacas.

Kieran fue consciente de que la situación se había descontrolado. Deberían haber hablado de por qué Olivia le había ocultado la existencia de una hija, pero había terminado poniéndose a la defensiva. Hacía falta un nuevo plan.

–Puede que haya sido un idiota –habló al fin tras probar dos cucharadas del sorbete de melón–, pero eso no excusa el hecho de que nunca me dijeras que tenía una hija, Olivia.

Capítulo Dos

Olivia se atragantó y tuvo que beber agua. La familia Wolff era aún más famosa que sus mundialmente famosos padres. Si la verdad salía a la luz, ayudarían a Kieran a quitarle a Cammie. Y eso jamás lo permitiría.

–Tú no tienes ninguna hija –insistió ella con calma–, la tengo yo.

–Te encerraré aquí conmigo si es necesario –Kieran frunció el ceño.

–¿Y cómo piensas resolverlo así?

El móvil de Olivia sonó y ella hizo una mueca de disgusto ante lo inoportuno de la llamada.

–Disculpa, tengo que contestar –Olivia se levantó de la silla y se dirigió al otro extremo de la habitación–. Hola, cielo. ¿Estás en Nueva York?

–Dijiste que estaba en Europa –espetó Kieran en cuanto colgó.

–Ese es su destino final –se encogió de hombros.

–Entonces, esta mañana cuando fui a tu casa, ¿dónde estaba?

–En casa de la vecina.

–¡Maldita seas, Olivia!

–¿Y qué habrías hecho de haberlo sabido? ¿Atravesar el patio trasero llamándola a gritos? Mi hija está de viaje con sus abuelos. No necesitas saber más.

–¿Cuándo regresarán?

–Dentro de una semana… diez días. Mi madre no es amante de la planificación.

–Dime que es mi hija –Kieran intensificó su gesto de mal humor.

–Vete al infierno –el estómago de Olivia se encogió, pero logró mantener la compostura.

Kieran se levantó bruscamente de la silla y se acercó al mini bar para servirse un whisky.

–Ni siquiera tienes una casa –balbuceó.

–¿Disculpa? –preguntó él con expresión confusa.

–Una casa –repitió Olivia–. La mayoría de las personas que quieren formar una familia empiezan por la casita rodeada de una valla blanca. Te pasas la vida viajando por el mundo. ¿A qué tienes miedo? ¿Temes quedarte en un mismo sitio demasiado tiempo?

–A lo mejor –murmuró él–. No estoy seguro de poder hacerlo.

–Entonces creo que deberías marcharte –observó ella con calma–. Súbete a un avión y vete a salvar el mundo. Aquí no eres necesario.

–No solías ser tan cáustica –le recriminó Kieran con expresión sombría.

–Estoy siendo realista. Aunque hubiera dado a luz a tu hija, ¿qué te hace pensar que tienes lo que hace falta para ser padre? Para serlo hay que estar presente. Y esa no es precisamente tu especialidad, ¿verdad?

–Ahora estoy aquí –contestó él con calma y haciendo que ella se avergonzara de sus crueles palabras–. Cammie es hija mía y quiero conocerla.

–¿Qué pretendes exactamente? –a Olivia se le paró el corazón al oír el nombre de su hija en boca de ese hombre.

–Deja que me quede aquí contigo durante un tiempo.

–Desde luego que no –ella se estremeció al imaginarse su fornido cuerpo en la cama de invitados… a unos pasos de su propio dormitorio.

–Entonces quiero que las dos vengáis a las montañas Wolff a pasar el verano conmigo y a conocer a mi familia. He hablado con el director ejecutivo de mi fundación. Me sustituirán hasta septiembre.

–Gracias por la invitación –contestó ella amablemente–. Pero no podemos. Quizás en otro momento –«cuando se congele el infierno», pensó.

–Aun a riesgo de parecerme a alguno de los héroes de acción encarnado por tu padre, te lo advierto: puedo conseguir una orden judicial para obtener una muestra de ADN.

–Mi hija y yo tenemos nuestra vida, Kieran –insistió Olivia estremeciéndose. Sentía que sus opciones se reducían por momentos–. No puedes pretender que vayamos a visitar a unos completos extraños basándonos en tu descabellada idea de que eres padre.

–Tú puedes llevarte el trabajo y Cammie no empezará el colegio hasta el otoño. Hagamos un trato, yo no la reclamaré como mía, ni siquiera contaré la verdad a mi familia. A cambio, tú me permitirás verla todo lo posible durante las próximas semanas.

–Ella no es tu hija.

Kieran se acercó a Olivia y apoyó las manos sobre sus hombros, inundándola de calor.

–No me tengas miedo, Olivia.

Agachó la cabeza y deslizó los labios sobre los de ella. Sin ningún otro motivo que el puro placer, respondió al beso.

Kieran emitió un gemido de sorpresa y masculina satisfacción e intensificó el beso antes de empujar una pierna entre los femeninos muslos.

–No has cambiado –susurró con voz ronca–. He soñado contigo todos estos años. Y siempre te recordaba exactamente así. Por Dios, qué dulce eres.

Olivia sintió la presión de la fuerte erección contra su estómago y todo en su interior se licuó. ¿Cuánto tiempo había pasado? Ya no era la madre responsable, volvía a ser la jovencita atolondrada, desesperada por recibir las caricias de su amante.

Los recuerdos regresaron como un torrente…

–¿Eres virgen?

Olivia se preocupó por el gesto espantado de Kevin. No sería capaz de abandonarla. No cuando estaban desnudos y abrazados en la cama.

–¿Acaso importa? Lo deseo, Kevin, lo deseo de verdad. Te deseo.

–Nunca lo he hecho con una virgen –Kevin se sentó en la cama y la miró preocupado–. Por el amor de Dios, Olivia, tienes veintidós años. No tenía ni idea.

–Ya te dije que había vivido muy protegida –con sorprendente confianza,

Olivia apoyó una mano en el fuerte y velludo muslo, casi acariciándole el pene con la punta de los dedos–. ¿Por qué crees que insistí en cruzar el océano para terminar mi educación? Hazme el amor, Kevin. Por favor.

El deseo que sentía, junto a la súplica de Olivia, lo vencieron. Gruñendo, se volvió a colocar entre sus piernas con el miembro erecto empujando ansiosamente a la entrada.

–Te va a doler, lo siento.

–No hace falta que te disculpes –susurró ella consciente del momento que estaba viviendo–. Lo necesito. Te necesito.

Él empujó y ella se preparó instintivamente contra la aguda punzada de dolor.

–Tranquila –susurró él mirándola con ternura–. Relájate, Olivia.

Ella lo intentó, pero él estaba completamente excitado y ella muy tensa. El masculino cuerpo se estremeció violentamente y ella sintió ganas de llorar ante tanta belleza. Un poco más. Otro grito ahogado en un salvaje beso.

Su cuerpo ya nunca más volvería a ser suyo. Kevin lo reclamaba, la reclamaba.

Las lágrimas rodaron silenciosas por sus mejillas.

–¿Tan malo ha sido? –él apoyó la frente sobre la de ella, preocupado por lo sucedido.

–Intenta moverte –susurró ella–. Creo que podré con ello.

–¡Demonios! –la turbación de ese hombre casi le arrancó una risa a Olivia, pero cuando obedeció su sugerencia, todo humor desapareció. Lenta e inexorablemente, el cuerpo virgen aprendió los ritmos y en su interior, una pequeña llama prendió.

Olivia gimió, arqueando la espalda para que él se hundiera aún más.

Las largas piernas lo envolvieron por la cintura. La piel estaba mojada y se devoraron en un desesperado intento de acercarse aún más el uno al otro.

Kevin se puso rígido y cerró los ojos mientras alcanzaba el clímax dentro de ella.

Mientras él se derrumbaba sobre ella, Olivia arrugó la nariz desilusionada. Había estado a punto de vivir algo espectacular. Sin embargo, sí sentía una profunda satisfacción por haber podido darle placer.

–¿Has llegado? –preguntó él mientras se echaba hacia un lado.

–No exactamente –ella se mordió el labio, incapaz de mentir–. Pero sé que hace falta práctica. No te preocupes, de verdad.

–Para ser una novata, eres increíble –él rio y bostezó perezosamente–. Aguanta, vamos a terminarlo.

Sin más ceremonia, Kevin deslizó una mano entre las piernas de Olivia y la tocó. Ella dio un respingo, algo incómoda ante tanta intimidad. Los dedos de Kevin eran suaves y encontraron cierto lugar que frotaron ligeramente.

–Eh… ¿Kevin?

–¿Qué, cielo?

–No hace falta que lo hagas. Para serte sincera, me siento un poco avergonzada.

–¿Por qué? –los dedos empezaron a marcar un ritmo.

–Es que… tú has terminado y esto resulta un poco raro –explicó con voz ronca–. Ya basta. Me siento bien. De verdad.

–¿Y ahora? –él la penetró con dos dedos mientras le mordisqueaba el cuello.

El grito que soltó podría haber arrancado el papel pintado de las paredes, pero no le podía importar menos.

Kevin no le daba tregua y la acarició con firmeza hasta que llegó al orgasmo que explotó dejándola exhausta en sus brazos.

Y de nuevo lloró.

Y entonces apagaron las luces y pasaron su primera noche juntos, abrazados.

Kieran le tomó un pecho con la mano ahuecada y, sin más, Olivia regresó al presente, consciente de que estaba a punto de entregarse nuevamente a él. Por

puro placer.

Pero, si bien seis años atrás había estado bien, en esos momentos tenía una hija en la que pensar. Volver con Kieran Wolff no solo sería estúpido y autodestructivo, sino perjudicial para su función como madre.

–Basta –exclamó con voz ronca mientras se soltaba–. Lo digo en serio. No vamos a hacerlo.

–Danos una oportunidad, Olivia. Lo que acaba de suceder demuestra que siempre ha habido química entre nosotros.

–Si esperas retomarlo donde lo dejamos, vas a sufrir un desengaño.

–¿En serio? A mí me ha parecido que era una carretera de dos direcciones.

–Es tarde –espetó Olivia–. Tengo que irme.

–No puedes huir de mí, Olivia. Quiero respuestas.

Olivia recibió un mensaje.

–¿Qué sucede? –Kieran apoyó una mano en su hombro–. ¿Qué ha pasado?

–El vuelo ha sido retrasado. Mi madre tiene un fan acosador que apareció en el aeropuerto. Intentó saltarse los controles, llamándola a gritos. Ha sido detenido.

–No me gusta la idea de que Cammie se vea expuesta a algo así –Kieran frunció el ceño.

–En primer lugar, mis padres se toman su seguridad muy en serio y, en segundo lugar, no es asunto tuyo. Yo soy su madre. Yo soy quien debe velar por su seguridad.

–Ya no hace falta que lo hagas tú sola –sus miradas se fundieron–. Cualquier criatura que lleve mi sangre en sus venas tiene la protección de todo el clan Wolff.

–No es una pertenencia –ella tragó con dificultad–. Es una persona.

–¿Te crees que no lo sé? Yo tenía casi su edad cuando mataron a mi madre –él se puso en pie de un salto–. Mi hermano, Gareth, era el único lo

bastante mayor para comprenderlo y recordar los detalles, pero yo también lo viví y esos horribles días están enterrados en alguna parte de mi mente. Ningún crío debería perder a un progenitor, Olivia, aunque ella no sepa que tiene dos.

Olivia sintió un profundo sentimiento de culpa que le oprimía el pecho. ¿Qué derecho tenía a hacer a su hija vulnerable al incuestionable encanto de Kieran? Por otro lado, ¿qué derecho tenía ella a negarle un padre, aunque fuera un padre ausente?

–Iremos a pasar un fin de semana largo –anunció al fin–. En cuanto Cammie regrese de Europa. Pero no habrá nada más. Jamás. Y si rompes tu palabra, me la llevaré y no volveré a hablarte nunca más.

–Mamá oso protegiendo a su osezno –Kieran sonrió tímidamente–. Me gusta verte en tu papel de madre, Olivia. Te va bien.

–No hay nada en el mundo que me importe más que Cammie –proclamó ella–. Y más vale que no lo olvides.

Buenas noches, Kieran. Que tengas dulces sueños.

–Soñaré –se despidió él mientras le acariciaba una mejilla con el dorso de la mano–, pero tengo la sensación de que «dulces», no será la palabra para describir mis sueños.

A Kieran nunca le había gustado esperar y los diez días que transcurrieron desde el enfrentamiento con Olivia y su llegada a Wolff Mountain le parecieron interminables.

Tener cerca a sus hermanos ayudaba a pasar el tiempo y Kieran había conocido a Gracie, la flamante esposa de Gareth. Hacía años que no había visto a su hermano mayor tan feliz.

Por las mañanas hacía alguna ruta de senderismo con Gareth y después de comer ayudaba a Jacob en la ampliación de su clínica. Agradecía el ejercicio físico, ya que únicamente bordeando el agotamiento era capaz de dormir por la noche. Y de soñar… y cómo soñaba.

Olivia en su cama, debajo de él, con los cabellos sueltos sobre la almohada. La piel del color de la miel, desnuda, esperando que él acariciara cada centímetro con los labios, con la lengua, con el entrecortado aliento.

Al principio, tras perderla, solía soñar a menudo con ella. Pero el dolor que

le provocaba le había llevado a fingir que no existía. Había sido la única manera de sobrevivir.

Pero en esos momentos, la perspectiva de compartir el mismo techo con ella hizo saltar todos los candados con los que había encerrado sus recuerdos. Durante la última semana se había dado más duchas frías que de adolescente. Y en las horas más oscuras de la noche, se preguntaba si no estaría utilizando a su propia hija para pasar más tiempo con una mujer a la que había sido incapaz de olvidar.

Olivia no iba a su casa como amante. Solo le había concedido el derecho de recibir la visita de Cammie, y únicamente porque la había amenazado con un proceso judicial.

Aún se sentía culpable por ello, pero la terquedad de Olivia lo enfurecía. ¿Por qué no podía admitir sin más que en el breve período de tiempo que habían estado juntos habían engendrado una vida? Sabía que era así, pero necesitaba que se lo dijera a la cara. Hasta que no le oyera pronunciar las palabras, no quedaría satisfecho.

Cammie era su hija y eso lo cambiaba todo. Significaba que cuando estuviera trabajando en algún rincón perdido del mundo, podría soñar con regresar a su casa, con regresar a alguien que llevaba su misma sangre, una hija que lo amaría.

Kieran sabía que su familia lo amaba, pero regresar a Wolff Mountain siempre le resultaba doloroso. Tanto que solo lo hacía un par de veces al año. Por mucho que se esforzara, los recuerdos de su madre, aunque vagos e inciertos, impregnaban el aire.

En el móvil apareció un mensaje del guarda de seguridad. Olivia había llegado.

El corazón se le aceleró al ver aparecer un modesto coche de alquiler, no solo por volver a ver a Olivia, sino ante la posibilidad de encontrarse cara a cara con su hija.

El coche se paró y Olivia salió de él. De inmediato, la puerta del acompañante se abrió y una niña delgada se bajó de un salto. Tenía los cabellos marrones recogidos en dos coletas y en su rostro se reflejaba una expresión de desconfianza. Enseguida se fijó en Kieran quien, por mucho que se esforzó, no reconoció ningún rasgo de la familia en ella.

–Parece el castillo de Cenicienta –la pequeña tomó a su madre de la mano –. ¿Vamos a dormir aquí?

–Unas cuantas noches.

Kieran se preguntó si Olivia se sentiría abrumada por el tamaño de la mansión. Se había criado como la hija única de unos padres ricos y famosos, pero la residencia Wolff estaba a medio camino entre una fortaleza y un cuento de hadas. Lo único que faltaba eran las gárgolas. Debería haber resultado poco acogedor, pero encajaba en el paisaje de montaña.

–¿Quién es, mami?

Kieran dio un paso al frente, pero antes de poder abrir la boca, Olivia lo miró amenazante.

–Se llama Kieran. Es amigo mío, pero puedes llamarle señor Wolff.

–Será mejor que me llame Kieran. Aquí va a encontrar muchos señores Wolff.

Olivia apretó los labios, pero no discutió.

–Estamos muy contestos de recibir vuestra visita –Kieran se agachó frente a la niña–. ¿Te gustaría ver los caballos? –al fijarse en los ojos de la niña, del mismo color ámbar que los suyos, sintió una punzada en el corazón.

Levantó la vista hacia Olivia y le lanzó una furiosa señal. «Dímelo».

–Creo que lo mejor sería que Cammie y yo descansemos un rato –Olivia no cedió un ápice–. El vuelo ha sido largo y agotador.

–Pero, mami –lloriqueó Cammie–, me encantan los caballos.

–No creo que le haga ningún daño una rápida visita a los establos –Kieran se puso de pie–. Después, te echarás la siesta sin protestar, ¿verdad, Cammie?

–De acuerdo –asintió la niña mientras tomaba a Kieran de la mano.

Olivia les siguió.

El establo se situaba detrás de la enorme casa. En el interior, el olor a heno se mezclaba con el de los caballos.

Kieran pasó ante unos imponentes ejemplares y guió a Cammie hasta un cubil en el que se encontraba un poni de color blanco y marrón.

–Extiende la mano –le instruyó Kieran a Cammie mientras le entregaba una manzana.

La niña obedeció al instante y su rostro se iluminó cuando el animal se acercó cauteloso y tomó la fruta con un delicado movimiento de los labios.

–¡Mira, mami! –gritó–. Le gusto.

–Se llama Sunshine y, mientras estés aquí, podrás montarla cuando quieras.

–¿Puedo ahora? –preguntó la niña dando un saltito–. Por favor, mami.

–Más tarde –la mirada de ambos adultos se fundió–. Tendremos mucho tiempo.

Él las condujo a una zona tranquila de la casa.

–Esta será tu habitación, Olivia –señaló una preciosa suite decorada en tonos verde grisáceo–. Y por aquí… –abrió una puerta que conectaba la anterior habitación con lo que claramente era un dormitorio infantil– está la tuya, Cammie.

La niña abrió unos ojos desorbitados. Los muebles imitaban una casa en un árbol con el espacio para dormir en la parte superior a la que se accedía mediante una red de cuerda trenzada que, además, protegía de cualquier caída.

–Miradme –Cammie trepó como un mono–. Es estupendo. Gracias, Kieran.

Enseguida se olvidó de los adultos y exploró la estantería con forma de tronco, los dos enormes arcones con forma de flor y llenos de juguetes, y el gigantesco acuario.

–¿Te has vuelto loco? –Olivia se llevó a Kieran a un lado–. Esto debe haberte costado una fortuna. ¿Y todo para tres noches? No podrás comprar mi aquiescencia… ni la suya.

–El dinero no es problema –contestó él con una sonrisa mientras contemplaba a la niña–. Quería que mi hija se sintiera a gusto aquí.

–Ella no es tu hija –respondió Olivia de inmediato.

–Qué lista es, ¿verdad? –Kieran hizo caso omiso de sus palabras.

–Desde luego. Ya construía frases antes de cumplir los dos. Leía con tres y medio y hace casi un año aprendió a utilizar el ordenador. Apenas puedo seguir su ritmo.

–Un niño necesita a ambos padres, Olivia –las palabras sonaron casi a amenaza.

–Tú te criaste solo con uno y no te ha ido mal –espetó ella.

–Jamás le desearía mi infancia a nadie –Kieran escupió las palabras con dureza y dolor.

–Lo siento –avergonzada, ella apoyó una mano en el brazo de Kieran–. Lo siento mucho.

–Esta noche –él le agarró la mano y le besó los nudillos–. Cuando se haya dormido, hablaremos en mi suite –la agarró con más fuerza.

Al fin solas, Olivia y Cammie se durmieron agotadas en la cama de Olivia. A pesar del impresionante dormitorio, para una niña de cinco años la mejor manera de dormir seguía siendo acurrucada junto a su madre.

Cuando despertaron, la habitación estaba en penumbra. Alguien había deslizado una nota bajo la puerta indicando que la cena sería a las siete.

Afortunadamente, el comportamiento de la niña fue exquisito durante la velada, a lo que contribuyó el hecho de que el clan Wolff no estuviera al completo. Solo estaban Victor, el padre de Kieran; Gareth y Jacob, hermanos de Kieran; junto con el nuevo miembro de la familia, Gracie, esposa de Gareth. Todos estaban sentados ante una gran mesa de caoba cuando Olivia y Cammie entraron en el comedor.

–Sentimos el retraso –Olivia apoyó una mano en el hombro de su hija–, pero nos perdimos en el pasillo de la tercera planta.

–Es muy comprensible –Victor Wolff, uno de los dos patriarcas del clan, se puso en pie riendo ante la broma de Olivia–. Estábamos esperando la sopa –el anciano miró a Cammie con un vívido interés–. Bienvenidas a las montañas, señoras.

–Gracias, señor –Olivia se sentó y acomodó a Cammie a su lado.

–Cuéntame, papá… ¿qué proyectos tenéis el tío Vincent y tú para este verano?

Sentado a la izquierda de Olivia, se dirigió a ella.

–A mi padre le gusta mantenerse activo. Un año hizo pintar toda la casa. A los obreros les llevó seis semanas y una cantidad increíble de pintura. En otra ocasión, hizo construir una bolera en el sótano.

–Me imagino que con el tamaño de este lugar, siempre habrá algo que hacer –ella sonrió, demasiado consciente del cálido muslo de Kieran pegado al suyo.

–Desde luego –asintió Victor–. Este año voy a reforestar parte de la montaña con abetos navideños.

–Me encanta la Navidad –el rostro de Cammie se iluminó–. Mi mami decora toda la casa.

–¿Cuántos años tienes, jovencita? –preguntó Victor.

–Cinco –contestó ella antes de devolver su atención a la comida.

–Mi hijo no nos ha hablado mucho de ti, Olivia. ¿Os conocéis desde hace mucho tiempo?

La comida se congeló en el estómago de Olivia. Había temido que la pregunta llegara.

–Nos conocimos en Oxford. Después, usted se puso enfermo, él tuvo que regresar y perdimos el contacto.

–Entiendo –asintió Victor, y Olivia se preguntó hasta qué punto lo había entendido.

El móvil de Olivia sonó en el bolsillo de su falda. Javier y Lolita solían preocuparse cuando Cammie y ella se encontraban lejos.

–Disculpadme –Olivia sonrió y se levantó de la mesa.

–¿Qué sucede? –Kieran notó enseguida por la expresión en el rostro de Olivia al regresar a la mesa que algo no iba bien–. Estás más pálida que un fantasma.

–No pasa nada –contestó ella con una sonrisa forzada, que pretendía ocultar sus ganas de buscar consuelo en ese hombre.

–Los padres de Olivia son Javier y Lolita Delgado –explicó Kieran visiblemente disconforme con la respuesta recibida.

–Recuerdo haberla visto en *Fly By Night* cuando yo tenía dieciséis –Gareth alzó una ceja mientras en toda la mesa se alzaba un murmullo generalizado–. Es estupenda.

–Y yo jamás olvidaré el papel de tu padre en *Vigilante Justice* –intervino Jacob.

Oyendo a los habitualmente reservados hermanos de Kieran elogiar de ese modo a sus padres, Olivia comprendió lo queridos que eran en todo el mundo.

–Mi madre tiene un fan acosador que le ha estado causando problemas –mordiéndose el labio, decidió compartir su inquietud–. Ha empezado a enviarle mensajes.

–¿Qué clase de mensajes? –los cuatro varones Wolff tenían la misma expresión de ira.

–Amenazas –Olivia miró preocupada a su hija, que jugaba con un gatito que se había colado en el comedor–. Amenazas contra mi madre y sus seres queridos.

–Menos mal que estás aquí –observó Victor–. ¿Cuánto tiempo os quedaréis?

–Hasta el lunes.

–No he conseguido que acepte quedarse más tiempo –Kieran le acarició el brazo–, aunque espero hacerle cambiar de idea–. Para horror de Olivia la besó dulcemente en los labios.

Olivia se ruborizó violentamente y la familia de Kieran sonrió.

–Mantennos informados –le rogó Victor mientras daba por concluida la cena.

Gracie rodeó la mesa y abrazó a su cuñado.

–Qué bien que hayas traído algo de estrógenos a esta guarida masculina –

miró a Olivia y sonrió–. Me han dicho que eres ilustradora de cuentos infantiles. Quisiera hablar contigo si tienes un rato. Yo soy pintora.

–Me encantaría –contestó Olivia–, pero ahora mismo debo acostar a Cammie.

–No lo olvides –Kieran la agarró del brazo–. En mi suite. No me obligues a ir a buscarte.

Olivia se estremeció.

Cammie se mostró irritable y poco cooperativa, eran casi las diez de la noche cuando por fin se durmió en la casa del árbol.

Olivia se quitó el vestido que había llevado para la cena y se puso unos vaqueros desgastados y un jersey de cachemira en tono malva. Los cabellos se los ató en una coleta.

Había estado esperando ese momento durante seis años. Pero saber que el día había llegado no facilitaba las cosas.

Tenía que conseguir de algún modo que Kieran no se diera cuenta de lo mucho que la seguía excitando. Darle esa ventaja sería debilitarse a sí misma y no podía permitírselo… no cuando la vida y bienestar de Cammie estaban en juego.

La suite de Kieran estaba al otro lado del pasillo y Olivia se preguntó si la idea era tener a su hija cerca o recordarle que no podía esconderse de él.

Se secó las manos húmedas con el pantalón y llamó a la puerta.

Capítulo Tres

Kieran dudaba de que apareciera. No le habría sorprendido que utilizara la excusa del *jet lag* para posponer la reunión, pero allí estaba. Vestida de manera informal y con los cabellos recogidos en una coleta, nadie diría que era madre de una niña de cinco años.

–Adelante –la saludó él–. ¿Te apetece un poco de vino?

–Sí –contestó Olivia con voz ronca–. Blanco, por favor.

Kieran le sirvió una copa y le hizo una señal para que se sentara.

Olivia se sentó en el borde de una silla. El generoso trasero rellenaba el pantalón de manera deliciosa. Y ese jersey. Por Dios, ¿se había vestido así a propósito para torturarlo?

–Cammie es mía –afirmó Kieran lentamente, aún de pie y mientras apuraba la copa de vino–. No me cabe duda, pero hace seis años me dijiste que tomabas la píldora.

–Y así era –ella hizo una mueca–, pero se me olvidó tomarla una mañana.

–Ya veo –asintió él–. Ya basta de rodeos, Olivia. Necesito oírtelo decir. Dime que Cammie es hija mía.

Ella permaneció en silencio y Kieran continuó.

–¿Quieres saber realmente por qué no te llamé tras regresar de Inglaterra?

Olivia asintió mientras a su rostro asomaba una expresión de aprensión.

–Llevábamos juntos unas cuantas semanas cuando empezaste a contarme detalles de tu infancia –Kieran se mesó los cabellos y buscó las palabras adecuadas–. Me hablabas de tu vida como hija única de dos celebridades. De cómo vivías rodeada de guardaespaldas y de las carreras para evitar a los periodistas. Decías que odiabas el aislamiento y no poder jugar nunca en casa de alguna amiga. Me contabas que no se te permitió ir a la escuela y que te educaron tutores privados. ¿Lo recuerdas?

–Por supuesto –Olivia asintió.

–Sin embargo yo no podía contarte que tu historia era, en muchos aspectos, idéntica a la mía. Ambos sufrimos de niños y comprendí perfectamente tu sensación de estar atrapada, de querer poner tierra de por medio. Tener una vida normal. Criar a tus hijos como personas normales.

–Desde luego, se ve que me escuchabas –ella tomó un sorbo de vino.

–Sí. Y por eso no te llamé. No quiero ser presuntuoso, pero sabía que te estabas enamorando de mí, y yo sentía lo mismo. No eras una chica más.

–Nunca me lo dijiste.

–Creía que te dabas cuenta de mis sentimientos al hacer el amor. Y no quería desnudar mi alma como Kevin Wade. Si decía que te amaba, debía ser como Kieran Wolff.

–¿Y cuando tu padre sufrió el infarto?

–La noche anterior le había pedido permiso para contarte la verdad. Él se disgustó muchísimo y a la mañana siguiente me llamaron para decirme que estaba en el hospital. Me sentí el causante del infarto, y puede que así fuera.

–¿De modo que antes de abandonar Inglaterra decidiste que lo nuestro había terminado?

–Para serte sincero… sí. Sabía que nunca podría ofrecerte lo que necesitabas y no quería hacerte daño. Mi familia no es normal y me pareció más amable acabar antes de profundizar en nuestra relación. Por mucho que intente escapar, siempre seré un Wolff y el dinero siempre hará de mí y de mis seres queridos un objetivo. Tú tenías tus sueños de ser madre y tener una casa con su valla blanca. Y en ese sueño no había hueco para mí.

Kieran había pensado que su explicación le haría sentir mejor, pero Olivia parecía furiosa.

–¿Qué derecho tienes a decidir por mí? –preguntó airada–. Solo me dejaste un montón de mentiras, Kevin Wade. Eres un idiota arrogante –lo fulminó con la mirada.

¿Cómo demonios se había convertido en el malo de la película?

–Dime que Cammie es mía –masculló entre dientes.

–Puede que tu esperma haya generado su vida, pero Cammie es hija mía.

–¿Entonces admites que tuvimos un bebé? –Kieran se dejó caer en el sofá.

–Pues claro –el gesto de Olivia se dulcificó mientras se sentaba a su lado, sin llegar a tocarlo–. Por supuesto. ¿Acaso no le has visto los ojos?

–¿Cómo pudiste ocultármela durante cinco años? –la ira se acumuló en el estómago de Kieran–. Maldita sea, Olivia. ¿Tienes idea de todo lo que me he perdido? –se puso de pie de un salto. No sabía si besarla por haberle dado una hija o estrangularla por su traición.

Temblaba de pies a cabeza y esa debilidad lo ponía furioso. El dolor por el tiempo que jamás regresaría se mezclaba con el asombro de saber que una parte de él dormía en la habitación de al lado.

–¿Cuándo se lo contamos?

–No es algo que se suelte así sin más –Olivia palideció–. Deberías conocerla primero.

–¿En tres días? –él la miró estupefacto sin entender que ella no comprendiera su urgencia–. Adivina qué. La niña se queda aquí a pasar el verano.

–No puedes hacer eso.

–Claro que puedo –contestó él con firmeza–. Puedo y lo haré. Os quedaréis aquí las dos.

–No puedes darme órdenes –susurró ella con gesto angustiado.

–Estoy siendo lógico –Kieran se encogió de hombros–. Tú puedes trabajar desde cualquier sitio y ella aún no va al colegio. Si te niegas, te llevaré ante la justicia. Conozco a muchos jueces a los que no les gusta que los padres secuestren a sus propios hijos.

–Yo no la he secuestrado. Decir eso ha sido horrible por tu parte.

–Ocultaste su existencia a su padre. Ahora decido yo.

–Es un farol.

–Tampoco sería tan malo, ¿no? –Kieran sintió una punzada de simpatía ante la angustia de Olivia, pero nada más. Más le valía comprender que iba a

luchar por lo suyo.

–No puedo cambiar de vida de la noche a la mañana –Olivia frunció el ceño con terquedad y se puso en pie para colocarse frente a él–. Eres un abusón.

Kieran sonrió sintiéndose repentinamente dichoso. Era padre.

–¿De qué te ríes? –Olivia ladeó la cabeza.

–De ti. De mí. De la vida en general.

–Yo no le encuentro la gracia –contestó ella.

–Gracias por darme a Cammie –Kieran la tomó en sus brazos y le besó la punta de la nariz.

–No es un objeto –Olivia le rodeó el cuello con los brazos–, pero de nada.

–Un verano –él deslizó los labios sobre los de ella.

–Un fin de semana –contraatacó ella.

Kieran le dio una palmada en el trasero y la apretó contra la fuerte erección. La ropa se había convertido en fuente de frustración, de modo que la soltó y comenzó a desnudarla.

–¿Qué estás haciendo? –sonrojándose violentamente, Olivia le dio un manotazo–. El sexo no me hará cambiar de idea.

–La decisión ya está tomada –gruñó él mientras le quitaba el jersey revelando un sujetador que apenas ocultaba su contenido–. Qué delicia. Por favor, no me lo impidas, Olivia. Te necesito más que el aire –el dolor se concentraba en la enorme erección.

Olivia parpadeó antes de dejar caer los hombros con un profundo suspiro mientras Kieran le quitaba el resto de la ropa terminando por el tanga de raso.

¿Cómo podía haber olvidado lo hermosa que era? Los generosos pechos contrastaban con una estrecha cintura y unas voluptuosas caderas. ¿Cómo había podido abandonarla?

–Mírame, Olivia –le ordenó mientras sopesaba los pechos entre las manos.

–Esto no resolverá nada, Kieran –ella lo miró con tristeza, resignación y

deseo.

–Entonces no pienses en ello –él asintió, negándose a que el futuro empañara ese momento–. Déjame hacer a mí.

–¿Tan irresistible te crees? –ella sonrió tímidamente–. Te empeñas en dirigirlo todo.

–Trabajaré mis defectos –prometió Kieran, dispuesto a prometer cualquier cosa con tal de que esa mujer se quedara media hora más.

–Conociendo nuestro pasado, ¿qué te hace pensar que podrás engatusarme?

–Precisamente nuestro pasado. Nunca pudimos mantener las manos quietas, y lo sabes.

–No permitiré que Cammie sufra o se sienta confusa por una posible relación nuestra.

–Por supuesto que no. Esto solo nos incumbe a nosotros dos.

–Alguien podría entrar –observó Olivia mientras se mordía el labio.

–He echado el cerrojo.

–¿Y la doncella?

–Le dije que volverías antes de las once y media.

–¡Por Dios, Kieran! –Olivia volvió a sonrojarse–. ¿No crees que ya sabrá que estamos al otro lado del pasillo, practicando sexo?

–No estamos practicando sexo –señaló él con tristeza.

–Ya sabes a qué me refiero.

–Ella cree que estamos dando un paseo a la luz de la luna –Kieran deslizó las manos hasta la cintura de Olivia–. Y es un espíritu romántico. De modo que deja de preocuparte.

Durante un interminable instante, pensó que Olivia iba a rechazarlo, pero al fin la joven asintió y le agarró por la cinturilla del pantalón.

–Si tenemos una hora límite, será mejor que no perdamos el tiempo.

–Estoy de acuerdo –asintió él con entusiasmo quitándose la ropa apresuradamente.

–Al parecer había olvidado algunas cosas de ti –ella miró con ojos desorbitados, y evidente placer, la fuerte erección y tomó el miembro entre sus manos.

–Estoy a punto, Olivia –Kieran apretó los dientes–. Quizás no deberías tocarme.

–Ya estás otra vez dándome órdenes –Olivia se puso de rodillas y empezó a lamerlo.

La impresión atravesó el cuerpo de Kieran como llamaradas. Soltó un juramento y le sujetó la cabeza, soltándole la cola de caballo con un rápido movimiento. La fabulosa melena cubrió el rostro de la joven, y su propio pene. Y el erotismo de la imagen le hizo llegar acompañado de un desgarrado grito.

Ambos cayeron sobre la alfombra y ella sonrió pensativa.

–¿Pretendías demostrar algo con eso? –preguntó él mientras se frotaba los ojos.

–Quizás. Ya no soy una cría, Kieran. Soy una mujer y he vivido seis años sin tu ayuda.

–Pero tendrás que admitir que cuando vamos juntos, el resultado es espectacular.

–¿Se trata de alguna referencia sexual?

–Podría ser, pero en este caso hablaba de Cammie.

–No te lo discutiré –ella se acurrucó contra él.

–No tenemos por qué ser adversarios –Kieran le acarició los cabellos.

–Siempre que tengas en cuenta mis sentimientos y opiniones. Y no hace falta que seamos pareja.

–Me parece justo.

–Si intentas utilizar el sexo para manipularme, no funcionará –ella le acarició en sus partes.

–Comprendido –de inmediato, la erección respondió de manera espectacular.

–Entonces creo que estamos en la misma onda.

–Esta vez en la cama –Kieran tiró de ella y la tomó en sus brazos hasta dejarla sobre el enorme colchón. La antigua Olivia se habría tapado de inmediato con la sábana, pero la versión más madura apoyó la cabeza en una mano y sonrió.

Era la sonrisa de una mujer consciente de su poder y Kieran no permaneció inmune. Se tumbó a su lado y se deleitó explorando cada curva y recoveco del femenino cuerpo.

Olivia se derritió y los suaves respingos y tímidos gemidos lo espolearon a continuar dándole placer. A punto de llevarla a la cima solo con las manos, se acomodó entre sus muslos, pero en el último instante recordó que necesitaba un preservativo.

No es que considerara a Cammie un error, pero necesitaba aprender a ser padre y, de momento, un hijo era suficiente.

Protegido por el látex, colocó el pene contra la húmeda y cálida apertura de Olivia. Rosada y perfecta, inflamada allí donde él la había acariciado.

–Mírame –le insistió, al ver que tenía los ojos cerrados. Ella obedeció y en ese instante la penetró en medio de un coro de gemidos por ambas partes. Jadeando, se retiró antes de hundirse más profundamente–. Estamos muy bien así. Muy bien.

Y la veracidad de su propia observación lo atormentó.

Kieran se sintió arder por dentro, concentrándose en esa parte de su anatomía que suplicaba liberación. Con la mandíbula encajada y los músculos del cuello tensos, gritó, medio aliviado medio asombrado, cuando su cuerpo estalló en las oleadas de un clímax que lo dejó desmadejado.

Tuvo la fugaz consciencia de que Olivia se había unido a él al final y, jadeando todavía, se tumbó de espaldas y tiró de ella hasta colocarla encima, sus cuerpos aún unidos.

–Quédate esta noche –murmuró mientras enterraba el rostro en su cuello.

–No puedo –contestó ella separándose de él y tumbándose a su lado. Tengo responsabilidades.

–¿Y eso te imposibilita satisfacer tus necesidades como mujer?

–No puedo volver a mantener una relación contigo –Olivia se levantó, se paró en la puerta y lo miró con tristeza, pero también con resolución–. Compartir una hija contigo ya es lo bastante difícil. Dejemos lo de esta noche en un revolcón por los viejos tiempos.

–No me entusiasma ese plan. A Cammie no le haría ningún daño que nos llevásemos bien.

–Podemos mantener una relación civilizada sin empezar algo que no podremos terminar. A diferencia de ti, el sexo por diversión no me parece un estilo de vida adecuado.

–¿Quién ha hablado de sexo por diversión? –Kieran estaba muy enfadado.

Levantándose, se acercó hasta ella y la empujó contra la puerta.

–Me siento atraído por ti, Olivia Delgado. Me gustas. Sé que compartimos una hija. Cualquier relación en la que nos sumerjamos estará lejos de ser casual.

–Vuelves a avasallarme –ella se humedeció los labios y lo miró con ojos desorbitados.

Para mayor irritación, Kieran se sentía duro de nuevo. Y hambriento. Y furioso.

Olivia abrió la puerta.

Capítulo Cuatro

Una casa ajena. Extraños ruidos nocturnos y sueños poblados de imágenes de Kieran. No era extraño que Olivia apenas durmiera. Volvía a ser vulnerable ante él, como cuando era una ingenua estudiante. Con un movimiento de su meñique caía rendida en sus brazos.

Resultaba indignante, humillante, pero también excitante. Desde el nacimiento de Cammie había vivido una vida tranquila. Pero a falta de dos años para cumplir los treinta, ¿debería conformarse con eso?

A las cuatro de la madrugada al fin consiguió dormirse, pero despertó al amanecer al sentir a Cammie, aún no acostumbrada al cambio horario, acurrucarse en la cama junto a ella.

–Buenos días, cariño –bostezó Olivia.

–¿Qué vamos a hacer hoy?

–Creo que a Kieran le apetece estar con nosotras. ¿Te parece bien?

–Sí. Me gusta.

Con tres sencillas palabras, su hija alivió parte de sus preocupaciones.

Olivia volvió a quedarse dormida y, al despertar, notó la ausencia de Cammie. Era una cría maravillosa, pero también traviesa en ocasiones. Saltando de la cama, corrió a su habitación, pero se paró en seco al descubrirla tumbada en el suelo boca abajo, pegada a Kieran que estaba en idéntica posición.

Estaban jugando con un tren. Verlos juntos hizo que Olivia sintiera una opresión en el pecho y sus ojos se llenaran de ardientes lágrimas que, furiosa, reprimió.

–¿Una mala noche, Olivia? –Kieran levantó la vista y la miró de arriba abajo.

–He dormido como un bebé –contestó ella ignorando la provocación y mirándolo furiosa.

Kieran tenía un aspecto delicioso, vestido de manera informal con unos

vaqueros y una camisa amarilla. Llevaba los pies descalzos y Olivia descubrió que cualquier parte de su anatomía le aceleraba el corazón.

–Han subido panecillos recién hechos y mermelada casera de mora. También hay café.

Cammie apenas notó la presencia de su madre, tan absorta estaba con el nuevo entretenimiento. Olivia se quedó parada, sin querer pasar delante de su anfitrión para llenarse una taza con café. El silencio se hizo cada vez más incómodo.

–Dúchate si quieres –Kieran se apiadó de ella–. Te dejaré una taza de café en la mesilla de noche, ¿de acuerdo?

–Gracias –murmuró ella regresando a la privacidad de su habitación. Veinte minutos después se había duchado y vestido con unos pantalones ajustados y una blusa que dejaba un hombro al aire. Se cepilló los cabellos y se los dejó sueltos.

El café estaba en el lugar prometido y se lo bebió antes de regresar a la habitación de la niña para servirse una segunda taza. Lo que vio la dejó de piedra. Cammie estaba sentada en el regazo de Kieran mientras este leía un libro.

Los dos la miraron con idéntica expresión de curiosidad y Cammie sonrió.

–Estás muy guapa, mami. Kieran va a llevarnos al ático.

Mientras la niña jugaba un poco más, Kieran se acercó Olivia y le habló en un susurro.

–Cammie tiene razón, estás muy guapa –con disimulo, le besó la mejilla–. Esta mañana al despertar, te deseaba.

–No deberías decir esas cosas –a Olivia se le puso la carne de gallina. Miró a Cammie de reojo, pero la niña hacía caso omiso a los adultos–. Aquí no. Ahora no.

–Si te hubieras quedado anoche en mi cama, ninguno de los dos habríamos descansado –él se encogió de hombros y sonrió con idéntico gesto travieso que Cammie–. ¿Te acuerdas de aquella noche después del concierto de Coldplay? No dormimos en toda la noche.

Se habían dejado caer en la lujosa cama de una habitación de hotel de Londres, borrachos el uno del otro y de la encantadora velada. Él la había tomado

una y otra vez hasta que se sintió dolorida y tuvo que suplicarle que parara.

La disculpa y el íntimo baño de espuma les habían hecho perder el control.

–Calla –siseó Olivia–. Eso fue hace siglos. Ahora somos personas diferentes.

–Quizás, aunque yo no lo creo –Kieran le mordió delicadamente el lóbulo, girando el cuerpo para que Cammie no pudiera observar el gesto–. Haces que me sienta igual, Olivia.

–Cammie, ¿preparada para subir al ático? –Olivia interrumpió el momento.

Mientras subían las escaleras del ático, Cammie deslizó una mano en la de Kieran con tal naturalidad que le hizo temblar las rodillas. Aquello lo asustaba. ¿Qué sabía él de criar a un hijo? Había sido demasiado pequeño cuando su madre había muerto para tener recuerdos de ella. Y cuando su padre se desmoronó, su único soporte fueron su tío, sus dos hermanos y sus primos, todos los cuales penaban tanto o más que él mismo.

–Espera, muñeca –Kieran hizo que Cammie se parara al llegar al final de la escalera–. Encenderé la luz –hacía años que no había subido allí, pero la cavernosa estancia apenas había cambiado. El suelo pulido de madera acumulaba casi treinta años de basura.

–Esto es increíble –el rostro de Olivia se iluminó–. Es como un cuento. Qué suerte tuviste de criarte aquí.

A pesar de que el comentario le hirió, sabía que lo había dicho sin malicia. Y tuvo que reconocer que no todos los recuerdos habían sido desagradables. Con sus hermanos y primos había pasado innumerables tardes lluviosas jugando en ese ático.

–Es un sitio estupendo para jugar –contestó aclarándose la garganta. Enseguida vio al otro extremo de la estancia una enorme caja roja y sonrió–. Este era mi juguete preferido.

–Recuerdo haber tenido uno de esos también –Olivia se acuclilló junto a ellos. Pronto, los bloques Lincoln se transformaron en granjas, puentes y carreteras.

–Se te dan muy bien las construcciones –Kieran revolvió los cabellos de Cammie.

–Mami dice que lo he heredado de mi papá.

–¿De tu papá? –él se quedó helado.

–Sí. Vive al otro lado del mundo y por eso nunca lo vemos.

Tambaleante e incapaz de mirar a Olivia, Kieran se puso en pie.

–Enseguida vuelvo –anunció con voz ronca mientras huía escaleras abajo y se encerraba en la primera habitación, la biblioteca. Tenía un enorme nudo en la garganta y la cabeza le dolía tremendamente. Cerrando los ojos y apretando los puños contra las sienes, luchó contra el *tsunami* emocional que lo había pillado desprevenido.

«Por eso nunca lo vemos…». ¿Cuántas veces le había hablado Olivia de su padre ausente?

El estómago se le revolvió de las náuseas. De haberlo sabido, las cosas habrían sido distintas. Maldita Olivia.

Poco a poco recuperó la compostura mientras una incuestionable certeza surgió en su mente. Era cierto que vivía al otro lado del mundo. Durante los últimos cinco años había pasado más tiempo fuera de casa que en los Estados Unidos. ¿Qué habría hecho si Olivia lo hubiera encontrado y le hubiera confesado la verdad?

Las mentiras que él había urdido en Inglaterra habían sido la semilla de un imposible nudo gordiano. Una mala decisión había llevado a otra y en esos momentos Kieran tenía una hija a la que no conocía, Olivia no confiaba en él y él mismo no sabía qué hacer.

Cuando consiguió respirar de nuevo con normalidad, regresó al ático. Cammie y Olivia jugaban con un montón de ropas. La niña hacía piruetas con un tutú color magenta que había pertenecido a la prima de Kieran, Annalise.

–Mírame –exclamó tambaleándose mientras intentaba ponerse de puntillas.

–Qué bonito –Kieran se mantuvo alejado de las dos mujeres.

–¿Estás bien? –Olivia lo miró con curiosidad y preocupación.

Kieran no quería su simpatía. Era ella quien le había negado el derecho a ser padre.

–Os dejaré un rato para que juguéis –al fin asintió–. Tengo que hacer unas llamadas.

Con el corazón en un puño, Olivia lo vio marchar. En el fondo se preguntó si Kieran y ella hubieran tenido alguna posibilidad de no haberle mentido sobre su identidad, y de haber sido ella capaz de superar su enfado para notificarle que estaba embarazada.

Pero todo aquello ya era agua pasada. Y el pasado no podía reescribirse.

Cammie y ella pasaron la mayor parte de la tarde solas. Después de comer y dormir la siesta, Olivia llevó a su hija a la montaña de paseo. Visitaron el taller de madera de Gareth y Cammie se hizo amiga del perro, Fenton.

Era un hermoso día de principios del verano y las montañas Wolff registraban casi siete grados menos que el valle. Olivia se enamoró de la paz y tranquilidad de aquel lugar.

De regreso a la casa se encontraron con Victor Wolff. Caminaba ligeramente encorvado y la calva le brillaba de sudor. Por lo que Olivia había conseguido averiguar gracias al investigador privado, Victor tenía quince años más que su difunta esposa… por lo que debía estar en esos momentos a punto de cumplir setenta años.

–Esa cría tiene unos ojos hermosos, de un color poco común –el anciano miró a Cammie de un modo que hizo que el corazón de Olivia saltara de ansiedad.

–Sí –Olivia no se amilanó–. Seguramente será una belleza como mi madre.

Cammie no mostraba interés alguno por la conversación de los adultos y empezó a recoger flores y a bailar alrededor de un sauce llorón. Todo bajo la atenta mirada de Victor.

–Puede que muera antes de poder ser abuelo. Gareth es el único de mis hijos que está casado y Gracie y él han decidido esperar un poco antes de formar una familia.

–¿Está enfermo? –preguntó Olivia.

–El corazón –el anciano sacudió la cabeza–. Si vigilo lo que como y hago ejercicio, según el médico aún me queda cuerda para rato.

–¿Pero no le cree?

–Nadie sabe cuánto tiempo nos queda en este mundo.

–Siento mucho lo de su esposa, señor Wolff. No me imagino lo difícil que debió ser perderla tan joven.

–Ese día habíamos discutido –él se encogió de hombros–. Luego se marchó de compras.

–Y más tarde murió.

–Sí –Victor envejeció visiblemente ante sus ojos–. He cometido muchos errores en mi vida.

–Todo el mundo lo hace, señor.

–Pero yo he arruinado la vida de mis hijos, encerrándoles como si fueran prisioneros. Mi hermano, Vincent, hizo lo mismo. Entre ambos sumábamos seis hijos, unos pobres bebés vulnerables. Yo estaba aterrorizado. Mi hermano y yo lo estábamos.

–Todos tenemos demonios a los que enfrentarnos –contestó Olivia–, pero los niños no deberían sufrir por nuestros errores.

–¿Lo dices por mí o por ti?

–Supongo que por ambos –la sinceridad del anciano la pilló desprevenida–. Pero quiero que sepa una cosa, señor Wolff, haré lo que sea por proteger a mi hija.

–Me gustas, Olivia –el hombre soltó una carcajada–. Es una pena que yo no tuviera hijas.

Olivia no supo qué contestar, de modo que se limitó a caminar de regreso a la casa junto al padre de Kieran y su hija.

Kieran les vio acercarse desde una ventana. Había llegado el momento de hablar claro, y dado que nada parecía mitigar la ira que lo agarrotaba, más le valía a Olivia tener cuidado.

La cena, a la que solo asistieron los cuatro, resultó incómoda. Jacob había sido requerido inesperadamente y Gareth y Gracie estaban disfrutando de un rato a solas.

Cammie se comportó de manera impecable charlando animadamente con

Kieran y sonriendo con timidez cuando Victor Wolff se dirigía a ella. Olivia estaba silenciosa, quizás presintiendo la tormenta. Al fin Victor se apartó de la mesa.

–Si me disculpáis, este viejo va a ponerse las zapatillas y sentarse junto al fuego.

–¿Fuego? –Cammie arrugó la nariz cuando Victor se hubo marchado–. ¡Pero si es verano!

–Tienes razón pequeña –Kieran sonrió–, pero mi padre tiene sus excentricidades y todos nos ajustamos a ellas.

–*¿Excent…?* –la niña dejó de intentar repetir la palabra.

–Significa que el señor Wolff es mayor y a veces hace cosas raras –le explicó su madre.

–Como cuando Jojo se pone salsa en el helado.

–Algo así –Olivia sonrió.

De repente Kieran se vio a sí mismo sentado a la mesa con su amante y su hija. Cualquiera que mirara por la ventana vería a una familia de tres miembros.

–¿Por qué no acuesto yo hoy a Cammie? –Kieran se levantó bruscamente–. ¿Te parece bien, Olivia?

Con la negativa reflejada en el rostro, Olivia se detuvo y respiró hondo.

–Supongo que sí. ¿Tú qué dices, Cammie?

–Claro. Vamos, Kieran. ¿Tienes barquitos para jugar en la bañera?

Olivia también se levantó de la mesa. En la mansión había tantas habitaciones que resultaba fácil perderse. No queriendo estar demasiado lejos de Cammie, encontró unas escaleras que conducían a la segunda planta y se dirigió a su suite. Oyó risas y chapoteos provenientes del cuarto de baño, y se dirigió a la salita para llamar a su madre.

–Hola, cariño –la educada voz de Lolita contestó enseguida–. ¿Qué tal en casa de tu amigo?

–Bien, pero estoy preocupada por vosotros. ¿Alguna noticia sobre el fan psicópata?

–No seas cruel, Olivia. Los hombres no pueden evitar enamorarse de mí. En realidad se enamoran de mis personajes, pero actúo tan bien que parecen reales. Deberíamos compadecernos de él.

La madre de Olivia no tenía ningún problema de autoestima, pero su despreocupación parecía excesiva. Afortunadamente su padre se lo tomaba en serio. Era un narcisista, pero amaba a su esposa y se aseguraba de que siempre hubiera guardaespaldas cerca.

–De todos modos, mamá, por favor, ten cuidado. No bajes la guardia.

–Es una tormenta en un vaso de agua, Olivia. Solo un pobre hombre necesitado de atención. Deja de preocuparte.

–¿Te ha enviado más correos electrónicos?

–Algunos. La policía ha intervenido mi ordenador.

–¿Qué dice en sus mensajes?

–Más de lo mismo. Amenazas hacia mí y mis seres queridos. Pero Cammie y tú estáis a salvo de momento, y tu padre y yo estamos protegidos. Todo va bien.

La conversación terminó sin que Olivia se sintiera mejor. Por mucho que odiara admitirlo, sus padres siempre serían un objetivo por su fama y fortuna. Y precisamente por eso se había esforzado en construirse una vida junto a su hija, lejos de los focos que rodeaban a Lolita y Javier. Incluso permitir que Cammie viajara con ellos era arriesgado, pero quería que estuvieran unidos, y por eso se mordía la lengua cuando surgía la ocasión.

Los sonidos se trasladaron del cuarto de baño al dormitorio. Olivia se asomó a la puerta y vio a Kieran arropar a su hija mientras le daba un beso.

–Me toca –intervino ella. Sintiéndose incómoda bajo la escrutadora mirada de Kieran, abrazó a Cammie–. Que tengas dulces sueños.

–Buenas noches, mami. Buenas noches, Kieran –la niña apenas mantenía los ojos abiertos.

Los dos adultos salieron al pasillo. La expresión de Kieran era sombría, nada que ver con la que había exhibido ante Cammie.

–Cámbiate de zapatos –ordenó–. Vamos a dar un paseo.

–Cuando tienes niños, no puedes largarte así sin más –Olivia frunció el ceño.

–No soy estúpido, Olivia. Jacob acaba de regresar. Va a subirse un montón de revistas médicas y me ha prometido vigilarla.

–No entiendo por qué tenemos que abandonar la casa.

–Hace una noche preciosa y, además, no creo que quieras que oigan nuestra conversación.

Aquello la silenció. No estaba en situación de oponer resistencia.

Tal y como había prometido, Jacob subió y Olivia se puso un calzado deportivo, vaqueros y una camisa de manga larga. Incluso en verano, las noches en la montaña eran frescas.

–Vámonos –Kieran señaló la puerta tras intercambiar unas palabras con Jacob.

–No me has dicho adónde vamos –Olivia se paró al salir de la casa.

–Vamos a la cima de la montaña.

–Creía que ya estábamos en la cima de la montaña.

–La casa está encajada en una llanura, pero en los extremos de la propiedad, la cima se eleva. Un extremo se ha convertido en helipuerto, nosotros nos dirigimos al otro.

Olivia lo siguió en silencio. Kieran mantenía deliberadamente un ritmo acelerado. Si conseguía extenuarla, con suerte no tendría fuerzas para discutir con él.

–Kieran, para, necesito descansar –suplicó ella cuando empezaron a subir una pendiente.

Él se paró y la miró. Tenía el rostro pálido y la respiración entrecortada.

–¿Podemos continuar? –preguntó, decidido a no hacerle la menor concesión aquella noche.

Ella asintió.

–Toma mi mano –ordenó él secamente.

El contacto con los finos dedos le despertó toda clase de emociones encontradas con su estado de ánimo y tuvo que borrarlas de su mente para continuar con su propósito.

Lentamente alcanzaron la cima desde la que había una espectacular vista del cielo estrellado.

A pesar de su mal humor, la escena, como de costumbre, sobrecogió a Kieran. Una enorme piedra aplanada durante siglos por la acción del viento y la lluvia, servía de asiento. A pocos metros de sus pies, la montaña caía en un interminable precipicio.

–¿Tienes pensado arrojarme al vacío? –bromeó Olivia sentada muy cerca de él.

–No me tientes.

–Menos mal que no tengo vértigo.

–Otra vez vendremos de día, se pueden divisar varios kilómetros a la redonda.

Durante unos minutos quedaron en silencio. Quizás llevarla allí había sido un error. La salvaje belleza del lugar empezaba a suavizar su mal humor.

–Lo que me hiciste fue imperdonable –empezó Kieran, sentado con los codos apoyados en las rodillas y mirando al vacío–. Me robaste a mi hija –la voz se le quebró y tuvo que respirar hondo para calmarse y poder continuar–. No hay excusa para lo que hiciste.

–Siento que te hayas perdido la transformación del bebé en la divertida e inteligente niña que es ahora.

–En realidad no es una disculpa, ¿verdad? Volverías a hacerlo otra vez.

–El padre de mi hija fue un mentiroso que me abandonó sin una explicación. Más tarde, al descubrir la verdad, comprendí la clase de hombre que eras realmente. Un eterno Peter Pan, siempre en busca del país de Nunca Jamás. Sin poder establecerse en un sitio.

–Te crees que lo sabes todo. Viajar por el mundo no es ningún delito.

–No, pero sí es un estilo de vida muy egoísta. Reconozco que tu trabajo es importante, pero esos puentes que construyes también han levantado muros invisibles. No tienes que responder ante nadie, salvo tú mismo. Y así es como te gusta vivir.

–De haber conocido la existencia de Cammie, a lo mejor habría tomado otras decisiones.

–Lo dudo. No estabas preparado para cuidar de un bebé. Y tú mismo has reconocido que en seis años apenas has regresado a las montañas Wolff. Te sientes como la parte perjudicada de esta historia, Kieran, pero desde mi posición veo que nuestras vidas siguieron los cursos que debían seguir… independientes, separados.

–Llámame egoísta, Olivia –Kieran no podía librarse del dolor que sentía al no haber podido tomar en brazos a su bebé–, pero a ti te gusta jugar a ser Dios, a controlarlo todo.

–Hice lo que tuve que hacer para sobrevivir.

–Por suerte para ti, tus padres tienen dinero.

–Sí.

–Porque, de lo contrario, te habrías visto obligada a venir arrastrándote hasta mí y eso habría sido un golpe para tu orgullo.

–Jamás habría acudido a ti en busca de dinero.

–Maldita seas –él se golpeó una rodilla con el puño–. ¿Tienes idea de lo arrogante que eres?

–¿Yo? ¿Arrogante? –Olivia alzó la voz–. Tú escribiste ese libro, Kieran. No haces más que echarle la culpa a los demás. No me disculparé por proteger a mi hija de un padre ausente.

–Las familias de los militares soportan continuas ausencias y sus hijos sobreviven.

–Cierto, pero esos niños también sufren. A veces se duermen llorando deseando que su mamá o su papá estuvieran allí para arroparles. Es una vida muy dura.

–Pero nunca nos diste la menor oportunidad para comprobar si funcionaría.

–Practicaste sexo conmigo durante seis semanas sin revelarme tu verdadera identidad. En el nombre de Dios, ¿qué te hace pensar que iba a exponerme voluntariamente a esa situación de nuevo? Me hiciste daño, Kieran. Mucho. Y cuando descubrí que iba a tener un bebé, apenas pude soportarlo. Si al menos te hubieras puesto en contacto conmigo, quién sabe qué habría podido ocurrir. Pero no lo hiciste. Y lo hecho, hecho está.

–Quiero que sepa que soy su padre.

–No.

–Tengo mis derechos.

–Contárselo sería una crueldad. ¿No lo comprendes?

–Me necesita. Toda niña debe tener un padre que la mime y le enseñe a montar en bicicleta.

–¿Y piensas hacerlo por videoconferencia? ¿Es eso lo que tienes pensado?

–¡Por Dios, qué fría eres!

–Lo que soy es realista. No estamos hablando de lo mucho que Cammie pueda necesitarte a ti. En realidad se trata de lo que tú la necesitas a ella, ¿verdad? Y si te paras a pensar en ello, la actitud más madura sería la de apartarte de su camino para no lastimarla.

–Quiero que se quede el verano entero.

–Se enamoraría de ti y sufriría cuando todo acabara. Desde luego que no.

–Así no llegaremos a ninguna parte –se quejó Kieran–. Tengo una idea. Mi prima, Annalise, regresa mañana. Se le dan muy bien los niños y Cammie la va a adorar. Al día siguiente tengo que ir a Nueva York para recaudar fondos para el proyecto de septiembre. Estaré fuera un día y quiero que me acompañes para intentar solucionar todo esto.

–No hay nada que solucionar.

–Te lo diré de otro modo… o accedes a venir a Nueva York para discutir en terreno neutral, o le contaré a Cammie la verdad en cuanto despierte por la mañana.

–No puedes hacer eso.

–Intenta impedírmelo –Kieran luchaba sin contemplaciones por su vida, su futuro.

Olivia se puso de pie de un salto, pero él la agarró por la muñeca.

–Ten cuidado, maldita sea. Estás demasiado cerca del borde.

–Llévame a la casa –Olivia se quedó helada al comprender el peligro–. Somos padres de una criatura. No quiero pelearme contigo.

–Pero sí quieres torturarme.

–Eso tampoco –le aseguró.

–Quiero hacerte el amor, no ver cómo te matas. Alejémonos de este precipicio.

Kieran la condujo por el estrecho sendero hasta regresar de nuevo al bosque donde se paró para hundir las manos en los sedosos cabellos y besarla.

Olivia no se resistió, pero sus labios no se movieron.

–Debes confiar en mí, Olivia –él la abrazó, sintiéndola temblar–. No le haré daño a Cammie. Ni a ti –repitió a modo de juramento. Un juramento, comprendió, sincero.

Ortodoxa o no, Olivia y Cammie eran su familia, tanto o más que Gareth, Jacob y Victor. Estaba dispuesto a dar su vida por ellas. Si pudiera hacerle comprender a Olivia la profundidad de sus sentimientos, quizás se mostraría más dispuesta a creerle.

Con dolorosa lentitud, saboreó su boca y le mordisqueó la lengua. Por fin, ella le rodeó el cuello con sus brazos y correspondió al beso. La frustración y el conflicto se transformaron en deseo.

Kieran le arrancó la camisa y le desabrochó el sujetador, lanzándolo descuidadamente. El ardiente deseo le nublaba la visión y temblaba como si tuviera fiebre.

A Olivia se le puso la piel de gallina bajo el frío de la noche y los pezones de los voluptuosos pechos se endurecieron como piedras. Él se introdujo uno y después otro en la boca y los chupó, deslizando los labios por la sensible piel y

masajeando los pechos con las manos.

Olivia gimió y el sonido se instaló directamente en la entrepierna de Kieran, que le arrancó los vaqueros y los deslizó por las caderas lo suficiente para poder introducir la mano entre las piernas. Estaba húmeda y dispuesta para él.

Liberando su propio sexo, buscó un preservativo en los bolsillos del pantalón y se lo puso antes de empujarla contra el árbol más cercano. Fue un acto animal y salvaje.

Con un gruñido de determinación, se impulsó hacia arriba introduciéndose en el ardiente túnel. La sensación de ser abrazado por seda mojada le hizo gritar.

–Nunca me harto de ti –murmuró contra su cuello–. Haces que entre en combustión.

Después, la conversación se evaporó en la ardiente conflagración. Olivia clavó las uñas en los fuertes hombros y se aferró a ellos con desesperación mientras él le sujetaba el trasero y le basculaba las caderas para poder llenarla por completo.

Ella gritó y se estremeció. Su liberación desencadenó la de él, que mantuvo las manos bajo el trasero mientras embestía sin importarle golpeárselas contra el árbol.

Olivia lo besó con dulzura y esa sencilla caricia bastó. Temblando y respirando entrecortadamente, Kieran llegó con un rápido y ardiente golpe de cadera.

Con las piernas flojas, cayó al suelo y se tumbó de espaldas con Olivia encima.

–Quédate todo el verano –suplicó.

–Calla –ella le cubrió la boca con una mano–. Vamos a dejarlo por ahora. Iré contigo a Nueva York. Serán dos noches más. Después, Cammie y yo regresaremos a casa. Tengo que terminar un proyecto y ella tiene varias fiestas con amigas. Tenemos nuestra vida, Kieran, pero me pensaré regresar más adelante para otra visita. No me presiones.

Con ella encima, a Kieran le resultaba difícil enfadarse y acarició perezosamente el generoso trasero. Todo su cuerpo parecía estar hecho para la fantasía masculina.

La erección apuntaba nuevamente, pero no le quedaban más preservativos. Un fallo. De modo que introdujo la mano entre ambos cuerpos y le acarició el delicado botón que hizo que Olivia se estremeciera y jadeara. Ella intentó controlarse, pero él la llevó a la cima.

Llega para mí, nena –le urgió, deleitándose en la humedad que sentía en los dedos. El sufrimiento merecía la pena por oírle gritar su nombre mientras alcanzaba el paraíso.

Capítulo Cinco

Olivia no podía, no debía, no quería enamorarse nuevamente de él, y eso ocurriría si pasaba el verano en las montañas Wolff. Aunque moriría antes de admitirlo, Kieran era irresistible y prueba de ello era cómo había caído en sus brazos sin apenas resistirse. Solo la distancia física podía protegerla. En Nueva York iba a dejar clara su postura.

Olivia conocía Nueva York y sabía que esa ciudad podía ser mágica.

Siempre podría imponer la condición del celibato para el viaje, pero lo cierto era que deseaba a Kieran y disfrutaba con la perspectiva de pasar una noche ininterrumpida en sus brazos. Si no olvidaba que una vez hecho, habría acabado, su corazón estaría protegido.

En agosto podría hacer otro viaje a las montañas con Cammie para que Kieran viera a su hija. Después, él se marcharía al otro extremo del mundo y ellas volverían a su vida.

Olivia había sido criada en el caos, arrastrada de plató en plató por todo el mundo, escondiéndose en su habitación cuando sus padres se enzarzaban en una de sus teatrales broncas.

Lo único que deseaba era una existencia pacífica y normal para criar a su hija.

Regresaron a la casa tomados de la mano y sin apenas hacer ruido al caminar.

Ella se aferraba a Kieran con fuerza. Era un hombre encantador y honrado a pesar de sus errores de juventud. Amaba a su familia y era evidente que sentía lo mismo por Cammie.

Pero la montaña Wolff también representaba para él una trampa que le había robado la infancia. A pesar de regresar de vez en cuando, nunca se instalaría allí.

Entraron en la casa por la puerta de atrás caminando con cuidado para no despertar al servicio. Al llegar a la suite de Olivia, Jacob se levantó y se estiró.

–Pensaba que ya no volvíais.

–Lo siento –se disculpó Kieran–. Perdí la noción del tiempo. Hace una noche tan hermosa.

–Cuidado con mi hermano –Jacob posó sobre Olivia su mirada, intensa–. Le encanta merodear de noche por el bosque.

–Me ha encantado el paseo –ella se sonrojó, segura de que Jacob sabía exactamente lo que habían estado haciendo.

Tras la marcha de Jacob se instaló un incómodo silencio en la suite.

–¿Vienes a mi habitación? –Kieran la miraba con expresión de deseo.

–Necesito dormir –ella sacudió la cabeza–. Cammie despertará temprano. Buenas noches.

Necesitaba poner distancia de por medio. La masculinidad de Kieran la arrastraba y aquella noche necesitaba reflexionar sobre cómo proteger su vulnerable corazón.

La llegada de Annalise, la prima de Kieran, a la mañana siguiente fue como un soplo de aire fresco… y lluvia. Su contagiosa risa y su sincera amabilidad eran difíciles de resistir.

–Encantada de conoceros a ambas –saludó agachándose para abrazar a Cammie.

Era alta, morena y guapísima. Y cuando miró a la niña a los ojos se quedó helada.

Annalise abrazó también a Kieran y Jacob, que habían dejado momentáneamente la obra en la clínica para comer con ella. Gareth estaba con su mujer.

–Papá y los chicos siguen de pesca en Wyoming, pero yo ya estaba harta de peces y mosquitos. Además, quería volver para ver a Kieran. Es como avistar al monstruo del lago Ness… una no puede perdérselo.

–Qué graciosa –Kieran soportó sus bromas con buen humor y la rodeó por los hombros camino del comedor–. Admítelo, niñata, has venido para conocer a mis invitadas.

–Me has pillado –ella arrugó la nariz y miró a Olivia con gesto compungido–. Es un defecto que tengo. De pequeños, los chicos me torturaban fingiendo que tenían un secreto que no iban a compartir conmigo. Yo les acosaba sin piedad hasta que acababan por admitir que se lo habían inventado.

–Debió ser duro ser la única chica.

–Ni te lo imaginas –Annalise miró preocupada a su alrededor–. ¿Dónde está el tío Victor?

–Pasó una mala noche –explicó Jacob–, pero espera unirse a nosotros para la cena.

Mientras comían ensalada y fruta, Olivia observó a Annalise. Aún faltaban tres hombres, los hermanos de Annalise, además de Vincent, hermano gemelo de Victor. Era evidente que la joven estaba muy unida a Kieran y a Jacob, con quien bromeaba con mucho afecto.

Los seis primos habían sido criados aislados en la enorme casa tras las violentas muertes de sus madres. La tragedia había marcado y conformado a la familia.

Concluida la comida, los hombres se levantaron y Annalise se volvió hacia Olivia.

–¿Por qué no vamos a nadar a la piscina de Gareth y Gracie?

–¿Piscina? –Olivia miró de soslayo por la ventana a través de la cual se veía la lluvia torrencial que caía.

–Es una piscina cubierta, tonta –rió Annalise.

–¿Cammie sabe nadar? –Kieran frunció el ceño.

–Venimos de California. Por supuesto que sabe.

La reacción de Kieran, la del típico padre preocupado, había llamado la atención de Annalise, y de Olivia también, que se preguntó cuánto tiempo tardaría algún miembro de la familia de Kieran en preguntarle si Cammie era una Wolff.

La impresionante piscina estaba construida a semejanza de un lago tropical, incluyendo su cascada, periquitos y agua templada.

A Cammie le encantó y nadó como un pez por toda la piscina. Gracie se

unió a ellas enseguida. La pelirroja destilaba un aire de satisfacción que provocó la envidia de Olivia.

–Me encanta tener mujeres aquí –Annalise echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–A mí también –asintió Gracie–. Cuando volvimos de la luna de miel, Annalise ya se había marchado y confieso que a veces he echado de menos a una chica con quien charlar.

–¿Cuánto tiempo lleváis casados? –preguntó Olivia.

–Menos de dos meses. Aún me estoy acostumbrando a esta casa.

La casa de Gareth era impresionante, aunque no tan grande como la mansión Wolff. Entre los árboles, se divisaba la casa, más moderna, de Jacob.

–¿Por qué Kieran no se ha hecho nunca una casa? –preguntó Olivia intrigada.

–No la necesita –Annalise se encogió de hombros–. Apenas duerme doce noches al año aquí. Con suerte, viene dos días en Navidad. Por lo demás, siempre está viajando. Todos sufrimos mucho de niños, pero Kieran lo pasó peor que los demás. En cuanto pudo, salió en busca de la libertad. No se puede enjaular a un trotamundos.

¿Era piedad lo que Olivia veía en los ojos de Annalise?

Esperó equivocarse. Ya era malo saber que no tenía ningún futuro junto a Kieran, no quería la conmiseración de los demás.

Gracie regresó a su pintura y Olivia aprovechó para hablar con Annalise.

–Kieran me ha pedido que lo acompañe a Nueva York y ha pensado que no te importará cuidar de Cammie. ¿Se ha tomado demasiadas libertades?

–Claro que no –contestó Annalise de inmediato. Aun siendo la antítesis de la madre de Olivia, poseía un aire de artista al que ningún hombre podría resistirse–. Cammie es un encanto y me alegrará poder cuidar de ella.

A su lado, Olivia se sentía desaliñada y gorda, aunque a Kieran no parecía importarle su figura redondeada.

–Solo será por una noche y al día siguiente regresaremos pronto porque

Cammie y yo tenemos que tomar un vuelo de regreso a California.

–¿Por qué no utilizas el avión privado de la familia? ¿Kieran no te lo ha ofrecido?

–Sí, lo ha hecho. Varias veces. Pero prefiero organizarme yo el viaje.

–¿No quieres sentirte en deuda con él?

–No es eso. Pero he intentado criar a Cammie lejos del lujoso estilo de vida de mis padres.

–¿Y qué tal te va?

–A veces pienso que es una batalla perdida –contestó Olivia con tristeza.

–¿No te gustó crecer en ese ambiente?

–Me gustaban los juguetes y los juegos como cualquier niño, pero tenía amigos cuyos padres eran lo que yo consideraba «normales», con trabajos de nueve a cinco, comida campestre los fines de semana, partidos. Yo no tuve eso, pero lo quiero para Cammie.

–A veces no apreciamos lo que tenemos en casa. Es bueno no tener que preocuparse por el dinero, y también está la satisfacción de ayudar a los más necesitados. Nuestra familia nunca ha carecido de nada, pero me gusta creer que no hemos sido malcriados. Nuestros padres nos inculcaron el sentido de la responsabilidad.

–Si yo consiguiera eso con Cammie, me sentiría feliz.

–Es una cría estupenda –Annalise se escurrió el agua de los cabellos–. Para ser madre soltera, has hecho un gran trabajo. No debe haber sido fácil.

Olivia se preparó para la pregunta sobre la paternidad de Cammie. Sin embargo, la otra mujer se limitó a sonreír.

–Gracias –contestó Olivia algo turbada mientras salía del agua tras Annalise.

–Si necesitas hablar con alguien, cuenta conmigo –el habitualmente alegre rostro se tornó serio y su mirada, al igual que la de Jacob, parecía verlo todo.

–Te lo agradezco –durante un segundo, Olivia se sintió tentada. Deseaba

compartir con otra mujer los temores y preocupaciones que acarreaba ser la amante de Kieran, y madre de su hija. Pero Annalise era prima de Kieran, parte de la familia, y si no le había permitido a él revelar su paternidad, le parecía poco ético compartir el secreto.

Se envolvió en una toalla y se tumbó en una hamaca para observar los juegos de Cammie. Annalise hizo lo propio y ambas disfrutaron de la suave música proveniente de unos altavoces ocultos entre el follaje. Olivia bostezó, consciente de que la falta de sueño tenía mucho que ver con Kieran. Si no estaba con él, soñaba con él.

La niña hizo el pino en el agua y ambas mujeres aplaudieron.

–Cammie encontró uno de tus trajes de ballet en el ático. Espero que no te importe que haya jugado con él.

–Claro que no –Annalise bostezó, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos–. Mañana le enseñaré mi tesoro secreto de muñecas Barbie. Tenía que mantenerlas escondidas de los chicos para que no les arrancaran la cabeza.

–¡Qué horror! –rio Olivia.

–No me hagas hablar –Annalise la miró con expresión sombría.

Olivia y Kieran partieron para Nueva York a primera hora de la mañana. Aunque estaba preocupada ante la perspectiva de dejar a Cammie, era más que evidente que la niña se lo estaba pasando de lo lindo. Victor la mimaba, Jacob le había prometido una visita a la clínica y una piruleta, y Gareth y Gracie la invitaron de nuevo a la piscina.

Además estaba Annalise. Olivia y ella se habían encariñado como hermanas y la joven le había preparado a Cammie una agenda de actividades imposible de completar.

Así pues, Kieran y Olivia se despidieron y partieron en helicóptero hacia el pequeño aeródromo de Charlottesville donde les aguardaba el jet privado de los Wolff. Aunque Olivia estaba acostumbrada al lujo y los caprichos, la fortuna de Kieran y su familia superaba cualquier cosa que hubiera conocido.

En el interior del jet, un atractivo auxiliar de vuelo le ofreció una copa y un tentempié. Ella se decidió por un cóctel de fruta ya que el desayuno había sido más que generoso.

Kieran tomó una bolsita de anacardos y se dirigió a la cabina para charlar con el piloto. Mientras Olivia se abrochaba el cinturón, apreció la comodidad del asiento, más parecido a un sillón, estiró las piernas y sintió un escalofrío de excitación.

Cerró los ojos y sonrió satisfecha. La cálida mano que se apoyó en su hombro le sobresaltó. Al abrir los ojos se encontró con la sonrisa de Kieran.

–¿Te asusta volar? –él se sentó en el asiento contiguo al suyo.

–Me encanta volar –contestó ella–. ¿Y a ti?

–Me lleva rápidamente adonde quiero ir y para alguien con mi trabajo es lo principal. Pero también me gustan la libertad y la sensación de aventura. No creo que cambie nunca.

Olivia sintió un nudo en el estómago. Kieran era un hombre acostumbrado a dar la vuelta al mundo. Su lenguaje corporal reflejaba expectación, energía.

El día se volvió repentinamente sombrío. Tener ante sí la evidencia de lo que ya había supuesto resultaba doloroso. Su amante, padre de su hija, era un trotamundos, un aventurero. Jamás se conformaría con vivir dentro del recinto vallado de una casa.

El ruido de los motores al despegar anuló toda posibilidad de conversación. Olivia cerró los ojos y fingió dormir. Estaba demasiado sensible. Corría serio peligro de volver a enamorarse de él. ¿Cómo no hacerlo?

A pesar de lo poco que la conocía, Kieran amaba a la niña y estaba decidido a ser su padre. Solo se lo impedían los temores y reservas de Olivia, decidida a protegerse del dolor de volver a perder al padre de su hija.

Mientras Kieran hablaba con el auxiliar, ella aprovechó para estudiar su perfil. Tenía la nariz recta y la mandíbula cincelada. Unos dientes blancos que brillaban contra la bronceada piel al sonreír y un cuerpo atlético y sano. Las largas piernas y anchos hombros completaban un agradable paquete de masculina perfección.

La boca se le secó y los muslos se tensaron al recordar la noche anterior. Cuando estaban juntos, le hacía sentir la mujer más importante y deseable del mundo.

Aunque era muy capaz de cuidar de sí misma, le gustaba el

comportamiento protector y caballeresco. En caso de crisis, Kieran Wolff era una roca.

Durante un tiempo convertirse en su esposa había sido un sueño. Pero era consciente de que aunque pusiera su nombre en un papel, el sueño terminaría en dolor y frustración. Ella necesitaba un amante que estuviera allí siempre, no solo en caso de emergencia.

Kieran era sin duda capaz de manejar cualquier crisis, pero Olivia estaba bastante segura de que no era de los que trataban con las cuestiones mundanas de la vida familiar, como sacar la basura, pagar las facturas o cortar el césped.

Para su sorpresa, se quedó dormida de verdad. Kieran la despertó a tiempo de ver la estatua de la libertad mientras pasaban por delante. En pocos minutos el piloto desplegó el tren de aterrizaje y tomó tierra.

Una limusina les aguardaba a pie de pista y enseguida se encontraron viajando hacia la ciudad entre innumerables taxis. Kieran le tomó la mano llevándosela a los labios para besarla.

–Te dejaré en el centro –la miró con una lánguida sonrisa–. ¿Te importaría distraerte un par de horas sola mientras me encargo de la reunión?

–Claro que no, pero yo…

–¿Qué?

–Te debo una disculpa –Olivia se mordió el labio–. Pensé que este viaje de negocios no era más que una excusa para conseguir estar a solas conmigo.

Estaban sentados muy cerca el uno del otro y ella percibía claramente la loción de afeitar que había utilizado aquella mañana. Vestido con un traje gris oscuro de corte clásico, camisa azul claro y corbata a juego, no se parecía en nada al hombre que había conocido. Si antes le había recordado a Indiana Jones, en esos momentos parecía más un ejecutivo de Wall Street. Y no estaba segura de si le gustaba el cambio.

Kieran la atrajo hacia sí, rodeándole la cintura con un fuerte brazo y reclamando sus labios con un fuerte beso. Sin aliento, con el corazón martilleando con fuerza, la soltó y se reclinó en el asiento.

–En mi trabajo hay que dorarle la píldora a los peces gordos.

–¿A qué te refieres?

–Voy a reunirme con los herederos de una gran fortuna. La madre fallecida quería financiar varias obras de caridad por el mundo, pero sus encantadores hijos opinaban que los diez millones que les había correspondido a cada uno eran un insulto y fueron a los tribunales. Afortunadamente, el juez ordenó respetar el testamento. Desgraciadamente para mí, los chicos forman parte del comité de la fundación y tengo que enfrentarme a sus egoístas y petulantes exigencias para conseguir lo que quiero para mi siguiente proyecto.

–¿El de septiembre?

–Vamos a diseñar y construir un orfanato en Sudán –asintió él.

–¿No es peligroso ese país?

–Mira a tu alrededor –Kieran se encogió de hombros–. Te pueden matar por cruzar la calle.

Antes de que Olivia pudiera responder, el coche paró frente a una tienda de diseño.

–Preferiría ir a Macy's –ella arrugó la nariz–. La de la calle 34. ¿Nos pilla muy lejos?

–No, pero había pensado que, dados tus orígenes, te gustaría lo exclusivo.

–Pues soy más del tipo Macy's.

–Lo que tú digas –el trayecto fue breve. Kieran saltó del coche para abrir la puerta de Olivia y la acompañó a la acera. La miró con una expresión que encerraba algo más que afecto y le dio un beso–. Aquí tienes mi tarjeta. Diviértete.

–Vete a la reunión –Olivia deseó pedirle que se quedara, pero se obligó a dar marcha atrás.

–Te llamaré cuando haya terminado –se despidió él .

Kieran soportó la reunión sin su habitual paciencia. Los horribles descendientes, como los llamaba, no pusieron más dificultades de las habituales, pero él no estaba en forma para hacerles frente. Solo podía pensar en ir al hotel con Olivia y pasar veinticuatro horas en la cama con ella.

Era su fantasía. Lo caballeroso sería llevarla primero por la ciudad para que

se divirtiera.

Además estaba la cuestión de Cammie. Kieran temía que, en cuanto expusiera su intención de reclamar sus derechos como padre, el buen ambiente se estropearía. No estaba seguro de cuál era la postura de Olivia en esos momentos. A veces le daba la sensación de que estaba preparada para contarle la verdad a Cammie, pero otras se empeñaba en que no estaba hecho para ser padre.

Para estresarlo aún más, la reunión se alargó. A las doce y media, al fin, se levantó excusándose. Lo principal estaba solucionado y solo quedaban las minucias que no requerían de su presencia.

La limusina lo aguardaba al salir a la calle. Desgraciadamente el atasco del mediodía le retrasó y cuando llegó a Macy's la cabeza de Kieran martilleaba de hambre y tensión.

Olivia, todo sonrisas, entró en el coche. Otra mujer estaría rabiosa por la tardanza, pero ella parecía feliz de verlo y él reaccionó de inmediato al recibimiento. Y de repente fue consciente de que no podía imaginarse la vida sin ver la sonrisa de Olivia cada día.

Desde la muerte de su madre y la rendición emocional de su padre, Kieran no se había permitido a sí mismo necesitar a nadie. Se enorgullecía de ser autosuficiente.

–Conozco varios restaurantes estupendos donde comer –él tomó la mano de Olivia–. ¿Tienes alguna preferencia?

–Al ver que tu reunión se retrasaba –ella dio una palmadita a la enorme bolsa que tenía entre los pies–, elegí unas cuantas cosas de la tienda gourmet de la esquina. Pensé que podríamos disfrutar de un picnic en Central Park. ¿Qué me dices?

–Suena perfecto –de repente, la irritación de las últimas horas se esfumó.

Kieran dio instrucciones al chófer y en pocos minutos bajaron del coche frente al museo Metropolitan. Mientras cruzaban la Quinta Avenida, tomó la bolsa de manos de Olivia.

–¡Por Dios santo! ¿Qué has comprado?

Ella soltó una carcajada. La hermosa e inmaculada piel relucía bajo el sol.

Kieran sospechaba que, criada a la sombra de su espectacular madre, Olivia no tenía ni idea de que era igualmente hermosa. Tendría que convencerla personalmente.

Al no tener una manta que extender sobre la hierba, optaron por sentarse en un banco frente al lago. Olivia llevaba un vestido estampado con diminutos girasoles y cuando se quitó la chaquetilla, Kieran casi se atragantó.

Tenía un cuerpo voluptuoso, cabellos rojizos y ojos color chocolate y le recordó a Sophia Loren de joven. El vestido era bastante recatado, salvo por el pronunciado escote cruzado que encajonaba los generosos pechos. Kieran se imaginó deslizando la lengua desde el cuello hasta los deliciosos montículos y de inmediato se puso duro.

Sobre el escote descansaba un diamante amarillo que reconoció de los días de universidad. Sus padres se lo habían regalado al cumplir veintiún años. Olivia se había mostrado reticente a llevar el carísimo pedrusco a diario, pero él le había convencido de que debía disfrutar del regalo sin importarle perderlo.

¿Cómo habría reaccionado de haber sabido que Olivia estaba embarazada? En aquellos años había sido una persona llena de ira y amargura intentando abrirse camino en un mundo que no tuviera nada que ver con el imperio de los Wolff. La paternidad ni siquiera había sido una opción.

En cuanto su padre se hubo recuperado del infarto que le había hecho regresar de Oxford, Kieran se había marchado a explorar el mundo. Había vadeado campos de arroz, navegado en canoa por ríos infestados de mosquitos y escalado montañas donde el aire era tan fino que costaba respirar. Para el mundo civilizado, Kieran había dejado de existir.

Y cada paso recorrido lo alejaba más y más de las montañas que habían sido su lujosa prisión. Pero, ¿qué habría sucedido de haber sabido de la existencia de Cammie?

Olivia se sacudió las migas de la falda y estiró las piernas, cruzando los tobillos. Tenía las uñas de los pies pintadas de rosa coral, a juego con el vestido y Kieran deseó desesperadamente besar los perfectos y delicados pies.

La existencia de Cammie lo había cambiado todo. Kieran y Olivia estaban ligados y solo el tiempo diría hasta dónde.

–¿Y ahora qué? –preguntó repentinamente–. ¿Una obra matinal en

Broadway? ¿Un paseo por el puerto? ¿Más compras?

–No podemos ignorarlo –ella lo miró de soslayo con gesto preocupado–. Vine aquí para aclarar nuestra situación. Podemos empezar por ahí y luego, quizás, disfrutar de lo que quede del día.

–Ya sabes cuál es mi postura –Kieran se encogió de hombros–. Quiero que os quedéis todo el verano y quiero contarle a Cammie que soy su padre.

–Tengo que terminar un trabajo, Kieran –Olivia se mordisqueó el labio mientras retorcía las manos sobre su regazo–. Y necesito estar en mi estudio.

–Háblame de ello –Kieran quería conocer todos los detalles de su vida.

En Oxford le había impresionado su talento para las acuarelas, y también había reconocido una ambición y ansias de perfección semejantes a las suyas.

–Ilustro cuentos infantiles para dos editoriales de Nueva York. El horario es flexible y me permite atender a Cammie. Uno de mis últimos libros fue propuesto para un premio.

–Entonces te ha ido bien.

–Nunca quise vivir de mis padres –ella asintió–. Me gusta la independencia y la seguridad de saber que mantengo a mi hija.

–¿Y por qué no puedes trabajar en las montañas?

–Necesito pintura, papel, productos. Además… No he cambiado de opinión sobre el efecto que tendría tu marcha en Cammie. No te lo he dicho porque no quería causarte dolor, pero ella siempre me ha suplicado que le diera un papá, desde que es lo bastante mayor para saber que debería tener uno. Si le contáramos la verdad, pensaría que vendrías a California a vivir con nosotras.

–¿Es tu última palabra? –la imagen de la niña suplicando tener un padre lo atormentó.

–¿Vas a llevarme ante los tribunales? –ella lo miró con gesto solemne.

–¡Claro que no! –Kieran se puso en pie y se dio la vuelta para que ella no pudiera contemplar su expresión. La impotencia y la rabia lo desgarraban por dentro.

–Por favor no te enfades –Olivia se unió a él y le rodeó la cintura con un

brazo, apoyando la cabeza en su hombro–. Solo intento hacer lo mejor. Quizás no para ti o para mí, pero sí para Cammie.

–No estoy enfadado –gruñó él mientras la atraía hacia sí sin apartar la vista del lago.

–Deja que nos vayamos a casa mañana –continuó ella–. Terminaré mi proyecto. Cammie y yo tenemos algunas actividades programadas para el verano. En agosto, regresaremos a las montañas para otra visita antes de que te marches a Sudán.

–¿Me prometes que reflexionarás sobre lo de contarle quién soy realmente?

–Me lo pensaré –asintió ella.

–No te pido más –por supuesto que deseaba más, pero esperaría al momento oportuno.

Capítulo Seis

Tenía dos opciones, ambas arriesgadas. Marcharse y llevarse a Cammie, provocando la ira de Kieran y su posible venganza. O quedarse y mantener su corazón intacto considerando cualquier relación física como temporal y lúdica.

No le cabía la menor duda de que iba a acabar en la cama de Kieran antes del anochecer. No porque él fuera a engatusarla para conseguirlo, sino porque ella lo deseaba desesperadamente. Un día más. Podía mantener sus emociones a raya un día más. Luego habría otra visita en agosto. Y luego Kieran se marcharía a la otra punta del mundo, imposibilitándole cualquier acción vergonzosa como caer de rodillas ante él y suplicarle que se quedara para amarla a ella y a su hija.

–¿Alguna vez has montado en coche de caballos por el parque? –preguntó Kieran.

–No, pero creo que me gustaría más hacerlo de noche.

–De acuerdo –asintió él mientras recogía los restos del picnic–. ¿Nos vamos entonces?

–¿Y qué te parece si nos registramos en el hotel y dejamos de perder el tiempo?

La franqueza de Olivia lo sorprendió visiblemente. Incluso le había sorprendido a ella misma. Con la piernas temblorosas, aguardó su respuesta.

–¿Lo dices en serio? –Kieran la miró, hermoso como un felino e igual de peligroso.

–Completamente –Olivia se acercó lentamente a él–. Quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Quiero dormir en tu cama y despertarme contigo. Lo quiero todo.

«Todo», incluía mucho más de lo que él podía o quería darle. Kieran seguramente pensaría que se refería solo al sexo y no había razón para que supiera que estaba tan enamorada de él que la idea de regresar a California le provocaba un agudo dolor en el pecho.

–Vas a conseguir que me detengan –Kieran la rodeó con sus brazos–. No

sé si podré resistirme… –la arrastró hacia unos árboles apartados del camino.

La erección los separaba, dura, ansiosa.

Olivia sintió temblarle las rodillas. De no haberla sujetado él, se habría derrumbado sobre el suelo. Nadie parecía prestarles atención, pero aquello era peligroso.

–¿No está cerca el hotel? –preguntó ella jadeando.

–No lo bastante –Kieran le mordisqueó el labio.

–Llama al coche –le suplicó ella.

–Podría pedirle al chófer que dé vueltas por la ciudad, sin parar. ¿Alguna vez has hecho el amor en una limusina, Olivia?

–No –casi sin aliento ella se apoyó contra él–. ¿Y tú?

–Jamás he tenido ese placer. Pero maldita sea si no me apetece ahora mismo.

Olivia soltó un gemido cuando él se apartó para llamar por teléfono.

–Vamos, nos recogerá en cinco minutos.

Tomados de la mano, caminaron a buen paso, con la respiración entrecortada.

Desgraciadamente, el trayecto en coche desde el parque al hotel Carlyle solo permitió un tórrido beso. Un hombre uniformado abrió la puerta de Olivia y se dirigieron al mostrador de recepción. Veinte minutos después, en una lujosa suite, íntima y silenciosa, Kieran se puso ante ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Quítate el vestido.

La orden tajante, junto con la intensidad de su mirada hizo que Olivia se estremeciera y su sexo se volviera húmedo. La negativa no era opción y cuando al fin deslizó el vestido hasta el suelo, Kieran la miraba con ojos desmesurados.

No llevaba sujetador y por tanto estaba completamente desnuda salvo por el tanga y los tacones. Los generosos pechos eran firmes y altos. Olivia sintió el impulso de tapárselos con las manos, pero se resistió, deseosa de complacerle.

–Ven aquí –Kieran susurró un juramento apenas audible mientras apretaba los puños.

La miraba como un preso que no hubiera visto a una mujer en meses.

–Párate –le ordenó cuando ya estaba a medio camino–. Suéltate el pelo.

–¿Le parece bien así, señor Wolff? –Olivia soltó las horquillas del moño.

–¿Te estás poniendo insolente, Olivia?

–¿Haría yo algo así? –ella abrió desmesuradamente los ojos en un gesto dramático.

–Ponte frente a mí y tócate los pechos.

Estaban jugando y Kieran acababa de subir las apuestas.

–He dicho que te los toques. Pon los dedos sobre los pezones.

Ella se humedeció los labios, desesperada por sentir sus caricias. Se sentía incómoda, aunque excitada, y obedeció sintiendo la sensible piel tensarse bajo sus caricias.

–Precioso –susurró Kieran casi como una oración.

Cuando la piel se volvió demasiado sensible para continuar, dejó caer las manos.

–Vete al dormitorio sin mirar atrás –él aún no había terminado y la miraba con gesto ardiente–. Túmbate boca abajo sobre la cama.

Ella sintió repentinamente temor. Kieran jamás le haría daño. Aquello solo tenía que ver con el placer. Con el suyo y con el de ella.

Alejarse de él era difícil. Sabía que la estaba mirando, como un halcón, mientras se dirigía lentamente a la puerta que conducía al resto de la suite. Al fin logró llegar al dormitorio y, durante unos segundos se quedó quieta, indecisa.

Apartó la colcha y se tumbó sobre la sábana. El corazón latía rápido y fuerte en sus oídos. Dejó los brazos a los lados del cuerpo, pero al poco los levantó por encima de la cabeza.

¿Qué quería que hiciera? ¿Qué planes tenía?

Minutos después oyó el sonido de sus pisadas sobre la moqueta. Y seguidamente el ruido de la cremallera y el cinturón al soltarse.

Una actividad que resultaba sumamente erótica, sobre todo al no poder mirarlo. Olivia se imaginó las piernas largas y musculosas, la prominente erección.

El colchón se movió cuando él apoyó una rodilla junto a su cadera y se unió a ella sobre la cama. Sin ninguna advertencia, le agarró las muñecas y las ató con lo que parecía una corbata. Instintivamente, ella se resistió, pero él hizo caso omiso.

–Ahora te tengo a mi merced –le susurró al oído–. Harás todo lo que yo te pida.

–Kieran… –la frase quedó interrumpida por un grito cuando él introdujo la lengua en su oreja y hundió los dedos de una mano en sus cabellos, masajeándole la cabeza antes de deslizarlos hasta la nuca.

Todo el cuerpo de Olivia se moría por recibir sus atenciones, pero él continuaba lenta, embriagadoramente.

Casi imperceptiblemente, empezó a descender, hundiendo los pulgares en su cuello y hombros. Después deslizó la lengua por la columna.

Temblando desvalida, Olivia lo sintió deslizar una mano hasta su zona más sensible.

Ella separó las piernas, suplicando sin palabras, y lo oyó reírse suavemente.

–Paciencia, Olivia.

Kieran la sujetó por las caderas y le hizo darse la vuelta. Por fin lo veía, y la visión la dejó sin aliento. El bronceado pecho era todo músculo. Una fina línea de oscuro vello descendía por el centro hasta donde la erección se alzaba orgullosa contra el abdomen.

–Por favor –suplicó ella sin quitar ojo a la erección, gruesa y enorme en cuya punta brillaba la humedad–. Por favor, no nos hagas esperar.

–Esperar es la mitad de la diversión. Quiero volverte loca antes de tomarte. Tan desquiciada que no exista nada más que tú, yo y esta cama.

Como ante un hipnotizador, el cuerpo de Olivia respondió controlándose. Sin embargo, por la expresión en el rostro de Kieran, él no estaba teniendo tanta suerte. La mandíbula estaba firmemente encajada y las mejillas teñidas de un oscuro rubor. Parecía un hombre salvaje… un hombre a punto de llegar.

Kieran se inclinó sobre ella. La única parte de su cuerpo que la tocaba eran los labios.

–Me encanta tu boca –susurró mientras deslizaba la lengua sobre la suave piel.

Ella intentó rodearle el cuello con la atadura de las muñecas, pero él se apartó.

–Chica mala –susurró.

Repentinamente serio, mantuvo la mirada fija en ella y deslizó la mano libre entre sus muslos, introduciendo dos dedos en su interior para comprobar su disposición. Las caderas de Olivia despegaron del colchón y el corazón empezó a latir con fuerza.

Permanecieron todo el tiempo mirándose a los ojos y ella vio todo el deseo masculino reflejado en los suyos. ¿Era lo único que deseaba de ella? Esperaba que no fuera así.

–Háblame de los hombres en tu vida, Olivia –preguntó él sin dejar de acariciarla–. ¿Quién se ha beneficiado de lo que yo te enseñé en Inglaterra?

–Eso no es asunto tuyo, Wolff –jadeó ella mientras Kieran le acariciaba el clítoris–. Yo no te he preguntado sobre las mujeres que tienes en cada puerto.

–No ha habido tantas –adelante y atrás, adelante y atrás. El dedo experto la llevaba cada vez más cerca de la cima–. Trabajo muchas horas y no me queda tiempo para divertirme.

–Pero un hombre como tú no puede estar mucho tiempo sin sexo. En la universidad lo querías dos veces al día, incluso tres.

–Porque estaba obsesionado contigo.

La confesión le dio alas a Olivia, pero consiguió contener su excitación. La clave de la frase era que el verbo iba en pasado. «Estaba». Kieran había hecho gala de un gran apetito sexual y ella había caído en sus brazos como fruta

madura.

Con el paso de los años, seguía siendo sexualmente activo, pero había mantenido relaciones con varias mujeres y en esos momentos, Olivia seguramente representaba más la disponibilidad y la conveniencia que la obsesión.

La infancia de Kieran había mermado su capacidad para demostrar sentimientos. Era un hombre apasionado, pero Olivia dudaba de que fuera capaz de un amor romántico de verdad. Eso significaría colocar a una mujer como prioritario en su vida y no había detectado ninguna señal de eso en su comportamiento.

Era evidente que la deseaba, pero para Olivia eso nunca bastaría.

Kieran movió la mano y ella tuvo que dejar de analizar la situación. En esos momentos se trataba del placer físico y su corazón estaba guardado a buen recaudo.

Él le soltó las muñecas y le separó las piernas. Al sentir el ardiente aliento sobre los muslos, Olivia se puso tensa presa del pánico.

–No, espera… –balbuceó–. Esto no me gusta.

–¿Y cómo lo sabes? –preguntó él sonriendo perezosamente.

–Lo digo en serio, Kieran –ella le empujó por los hombros–. En serio. Para.

–Si insistes, pararé –él se detuvo muy serio–. Pero me daría mucho placer hacerlo contigo.

–¿Y qué pasa si no llego porque estoy demasiado pendiente?

–Relájate, Olivia. Yo solo quiero hacerte feliz. Nada más. Tú no tienes que hacer nada.

–Bueno, yo…

Anticipando su consentimiento, Kieran se colocó de nuevo en posición.

Olivia sintió el cálido aliento sobre el estómago y dio un respingo, antes de cerrar los ojos y arquear la espalda, ante el primer roce de la lengua. Soltó un gemido y él repitió con una segunda pasada de la lengua. La sensación era indescriptible, parecida a una descarga eléctrica que crecía hasta hacerle gritar su

nombre.

–¡Kieran, oh, por Dios, Kieran!

La respuesta amortiguada de Kieran no fue indescifrable ni importante. Ella estaba perdida, atrapada en un remolino que la llevaba al borde del clímax perfecto antes de dejarla caer inane en sus brazos.

–¿Todavía insistes en que no te gusta? –preguntó Kieran apoyado sobre un codo y mirándola con una sonrisa de masculina satisfacción.

–No seas presuntuoso.

–Verte llegar de ese modo ha sido mi mayor logro este año.

–Al año aún le queda la mitad –contestó ella intentando no parecer tan desarmada como estaba–. Es demasiado pronto para asegurar algo así.

–No seas tan modesta. Estoy seguro de que te han oído hasta en Brooklyn.

–¡Kieran! –avergonzada, Olivia se tumbó de lado y apoyó una pierna en el velludo y musculoso muslo de Kieran, igual de bronceado que el resto de su cuerpo.

Olivia se lo imaginó trabajando en pantalones cortos y botas. ¿Alguna vez se sentiría solo? Era más que evidente que le gustaba su estilo de vida, de lo contrario habría regresado a su casa hacía mucho tiempo.

Sin previo aviso, Kieran la levantó y la sentó a horcajadas sobre sus caderas. Él no había saciado su deseo, que se irguió y creció al menos un centímetro más bajo la impresionada mirada de Olivia, que lo sujetó con ambas manos.

Bajo la sedosa piel latía el duro acero. Ella lo vio alargar la mano hacia un preservativo y el corazón se le aceleró.

–¿Me harías los honores? –Kieran se lo ofreció con gesto desafiante.

Kieran aguardó, divertido e impaciente, mientras Olivia manejaba torpemente el preservativo. La determinación reflejada en el hermoso rostro lo enterneció y también le produjo otra sensación, más difícil de definir y que desechó de inmediato.

Mientras ella seguía con la operación, él se entretuvo jugueteando con los

tentadores pechos que tenía ante sí. Pellizcó un pezón y la vio sonrojarse.

–Ya está –Olivia terminó su tarea–. Colocado.

–Menos mal que he traído una docena –Kieran comprobó la colocación y asintió.

–¿Una docena?

El tono agudo de su voz hizo que él riera a pesar de que su pene estaba a punto de estallar. Llevaba en ese estado más de una hora.

Esa mujer era dulce como la miel. Una de las mujeres más sensuales que había conocido.

–¿Preparada, cariño?

La piel del cuello de Olivia llevaba las marcas de su pasión. Los pezones, erectos, parecían suplicar sus besos y él se irguió para complacerlos mientras se introducía en el cálido hogar, con tal fuerza que sus frentes chocaron.

–Demonios –exclamó él–. Frótame la cabeza –le pidió. Tenía las manos firmemente posadas sobre su trasero y ninguna intención de abandonar la postura.

–Pobrecito mío –ella se inclinó y le besó la frente.

–No te muevas –el inocente movimiento de Olivia casi le hizo perder el control–. Maldita sea, estoy a punto de llegar.

–¿Y no era ese el objetivo de este ejercicio?

Kieran gruñó, atrapado entre la risa y la inminente explosión en su entrepierna. ¿Alguna vez había conseguido una mujer hacerle experimentar algo así?

–Me estás matando –jadeó intentando controlarse.

Olivia empezó a juguetear con el escroto. Fue como haber sido alcanzado por un rayo, y Kieran perdió el control, de sí mismo y de ella.

Bombeando salvajemente las caderas, se lanzó hacia arriba sordo, ciego, mudo, salvo por los primitivos gemidos, cayendo de espaldas sobre el colchón.

Kieran no quería que aquello terminara jamás. Quería marcarla, reclamarla como suya.

Olivia encontró sus labios y lo besó. Y eso bastó para que él estallara violentamente.

Al fin, exhausto, se quedó tumbado de espaldas con Olivia abrazada a él.

–Puede que no haya sido del todo sincero contigo. Te prometí que lo haríamos durante veinticuatro horas, pero creo que necesitaré avituallamiento.

–¿Llamamos al servicio de habitaciones?

–Estaba pensando en algo más elegante. Algo indecentemente caro y exclusivo.

–¿Y conoces algún lugar así? –ella se sentó a su lado y se cubrió con la sábana.

–He oído a Jacob mencionar un lugar que le gusta.

–¿Jacob, el discreto y silencioso médico? Pensé que estaba por encima del resto de los mortales que necesitan comer.

–Jacob tiene sus debilidades, como la tarta de queso de Nueva York. Suele venir de vez en cuando a algún congreso médico, o cuando le llaman para algún caso.

–Es muy listo, ¿verdad?

–Desde luego –Kieran hizo una mueca–. Siempre sacaba las mejores notas e hizo cuatro años en dos y medio –hizo una pausa e inclinó la cabeza–. ¿Tenemos que seguir hablando de mi hermano o puedo tentarte con una ducha?

–Te echo una carrera.

Kieran se deleitó viendo el trasero de Olivia correr hacia el cuarto de baño. Cuando la alcanzó ya estaba bajo el chorro del agua.

–¿Hay sitio para dos? –preguntó mientras entraba en la ducha sin esperar respuesta.

La noche estaba despejada y fresca, y el restaurante elegido por Kieran estaba a un par de manzanas del hotel, por lo que decidieron ir a pie.

Caminaron abrazados y ella se sintió arropada y amada y, durante la duración del paseo, se permitió soñar con finales felices.

–¿Te importa si llamo a Cammie? –al llegar al restaurante, Olivia hizo una pausa.

–Adelante.

Olivia marcó el número de los Wolff. Segundos después oyó la excitada voz de su hija.

–Hola, mami. Annalise y yo nos estamos vistiendo para la cena.

–¿En serio? –Olivia sonrió ante el entusiasmo de la niña.

–Vamos a ir de… –tras una breve consulta, Cammie regresó al teléfono– minifalderas.

–Suena divertido. ¿Le dirás a Annalise que haga una foto?

–Sí, mamá. ¿Puedo hablar con Kieran?

–Claro –Olivia dudó un instante. Normalmente, Cammie hablaba sin parar por teléfono–. Quiere hablar contigo –le pasó el móvil a Kieran.

Tras la inicial sorpresa, Kieran sonrió y tomó el móvil, aunque pulsó el botón del altavoz.

–¿Qué pasa, bichito?

–Hoy he jugado con tu submarino de madera –empezó Cammie–. Fue muy divertido. Annalise intentó torpedearme varias veces, pero conseguí esquivarla.

–Mañana por la mañana –Kieran soltó una carcajada–, pídele que te enseñe el túnel secreto.

–¿Qué tal os va a los tortolitos en Nueva York? –Annalise se puso al teléfono.

–Compórtate, niñata. Estamos bien. Llegaremos a casa mañana al mediodía. Si eres buena, te llevaré una docena de rosquillas.

–¡Rosquillas! Qué derrochador.

–Yo podré mejorarlo, Annalise –Olivia rió–. Gracias una vez más por cuidar de Cammie. Dale un beso y un abrazo de mi parte.

Todos se despidieron y Kieran tomó a Olivia del brazo.

–¿Lista para comer?

–Me muero de hambre –ella asintió, aliviada después de haber hablado con su hija.

Patrice's era un restaurante encantador. Olivia se dejó caer en una banqueta de terciopelo y suspiró.

–Pide tú por mí. Sorpréndeme.

Kieran se preguntó hasta qué punto se sorprendería Olivia si supiera cuáles eran sus verdaderas intenciones. Después de cenar planeaba llevarla de regreso al hotel y mantenerla cautiva en la habitación hasta la mañana siguiente. Eso sí, la dejaría dormir… un rato.

Al entrar en el restaurante, todo el mundo se había girado hacia ellos. Los rostros de las mujeres reflejaban envidia y el de los hombres, deseo. ¿Cómo era posible que Olivia no se diera cuenta del efecto que provocaba? Jamás había conocido a una mujer tan modesta y poco consciente de su hermosura.

El vestido que se había puesto era muy sencillo, de color rojo y con la espalda al aire. Los cabellos estaban recogidos en un moño suelto y el único accesorio que llevaba era un par de pendientes de rubí.

Conocía cada milímetro de su cuerpo y estaba seguro de que no llevaba nada bajo el vestido.

Conversaron agradablemente mientras degustaban una codorniz con puré de castañas. Aunque no bebió apenas, el vino se le subió a la cabeza y en su mente solo cabía la idea de volver a ver a Olivia desnuda. Ella, sin embargo, parecía disfrutar de la cena.

Terminado el postre y el café, Kieran le hizo una señal al camarero pidiendo la cuenta y esperó, martilleando sobre la mesa con los dedos, a que Olivia regresara de los aseos.

Mientras la observaba abrirse paso entre las mesas, alguien extendió una mano y la agarró. El rostro de Olivia se iluminó y lo siguiente que vio Kieran fue a

su amante siendo besada apasionadamente en la boca por un joven alto y apuesto vestido con traje oscuro.

Furioso, se levantó de la mesa. Olivia ni siquiera lo había mirado. Estaba abrazando al desconocido y dándole palmaditas en la mejilla. El camarero tuvo la osadía de bloquearle la visión durante unos segundos mientras le entregaba la cuenta y Kieran firmó el resguardo de la tarjeta antes de dirigirse hacia la pareja al otro lado de la sala.

–¿Olivia?

Ese tipo le estaba rodeando la cintura con un brazo.

–¿Me estoy perdiendo algo? –Kieran intentó disimular su irritación.

–Quiero que conozcas a alguien, Kieran –Olivia alargó una mano–. Este es mi muy querido amigo, Jeremy Vargas. Nos conocemos de toda la vida. Íbamos juntos al colegio. Está en Nueva York ensayando un papel para Broadway. Jeremy, te presento a Kieran Wolff, mi… –se humedeció los labios dejando la frase inconclusa.

–Olivia y yo salimos juntos –aclaró Kieran mientras estrechaba la mano del otro hombre. Por la firmeza del apretón y la sonrisa relajada, dedujo que Jeremy Vargas no estaba cohibido por su presencia–. Encantado de conocerte.

El apellido debía ser artístico, porque el tal Vargas no aparentaba tener ni gota de sangre latina. Era la quintaesencia del chico californiano, rubio, bronceado, ojos azules y sonrisa arrebatadora.

–Un placer, Kieran –Jeremy no soltaba a Olivia–. Has atrapado a una chica estupenda.

–A una estupenda mujer…

¿Acaso era él el único que había percibido la excesiva familiaridad en la voz de Jeremy?

–Ojalá hubiera sabido que estabas aquí –Olivia al fin se soltó del abrazo de su amigo y se colocó junto a Kieran–. Podríamos haber cenado juntos.

«Y una porra», pensó Kieran mientras de repente recordaba dónde había oído mencionar a Jeremy Vargas. Había sido en el artículo de prensa sobre la fiesta de cumpleaños de Cammie. Y lo presentaban como pareja de Olivia…

–¿Sales con ese Vargas? –preguntó bruscamente mientras caminaban de regreso al hotel, atormentado por el hecho de que tuviera una vida al margen de él.

–Es como un hermano para mí –la sencilla respuesta lo dejó sin palabras.

De regreso a la suite del hotel, Kieran se quitó la ropa y se bebió de un trago un vaso de agua helada. Olivia se quitó los pendientes y ese inocente gesto hizo que el sexo se le pusiera duro como una piedra. Y supo que tenía problemas.

–¿Preparada para ir a la cama? –preguntó tras aclararse la garganta.

Capítulo Siete

–¿Preparada para la cama o para el sexo? –preguntó Olivia mientras dejaba los pendientes sobre la mesa y lo miraba fijamente a los ojos.

–Quiero hacerte el amor –las palabras surgieron desgarradas de la garganta de Kieran.

–No espero que cambies por mí, Kieran –el gesto de ella se dulcificó–. Eres quien eres y yo soy quien soy. Dos personas que se conocieron en un momento equivocado. Pero engendramos a una criatura y ella debe ser nuestra prioridad.

Kieran se quedó inmóvil, visiblemente dividido entre la sinceridad y la seducción.

–Disfrutemos de esta noche –ella acudió a su rescate–. Mañana será otro día.

Kieran se dejó convencer. En realidad no tenía elección.

Decidió regalarle toda su ternura. Esa mujer se merecía un hombre que la idolatrara.

Con un nudo en la garganta, cayó de rodillas y le rodeó las caderas con los brazos apoyando la cabeza sobre el estómago. Allí había llevado a su hija. Y deseó con toda el alma haber podido ver expandirse ese estómago en su fértil belleza.

Los rotundos pechos habían alimentado a Cammie. De haber sido todo diferente, Kieran habría observado la escena. Habría formado parte de algo maravilloso y nuevo.

El remordimiento era una emoción fútil, una que había aprendido hacía mucho a desterrar en un oscuro rincón de sus entrañas. Solo importaba el presente.

Ella le acarició los cabellos con delicadeza y a Kieran se le puso la carne de gallina. Lo que sintió le resultó casi doloroso, recordándole remotamente la angustia de su infancia. Las mujeres eran suaves, cálidas y maravillosas. Pero amarlas era convertirse en vulnerable. Y un hombre no podía permitirse bajar la

guardia.

Deslizó la lengua por el ombligo de Olivia, mojando el vestido. Con cuidado, levantó la prenda hasta confirmar lo que le había fascinado toda la velada. Llevaba un diminuto tanga negro, lo que explicaba por qué le había parecido que iba desnuda.

A pesar de su juramento de proceder con delicadeza, agarró el tanga a ambos lados de las caderas y tiró de él hasta dejar expuesta la parte más íntima de su cuerpo.

–Me estás haciendo pasar vergüenza –Olivia le tiró del pelo–. Deja de mirarme.

–Tus deseos son órdenes –Kieran la tomó en sus brazos llevándola al dormitorio.

Olivia apoyó la cabeza en su hombro en un gesto de confianza que le hizo tomar consciencia de la vez anterior en que le había fallado. En esa ocasión iba a actuar como era debido. Quería que el mundo entero supiera que era el padre de Cammie, pero si Olivia estaba convencida de que era un error, entonces reprimiría sus deseos.

Él no era de los que reculaban, pero por Olivia estaba dispuesta a intentarlo.

–Gracias por traerme a Nueva York –susurró ella de pie junto a la cama mientras se quitaba el vestido–. Creo que lo necesitábamos… para cerrar una etapa.

–Déjame amarte –contestó Kieran, ignorando el comentario que insinuaba el final de su relación física–. Túmbate, Olivia.

Desnudándose, la acompañó en la cama. Y cuando ella alzó los brazos, no pudo decidir si la sonrisa que vio en su rostro era la bienvenida de una amante o las lisonjerías eróticas de una sirena llevando al hombre a su perdición.

No hubo preliminares. El fuego se había alimentado durante la cena. Encontró un preservativo, se lo colocó y se acomodó entre los muslos de Olivia.

Sus miradas se fundieron y, mientras la penetraba lentamente, ella lo miró con ojos desorbitados, sin aliento, sonrojándose violentamente. Kieran apoyó la frente contra la suya, aquejado de una vorágine de necesidad.

Siglos atrás, habría matado dragones por ella, habría regresado de sus viajes con cofres llenos de oro y joyas. Pero Olivia no buscaba al caballero andante sobre su blanco corcel. Lo que buscaba era un compañero estable, quizás el carpintero o el molinero de la aldea.

Si aspiraba realmente a hacerle feliz, debería partir a su siguiente cruzada y dejarla atrás para que se construyera una vida entre los muros del castillo. Una vida sin él.

Salvo por las jadeantes respiraciones de ambos, la habitación estaba en completo silencio. Kieran se movía tan despacio dentro de ella que el cuerpo de Olivia parecía abrazarlo y exprimirlo a cada embestida. Era el cielo y el infierno. Como recibir aquello que no sabías que necesitabas, pero con fecha de caducidad.

A medida que aumentaba el ritmo, las piernas de Olivia se enroscaron alrededor de sus caderas, alzándose, arqueando la espalda, tomando lo que deseaba. Dulce y sensual, parecía la chiquilla que había conocido aquel lluvioso sábado en la campiña irlandesa. La había descubierto sola, apartada del resto de la gente, bajo un enorme paraguas negro, murmurando incoherencias mientras enredaba con un mapa.

¿Cómo no se había dado cuenta de inmediato de lo que había caído en sus manos aquella breve primavera? Una vibrante y frágil mariposa.

¿Cómo había podido ser tan estúpido como para aplastarle las alas con su brusca marcha?

–Siempre serás mi primer amor –ella le acarició la frente–. Pase lo que pase.

Su primer amor. ¿Había sido esa su única función? ¿Esa y la de donante de esperma?

Toda dulzura lo abandonó. Al cuerno el pasado. ¿Qué había del futuro?

Y en esos momentos su cuerpo lo traicionó embistiéndola con tal violencia que sacudió la cama. Olivia gritó al alcanzar el clímax, con los ojos cerrados y los puños apretados.

Kieran sintió su propio orgasmo crecer en ardientes llamaradas e intentó resistirse. Demasiado tarde. La lava surgió de su interior acompañada de un grito envuelto en rendición, dejando atrás una inexplicable confusión.

Tumbándose de espaldas, intentó calmar su respiración.

–Deberíamos casarnos –dijo de repente, sorprendiéndose tanto como a ella.

–¿Qué? ¿Por qué? –Olivia se puso rígida.

«Porque te amo locamente y no puedo imaginarme la vida sin ti». Cualquier versión de esa respuesta resultaría aceptable para Olivia, pero no para él.

–Supongo que sería bueno para Cammie –Kieran le acarició el rostro y suspiró–. Suponiendo que al final le digas que soy su padre. Si estuviésemos casados, durante mis ausencias ella tendría la seguridad de saber que somos una familia.

–Eso no haría que te echara menos en falta.

–Puede que no, pero sí sabría que tarde o temprano regresaría a casa con ella.

«Tarde o temprano». Olivia odiaba esa frase. Kieran no estaba enamorado de ella. Sentía algo por ella… afecto quizás, y cierto sentido del deber. Pero eso no bastaría. No cuando Olivia quería entregarle cada átomo de su pasión y devoción.

–No me gusta esa idea –contestó secamente–. Me merezco un hombre que me ame y no pueda vivir sin mí. Lo que propones es deshonesto. Los niños son más intuitivos de lo que crees. Descubriría la verdad. Prometí reflexionar sobre ti y sobre Cammie. Dame tiempo. Déjame que me vaya a mi casa. En agosto te daré una respuesta.

Él no respondió y, para consternación de Olivia, se dio cuenta de que se había dormido. Descorazonada, se dio media vuelta e hizo lo propio.

Cuando despertó, Kieran ya no estaba en la cama junto a ella. El aire estaba impregnado del aroma de su loción de afeitar y supuso que se había levantado temprano.

Consultó el reloj y decidió que aún quedaba tiempo de sobra. El avión estaba a su disposición, pero Kieran le había prometido a Annalise que regresarían para comer.

Treinta minutos más tarde, apareció en el saloncito de la suite donde

Kieran, de pie y con los brazos cruzados a la espalda, miraba por la ventana.

–¿Dónde está tu móvil? –preguntó con expresión grave.

–Se me olvidó cargarlo anoche –ella hizo una mueca–. Seguramente no tiene batería.

–Siéntate, Olivia –Kieran se sentó a su lado en el sofá y le tomó las manos–. Tus padres han intentado localizarte. Llamaron a la mansión. Mi padre acaba de llamarme.

–¿Qué ha pasado? –el corazón de Olivia dio un vuelco.

–Tendrás que ser valiente –contestó él–. Lo superaremos.

–¡Dios mío! ¿Ha habido un accidente?

–No. Están bien.

–Entonces, ¿qué ha sucedido?

En el rostro de Kieran se reflejaba la lucha interna por escoger las palabras adecuadas.

–Cuéntamelo ya. No aguanto más.

–El acosador psicópata de tu madre puso una bomba ayer –Kieran le acariciaba el dorso de las manos con los pulgares–. Tu casa ha quedado reducida a cenizas. No queda nada.

–No… –tras un angustioso silencio, Olivia cerró los ojos mientras el pánico se acumulaba en su pecho–. No es posible. En esa casa está el álbum de fotos de Cammie de cuando era bebé… y mis dibujos. Todos sus juguetes… –la agonía le formó un nudo en la garganta y no pudo hablar más. No podía ser cierto–. Llévame allí. Quiero verlo.

–Tranquila –Kieran la abrazó.

Olivia sollozó histérica. Un enorme vacío se abrió a sus pies y sintió miedo de caer en él y nunca más poder salir.

–¿Lo han atrapado? –fue la primera pregunta que surgió de sus labios.

–Aún no, pero lo harán. Al parecer debía saber que tú no estabas. La

policía no cree que tuviera realmente intención de hacer daño a nadie.

–¿Y qué pasa con mis padres?

–Tienen seguridad las veinticuatro horas del día. Las autoridades opinan que Cammie y tú deberíais quedaros donde estáis hasta que ese hombre sea detenido.

Kieran estaba logrando justo lo que deseaba.

–Necesito ver mi casa –ella se soltó del abrazo y se secó las lágrimas con el dorso de la mano–. Si no quieres llevarme, iré yo sola.

–Claro que te llevo –contestó él.

Kieran jamás se había imaginado que alguien pudiera sentir semejante dolor por otra persona. Unas cuantas horas después, de pie junto a Olivia, contemplaron lo que quedaba de la propiedad.

La zona estaba acordonada con cinta amarilla y los vecinos, curiosos, miraban boquiabiertos, aunque a una prudente distancia. Olivia había sido interrogada, tanto por la policía como por el jefe de bomberos. La casa estaba literalmente reducida a cenizas.

–Al menos no estábamos en casa –murmuró ella con el rostro muy pálido–. Cammie iba a crecer aquí –continuó ella con voz temblorosa–. Siempre me había sentido segura. Era nuestro pequeño paraíso. Pero no hay escondite posible, ¿verdad?

Kieran no se molestó en contestar a la pregunta. Aprender la más dolorosa de las lecciones a la tierna edad de cuatro años, había marcado el curso de su vida.

En su interior creció la rabia ante la irracional destrucción. Rabia y culpabilidad. Un hombre debería proteger a su familia y, en esos momentos más que nunca, comprendió el proceder de su padre. Aunque en ocasiones equivocados, Victor Wolff y su hermano, Vincent, habían dado los pasos necesarios para proteger a sus hijos.

Kieran iba a mantener en las montañas Wolff a Olivia y a Cammie sanas y salvas hasta la detención del criminal.

La idea de que alguien pudiera encontrarlas en la montaña hizo que se le

helara la sangre en las venas.

Un investigador de uniforme se acercó a ellos sujetando un objeto que, aparentemente, estaba muy caliente.

Tras saludar, lo extendió hacia Olivia.

–He encontrado esto… pensé que le gustaría tenerlo. Tenga cuidado, aún quema.

Tras pasar por debajo de la cinta, regresó a su trabajo, quizás algo incómodo por las lágrimas de Olivia quien, Kieran estaba seguro, no se daba cuenta de que estaba llorando.

Contemplando el objeto plateado entre sus manos, empezó de nuevo a sollozar.

Kieran la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

–Es el sonajero que le compré cuando nació. Está grabado.

«Para Cammie con amor de papá y mamá».

Con un nudo en la garganta, Kieran la miró inquisitivamente.

–No quería que pensara que no le importaba a su padre.

–Vámonos –estaba seguro de que habían sido sus propios errores los que les habían llevado a esa situación–. Debemos volver a casa con Cammie.

Tras despegar, Kieran se desabrochó el cinturón y se acurrucó a su lado. Contemplando el casi imperceptible movimiento de su pecho al respirar, sintió una dolorosa opresión en el suyo. La amaba. En cuerpo y alma. Lo que había intentado cortar de raíz hacía media docena de años, había resurgido tras el regreso de Olivia a su vida.

Y tras saber que compartían una hija…

Se sentía mareado y aterrorizado. ¿Qué sucedería si perdía a una de las dos… o a ambas? No hacía falta que fuera en trágicas circunstancias. Olivia podría llevarse a Cammie sin más. A fin de cuentas había rechazado su propuesta de matrimonio sin siquiera pestañear.

Olivia luchó contra las pesadillas y, con el corazón acelerado y el rostro

bañado en sudor, emergió de un narcótico sueño. Le llevó varios segundos identificar dónde estaba.

Un sollozo ascendió por su garganta, aunque consiguió reprimirlo.

Le asustaba pensar en lo que le aguardaba. ¿Cómo se le explicaba a una niña de cinco años que el único hogar que había conocido jamás había desaparecido para siempre?

–¿Qué sucede? –Kieran le apretó la mano–. ¿En qué piensas?

–En Cammie –fue la sencilla contestación–. ¿Cómo voy a decírselo?

Capítulo Ocho

Annalise ya había bañado a Cammie tras darle de cenar y estaba leyéndole un cuento en la cama cuando Olivia y Kieran al fin entraron en el dormitorio de la niña.

–¡Mami! ¡Kieran! –el rostro de Cammie se iluminó–. ¿Me habéis traído un regalo?

Annalise se excusó y, tras darle un sentido abrazo a Olivia, abandonó el cuarto.

Kieran abrazó a la niña con fuerza. En su rostro, Olivia pudo ver reflejada su propia tristeza y también alivio. La cosa podría haber sido mucho peor.

Sentados los tres juntos, Kieran miró a Olivia, interrogándola con la mirada.

Ella sacudió la cabeza y se tapó la boca con la mano. Con el gesto le indicó que fuera él quien se lo dijera. Si intentaba explicárselo, se echaría a llorar y no quería asustar a su hija.

Kieran apoyó la barbilla contra la cabeza de Cammie durante interminables segundos.

–Cariño, ha sucedido algo malo. Necesito que seas muy valiente cuando te lo cuente.

–¿Qué pasa? –la expresión infantil fue sustituida por una de ansiedad.

Olivia vio moverse los músculos de la garganta de Kieran y supo lo injusta que había sido al encargarle el trabajo sucio. La noticia iba a ser muy dolorosa para Cammie, pero, como padres, no les quedaba más remedio que contarle la terrible verdad.

–Hubo un incendio en tu casa –empezó él, eligiendo cuidadosamente las palabras.

–¿Se ha dejado mami la plancha encendida? –Cammie abrió los ojos desmesuradamente.

–No, cariño –a pesar de todo, Olivia sintió ganas de reír.

–Un hombre encendió un fuego que se descontroló –la expresión de Kieran se suavizó.

–¿Le ha pasado algo a Princess Boots?

–La gatita está en casa de la señora Capella –intervino Olivia ante la expresión aturdida de Kieran.

–Es verdad –la niña frunció el ceño y arrugó la nariz–. ¿Entonces tendremos que quedarnos aquí?

–Sí, si a tu mamá le parece bien –Kieran asintió.

Con los ojos anegados en lágrimas, Olivia asintió. Era más que evidente que la niña aún no había comprendido las implicaciones de lo sucedido. Solo tenía cinco años. Ya habría tiempo para revelaciones más inquietantes en las siguientes semanas.

–Menos mal que Bun-Bun está conmigo –era su peluche preferido y sin él no podía dormir.

–Yo también me alegro –Kieran le revolvió los cabellos–. Y ahora, a la cama. Tu mamá y yo nos hemos pasado todo el día volando y estamos agotados.

Mientras la arropaban, Cammie bostezó.

–¿Eres el novio de mi mamá? –preguntó mirando fijamente a Kieran.

–¿Quién te ha hablado de novios? –Olivia estuvo a punto de atragantarse.

–La señora Capella dice que su hija se va a divorciar porque tiene novio y marido. Como tú no tienes marido, pensé que a lo mejor Kieran era tu novio.

Los dos adultos tuvieron que hacer enormes esfuerzos por no echarse a reír.

–Tu mamá y yo somos amigos –consiguió decir Kieran al fin–. Y los dos te queremos mucho. Ahora duérmete y mañana haremos algo divertido todos juntos.

Una vez fuera del dormitorio, ambos se apoyaron contra la pared y empezaron a reír histéricamente.

No había nada como un niño para restaurar el equilibrio natural de las cosas.

–Gracias por decírselo –Olivia se secó las lágrimas con la mano–. Estuviste perfecto.

–Adoro a esa niña.

Lo que sucedió a continuación fue inevitable. El dolor y agotamiento compartido les fundió en uno. Kieran la abrazó con dulzura en un abrazo sólido y consolador.

Se besaron despacio, como si fuera la primera vez. Olivia estuvo a punto de confesarle su amor, de postrarse a sus pies en un gesto de gratitud. Pero sería injusto agobiarle con sus sentimientos después de todo lo que había hecho por ella.

La ternura se tornó poco a poco en pasión y ella lo sintió estremecerse.

–Necesito pasar la noche contigo, Olivia –Kieran suspiró y la abrazó con fuerza–. Para asegurarme de que estás bien. Por favor.

–Sí –¿cómo negarle aquello que tanto deseaba ella misma?

–Pero primero voy a darte de comer –él la volvió a besar con ternura.

¿Comida? La excitación que empezaba a sentir protestó y le rodeó el cuello abrazándolo con fuerza. El sexo le proporcionaría el muy necesitado olvido.

–Refréscate –él se soltó del abrazo–. Hablaré con el cocinero y subiré una bandeja.

–No tengo hambre –protestó ella. La idea de comer le provocaba náuseas.

–Da igual –insistió él con semblante autoritario–. Tienes que comer.

Olivia siguió su consejo y se metió en la ducha. Bajo el chorro de agua caliente tuvo que admitir que Kieran tenía razón.

Aunque sentía el cuerpo dolorido, se imaginó las manos de Kieran sobre sus sensibles pechos. La perspectiva de lo que le aguardaba le hizo estremecerse. Perder la casa era un problema más.

¿Cómo iba a vivir sin él? lo había hecho durante seis largos años. Seis años durante los cuales Cammie había llenado su vida.

Pero eso ya no le bastaba. Deseaba y necesitaba al hombre del que se

había enamorado.

Tras secarse y ponerse su bata de seda, echó una ojeada a Cammie. La pequeña dormía tranquilamente.

–Te quiero –le susurró al oído.

Cuando regresó a su dormitorio, Kieran colocaba una bandeja de plata sobre la mesita frente al canapé. Al mirarla de arriba abajo, la expresión de sus ojos se suavizó.

–Ven aquí –él extendió una mano–. Acompáñame.

Kieran había encendido un acogedor fuego en la enorme chimenea.

–¿No resulta un poco extravagante?

–He tenido que bajar diez grados el aire acondicionado –Kieran la miró con cara traviesa–. Además, después del día que has pasado, te mereces un poco de extravagancia.

–La comida tiene un aspecto estupendo –Olivia se sentó con él en el pequeño sofá, sintiéndose extrañamente tímida–. Podría acostumbrarme a tener un cocinero a mi servicio.

–Ha preparado algo ligero –explicó él mientras descubría los platos–. Pollo asado, arroz al limón y col de nuestro jardín –después señaló un plato más pequeño–. Y si te lo comes todo, habrá una sorpresa para postre.

Comieron en amigable silencio. Con el estómago lleno y el calor de la chimenea, Olivia empezó a amodorrarse. Al fin se echó hacia atrás, incapaz de probar otro bocado más.

–Estaba delicioso.

–Me alegro de que te gustara –Kieran sirvió dos tazas de café antes de retirar la tapa del plato misterioso, descubriendo unos deliciosos dátiles–. Y ahora el premio. Pruébalo.

Olivia abrió la boca y él introdujo un fruto entre sus labios. Tras mordisquear un trozo, espontáneamente, chupó el azúcar de los dedos de Kieran.

–Tómate otro –él se sintió enormemente excitado ante el gesto de Olivia.

La operación se repitió en tres ocasiones. La habitación estaba cargada de deseo y el fuego de la chimenea crujía en una seductora sinfonía.

Al final Kieran no pudo más y se levantó para abrir la ventana y dejar entrar el aire fresco.

–Menuda estupidez encender fuego –murmuró antes de quitarse la camisa.

–A mí me gusta –protestó Olivia quitándose la bata que cubría el minúsculo camisón.

–Esta noche no habrá sexo –él la miró con ojos desmesurados–. No es lo que necesitas.

–No me digas lo que necesito –lentamente, se quitó el camisón–. Tú aún no has tomado postre.

La parte delantera de los pantalones de Kieran se abombó considerablemente.

–Esta noche pretendía consolarte, abrazarte en caso de que tuvieras pesadillas.

–A lo mejor si me distraes, mis sueños serán de todo menos malos.

–Creo que aún estás en estado de shock –Kieran hundió las manos en los bolsillos del pantalón y frunció el ceño–. Deberías dormir.

Aunque de su boca surgían sabias palabras, su cuerpo emitía un mensaje totalmente distinto. Estaba muy tenso y la tela de los pantalones apenas podía contener la erección.

Olivia, completamente desnuda, se acercó a él, pegándose hasta que los pezones presionaron contra sus costillas.

–No sigas –Kieran respiró hondo y apoyó el rostro de Olivia contra su hombro.

–Acabamos de empezar –murmuró ella, metiendo un muslo entre sus piernas y frotándose contra él como un gato.

Kieran era un hombre fuerte, pero no era más que un hombre. ¿Cómo demonios iba a mimarla si estaba empeñada en seducirle? Al fin se rindió, porque perder era mucho mejor que cualquier cosa que hubiera planeado. Cubrió el firme

trasero con las manos ahuecadas y la atrajo hacia sí.

–¿Nunca te han dicho que eres una cabezota?

–Continuamente.

–¿La puerta?

–Cerrada. Si se despierta, la oiremos… aunque no lo hará.

–Me iré al amanecer –había demasiado en juego para añadirle más confusión a la niña.

–Eso nos deja siete horas –anunció Olivia mientras le desabrochaba el cinturón–, y se me ocurren varias maneras de llenar ese tiempo.

El reloj marcaba las horas mientras Kieran se dedicaba a Olivia. Ella intentó acelerar el juego, pero él no se lo permitió. Con una mano le sujetó las muñecas por encima de la cabeza mientras le sujetaba las piernas con el muslo.

–Quiero tocarte –protestó ella irritada y con la respiración entrecortada.

–Aún no –la visión de los magníficos pechos estremeciéndose con la respiración lo hipnotizó durante unos segundos.

–¿Cuándo?

–Cuando haya terminado contigo.

–Eso suena inquietante –ella lo miró con los ojos desorbitados.

–Te prometo que disfrutarás de cada segundo.

Olivia emitió un leve suspiro y cerró los ojos. Aquella era su noche.

Kieran la tumbó boca abajo y se sentó a horcajadas sobre sus muslos. Después, tomó un frasco de loción que había en la mesita de noche y se echó una generosa cantidad en la mano, calentándola mientras contemplaba los delicados hombros.

Empezó a masajearle la espalda mientras Olivia gruñía y se hundía, cada vez más relajada, en el colchón.

Lo atormentaba la idea de que Olivia y Cammie hubieran podido estar en la

casa en el momento del incendio. Si le hubiera pillado al otro lado del mundo, no habría podido hacer nada para salvarlas.

Había vivido muchos años sin ella, ¿por qué entonces le daba un vuelco el estómago ante la posibilidad de su muerte, y también la de su hija?

–¿Olivia? –terminado el masaje, le acarició la mejilla–. ¿Olivia?

La única respuesta fue un suave ronquido.

Estupefacto, tenso y frustrado, aunque también orgulloso por haber conseguido relajarla hasta hacerle dormir, se tumbó junto a ella, condenado a pasar una noche infernal. El cuerpo desnudo de Olivia se acurrucaba contra el suyo y el trasero descansaba sobre la durísima erección. Por un instante contempló la idea de aliviarse él mismo, pero no quiso correr el riesgo de despertarla.

Acalorado bajo la manta, cerró los ojos y se concentró en respirar lenta y profundamente, empleando una técnica que sabía acabaría por inducirle al sueño. Abrazado fuertemente a Olivia, bostezó y apoyó la mejilla contra su espalda.

A medida que pasaron los minutos, sintió una oleada de felicidad. Su casa no había significado gran cosa para él, aparte de contener todo el dolor de su pasado. Nunca había sido realmente feliz allí y en sus escasas visitas, solo tenía en mente escapar lejos.

Gareth y Jacob se habían construido sendas casas allí. ¿Por qué eran capaces de superar la tragedia mientras que él no lo era? ¿Era más débil que sus hermanos? Kieran y Annalise eran los más pequeños de los seis primos. ¿Marcaba eso la diferencia? Annalise tampoco había establecido su hogar en la montaña.

Durante un instante, se permitió recordar a su madre. Su aroma. Una fugaz imagen. El sonido de su risa. En sus recuerdos, ella bailaba en círculo con su hijo pequeño. Después la imagen se esfumó. Era todo lo que tenía, todo lo que tendría jamás.

Habitualmente, llegado ese momento se veía asaltado por un dolor tan fuerte que lo solía llevar al borde de la desesperación.

Pero, tumbado en la oscuridad, sin una lágrima en los ojos, se dio cuenta de que el dolor había desaparecido. Y en medio de la noche, oyó el susurro de su madre.

«Sé feliz, Kieran. Hazlo por mí…».

Capítulo Nueve

Al despertar, Olivia se encontró sola. La almohada aún conservaba la huella de la cabeza de Kieran, pero la cama estaba vacía. Era lo que habían acordado, pero se sintió desolada.

Bostezando y desperezándose, se preguntó cuánto tardaría Cammie en entrar en su habitación con su habitual energía matinal.

¿Habría detenido la policía al acosador? Era demasiado temprano para llamar a Lolita y Javier. En California aún era de noche.

Inquieta, se levantó de la cama. Le resultaba insoportable esperar al fin del drama.

Para cuando terminó de ducharse, Cammie ya había despertado y reclamaba su desayuno. Para sorpresa de Olivia, Victor les esperaba en el comedor oficial.

–Buenos días, señor –saludó ella sentándose en una silla mientras le dirigía a su hija una advertencia visual para que se comportara. La niña se concentraba en un plato de tortitas con forma de ositos y abetos.

El anciano tenía ante sí un plato vacío con restos de huevos y beicon. Entre sus grandes manos sujetaba una taza de café. Al igual que sus hijos, era alto, pero con los cabellos grises. Sus rojizas mejillas delataban unos hábitos poco saludables.

Lo menos que podía decirse de su imponente figura y mirada penetrante era que resultaba intimidatoria.

La comida transcurrió entre un incómodo silencio.

–Ya le dejamos solo –tras comer una cantidad razonable de tortilla y tostadas, Olivia empujó el plato a un lado. Con horror descubrió que su hija aún no había terminado.

–¿Tan pronto? –Victor Wolff enarcó una ceja–. Le he pedido a la ayudante de cocina que enseñe a Cammie a preparar galletas para poder hablar tú y yo. ¿Te parece bien, pequeña?

Cammie levantó la mirada mientras un hililllo de sirope resbalaba por su mejilla. Tenía la boca demasiado llena para hablar, pero asintió con entusiasmo.

–¿Dónde está Kieran? –Olivia sintió un escalofrío en la columna.

–Gareth, Jacob y él se han marchado a Charlottesville a primera hora de la mañana –el anciano se encogió de hombros–. Algo sobre comprar un nuevo *jeep.*

–¿Hacen falta tres hombres para comprar un coche?

–Mis chicos están muy unidos. Y casi nunca pueden hacer algo los tres juntos.

Una mujer de aspecto agradable apareció y se presentó como LeeAnn. Olivia observó desolada cómo el rostro de Cammie se iluminaba, tomaba de la mano a su nueva amiga y desparecía, dejándola sola con Victor.

–Vayamos a mi estudio –el tono de voz de Victor no daba ninguna opción a réplica.

El estudio parecía de película. Unas pesadas cortinas de color verde flanqueaban un impresionante ventanal que brillaba como si un ejército de elfos lo limpiara cada noche, y gran parte del suelo estaba cubierto por una antigua alfombra persa.

–Siéntate –Victor señaló una silla frente al escritorio.

Sintiéndose como una alumna traviesa, Olivia esperó con las manos apoyadas sobre el regazo. No era amiga del silencio, pero no se le ocurría qué decir.

–¿Cuándo pensabas decirme que tenía una nieta? –el anciano frunció el ceño.

Nada como un buen ataque para pillar a alguien por sorpresa.

–¿Por eso me ha pedido que venga aquí? –ella se mordió el labio intentando ganar algo de tiempo–. ¿Ha esperado a que se marchara su hijo para asaltarme por sorpresa?

–Eres una impertinente.

–No pretendo faltarle al respeto, pero no consentiré que me avasallen.

Rozaban continuamente el tema de conversación que no podía abordar. Aún no. No sin la presencia de Kieran.

Victor se dejó caer en la silla. A pesar de su bravuconada, o quizás debido a ella, en su rostro se reflejaba miedo. ¿O era otra cosa?

–Pídele que se quede –Victor encendió una pipa y aspiró lenta y profundamente–. Pídele a Kieran que se quede. Lo hará por ti. Jamás había traído a una mujer a las montañas Wolff. Tú eres especial para él.

–Siento desilusionarle, señor Wolff, pero está equivocado.

–Llámame Victor. Y yo casi nunca me equivoco. ¿Por qué estás tan segura?

–Me pidió que me casara con él por la seguridad de Cammie –Olivia respiró hondo, se tragó su orgullo y le reveló la verdad–. Sobre el papel, una familia, pero quedarse no formaba parte del trato. En septiembre se marchará a Sudán. No ha cambiado nada.

El anciano envejeció una década a ojos vista.

–Maldita sea. Este es su hogar. Necesita sentar la cabeza…

Las palabras se perdieron en un mar de impotencia.

–Nunca me he hecho ilusiones con respecto a Kieran –Olivia suspiró–. Es un hombre maravilloso, pero necesita recorrer mundo. Y ese es un estilo de vida para un soltero.

–¿Y qué pasa si tiene una familia?

–Si tiene una familia, no fue por elección suya –la respuesta también iba dirigida a ella misma–. Seguirá regresando a casa de vez en cuando. Seguramente es lo máximo que se puede esperar de él.

–En mis tiempos las mujeres sabían utilizar el sexo para conseguir lo que querían de los hombres –Victor la miró furioso.

–¿Está sugiriendo que utilicé el sexo para manipular a su hijo? –ella se sonrojó violentamente.

–Cualquier imbécil, incluso un anciano como yo, se daría cuenta de la chispa que hay entre vosotros. Vuélvele loco. Deja de preocuparte por ser tan

políticamente correcta.

–Perdóneme por no querer engatusar a un hombre para que me ame.

–¿Quién habla de amor? En cuanto siente la cabeza, se dará cuenta de que Cammie y tú sois buenas para él.

–¿Cómo las ciruelas y las coles de Bruselas? No gracias. Me merezco un hombre que nos ame a mí y a mi hija, que seamos su prioridad.

–Pues entonces pelea por ese maldito muchacho.

–Agradezco su hospitalidad, señor Wolff –Olivia se puso en pie y dio por terminada la conversación–, pero mi relación con Kieran no es asunto suyo.

–¿Alguna noticia de tu casa o del acosador? –Victor agitó una mano, restándole importancia a las palabras de Olivia–. Siento lo sucedido. Menudo susto debiste llevarte.

–Aún no sabemos nada. Dentro de un rato llamaré a mis padres –contestó ella conmovida por la compasión del anciano a pesar de su enfrentamiento.

–Siempre serás bienvenida en las montañas Wolff.

A Olivia se le hizo un nudo en la garganta. La mansión formaba parte de los derechos de nacimiento de Cammie. Sucediera lo que sucediera entre ella y Kieran, Victor Wolff era el abuelo de Cammie.

–Gracias –contestó con un hilo de voz–. La traeré de visita siempre que pueda.

–Procura hacerlo, Olivia Delgado –él asintió y una lágrima rodó por su mejilla.

Olivia escapó del estudio de Victor y, tras comprobar que Cammie seguía entretenida en la cocina, fue al dormitorio a buscar el móvil y empezó a hacer una serie de llamadas.

Por último, cuando consideró que era buena hora para llamar a sus poco madrugadores padres, marcó su número.

–¿No te das cuenta de que una mujer de mi edad necesita sus horas de sueño embellecedor? –sonó la profunda voz de Lolita.

–Siempre estás estupenda, madre, con o sin dormir –la necesaria adulación fue bien recibida–. ¿Papá y tú estáis bien?

–Se ha ido a preparar café –Javier Delgado retomó la conversación–. Estamos bien, nena. ¿Estáis bien mi nieta y tú?

–Sí.

Aún le quedaba otra llamada más, una que pondría todo en marcha. Cada minuto que se quedara junto a Kieran haría más difícil la inevitable separación.

Era hora de romper los lazos.

–¿Por qué no nos contaste que ibas a venir aquí ayer?

–Dijiste que mamá se había tomado un sedante y se había acostado –Olivia se sintió culpable–. No quise que viera la casa. Aún no. Las crisis no se le dan bien.

–Encontraremos al bastardo culpable de todo esto.

–Lo sé –ella sonrió ante el tono dramático con el que en ocasiones hablaba su padre–. Solo he llamado para deciros que os quiero y pediros que tengáis cuidado. Nadie sabe qué más tiene pensado hacer.

–No te preocupes, cariño, la casa está rodeada de un ejército. Me siento como si estuviésemos en *El Álamo*.

–Aquello acabó muy mal, papá.

–Sí, pero mi papel era buenísimo –Javier había interpretado a Davy Crockett.

Sorprendida de descubrir que lloraba, Olivia se secó las mejillas. Sus padres eran excéntricos y egocéntricos, y dados a la excesiva dramatización, pero los amaba.

–Volveré a llamar pronto –prometió–. Mantenedme informada.

Tras colgar se mordisqueó el labio, preocupada. Estaba convencida de que una parte de Lolita se sentía halagada ante tamaña irracionalidad.

Los hermanos Wolff aún no habían regresado a la hora de comer. Cammie echaba de menos las atenciones de Kieran y se puso a hacer pucheros. Y Olivia

se sentía igual, aunque sin poder comportarse como una niña de cinco años. Durante las siguientes horas, Cammie se mostró caprichosa e inconsolable. Se negó a dormir la siesta y lloriqueó hasta poner a su madre de los nervios.

Cuando Cammie al fin sucumbió al sueño, eran más de las cuatro de la tarde. Olivia se dejó caer, agotada, en un sillón. Había sido una mala idea dejar que la niña se durmiera tan tarde. Significaba que no iba a querer irse a la cama a su hora habitual.

A las seis y media Olivia se puso un bonito vestido color salmón que le sentaba muy bien a su tono de piel. No hacía falta sujetador y su respiración se aceleró al imaginarse la reacción de Kieran más tarde, cuando estuvieran a solas.

Le debía algo especial por lo de la noche anterior. Tras insistirle en que hicieran el amor, se había quedado dormida, sin duda defraudándole terriblemente.

Aún les quedaba tiempo para un último baile. Después, ella regresaría a su casa. Kieran era como era y no iba a cambiar. Y Olivia no podía sufrir más esperando un final distinto. Tras cepillarse los cabellos, los sujetó en un moño y se puso unos deslumbrantes pendientes. Si iba a producirse otro enfrentamiento verbal con Victor Wolff, necesitaría todo el armamento que pudiera reunir.

Echó un último vistazo a Cammie y se guardó el monitor en el bolsillo de la falda. Cuando la niña despertara lo sabría, porque lo primero que hacía, antes de abrir los ojos, era pedir algo de comer. Al igual que su abuela, no solía despertarse de buena gana.

Olivia bajó las escaleras y se quedó helada al ver a Kieran acercarse a grandes zancadas. Había algo diferente en él, aunque no lograba adivinar qué.

–Hola, preciosa –Kieran sonrió–. ¿Me has echado de menos?

Capítulo Diez

Kieran había disfrutado del día junto a sus hermanos, repasando sus vidas, recordando bromas y chistes de sus años adolescentes.

Sin embargo, no había dejado de echar de menos a sus chicas. Y al verla bajar las escaleras se abrazó a Olivia, respirando su limpio aroma.

–Sí –ella sonrió mientras se soltaba del abrazo–. Te hemos echado de menos. Es más, Cammie se ha comportado como una niña mimada y caprichosa todo el día.

–¿Y dónde está ahora?

–Durmiendo la siesta, por fin –sacó el monitor del bolsillo–. Cuando despierte, lo sabré.

–¿Crees que su comportamiento es debido a la noticia que le dimos anoche?

–Ya lo había pensado, pero no ha mencionado el incendio en todo el día.

–¿Has tenido noticias de California?

–No muchas. Ese hombre sigue escapado. Mamá y papá están bien… encerrados en la fortaleza, rodeados de guardas de seguridad.

–¿Y tú qué tal? –Kieran le apretó una mano.

–Yo estoy bien.

Sin embargo la respuesta no resultó demasiado convincente. Las ojeras acentuaban su palidez. Olivia era fuerte, pero perder la casa era un duro golpe para cualquiera.

–Haremos lo que haga falta –la rodeó con un brazo y entraron juntos en el comedor.

Gracie se unió a ellos. Con Jacob y Annalise también presentes, la cena resultó animada.

–¿Qué piensas hacer cuando hayan atrapado a ese tipo? –preguntó Jacob.

–En cuanto suceda, Cammie y yo regresaremos a casa –Olivia tomó un sorbo de vino–. Quiero decir…

El apretón de manos de Kieran se hizo más fuerte.

–Cammie y yo nos iremos a vivir con mis padres, supongo, hasta que decidamos qué hacer… reconstruir la casa o elegir otra más cerca de ellos. Aún no lo he pensado.

–Hablando de Cammie –intervino Kieran–, ¿no debería estar despierta ya? –observó a Olivia sacar el monitor del bolsillo y fruncir el ceño–. ¿Qué sucede?

–Creo que se ha quedado sin pilas. Iré a ver. Vosotros seguid cenando.

Apenas se había levantado de la mesa cuando Cammie apareció en la puerta con los cabellos revueltos y el pulgar metido en la boca.

–Hola, cariño, ¿te apetece cenar?

–Me he olvidado de Bun-Bun –la pequeña observó a todos los adultos con gesto solemne–. Quiere cenar con nosotros –dando media vuelta, salió corriendo del comedor.

–Vístete antes de volver –le gritó Olivia.

–No la agobies –Kieran volvió a sentarse–. Cuando éramos pequeños, aparecíamos a comer vestidos de cualquier manera.

–No será porque no lo intentara –Victor rio–. Vincent y yo hicimos lo que pudimos para imponer unas mínimas normas de etiqueta, pero no cuajaron.

–No lo dirás por mí –sonrió Annalise–. Alguien tenía que tener buenos modales por aquí.

–Lo que papá y el tío Vincent no sabían –intervino Gareth entre las carcajadas de sus hermanos– era que cuando volvíamos de jugar en el bosque estabas tan sucia como nosotros. Sin embargo, tenías esa enervante habilidad para transformarte de Cenicienta en princesa en un abrir y cerrar de ojos. Nos ponías furiosos.

–¿Voy a buscar a Cammie? –Kieran se inclinó hacia Olivia.

–No, con el mal humor que tiene –ella sacudió la cabeza–, iré yo. No te comas mi postre.

Kieran disfrutaba de una segunda copa de vino cuando Olivia regresó corriendo.

–No está arriba –exclamó con expresión de pánico–. No la encuentro. Ha desaparecido.

–No te precipites, cariño –Kieran la sujetó por los hombros, ayudándola a sentarse antes de que se desmayara–. Seguramente se ha perdido por algún pasillo.

–Jamás se pierde. Algo malo ha pasado.

El terror agarrotó el pecho de Kieran, aunque se contuvo. Debía haber alguna explicación.

–Gareth, Gracie y tú echad un vistazo por el patio camino de vuestra casa. Cammie adora al perro, y la piscina. Jacob, busca en esta planta con papá. Olivia y yo empezaremos por la segunda planta y seguiremos hacia arriba. Annalise, pregunta al servicio. Cuando terminéis, regresad aquí. ¿Todo el mundo lleva móvil? Llamad si la encontráis.

La siguiente media hora fue una pesadilla. Registraron toda la casa desde el sótano hasta el ático. Pero Cammie no estaba por ninguna parte.

Cuando se reunieron en el comedor, Olivia estalló en fuertes sollozos. Abrazándola con fuerza, Kieran intentó calmarla a pesar de su propia angustia.

–Ha sido ese hombre –sentenció ella al fin, dejándose caer en un sofá–. Lo sé. Dijo que haría daño a los seres queridos de mi madre, y mi madre adora a Cammie.

En los rostros de todos se reflejaba compasión, preocupación y el atroz miedo que ella misma sentía.

–¿Llamamos a la policía? –Olivia intentó, con gran esfuerzo, recuperar la compostura.

En la sala se hizo el silencio. La familia Wolff había sufrido mucho siendo objetivo de la prensa desde hacía años.

–Haremos lo que tú quieras –Kieran se agachó frente a Olivia–. Tú eres su madre –le tomó las heladas manos entre las suyas, alegrándose de que Jacob estuviera allí.

–Les llevará mucho tiempo llegar hasta aquí, ¿no? –susurró ella con un hilillo de voz.

–Unos cuarenta o cincuenta minutos –respondió Victor con la voz entrecortada.

–Esperaremos una hora más antes de llamar –Olivia soltó la mano de Kieran y se levantó.

–He rastreado el perímetro de la casa –habló Gareth–. No hay señales de que se haya forzado la entrada, ni huellas. Nada que indique la presencia de un intruso. Pero eso no significa nada. A menudo los psicópatas son brillantes. Habrá intentado borrar sus huellas.

De repente el salón se iluminó mientras un trueno resonaba en la montaña. Había estallado una tormenta.

–Si la tiene él, escapará por uno de los senderos –Kieran tomó una decisión–. Voy a buscar señales de que alguien haya pasado por allí. Empezaré por el lado norte y este.

–Gareth y yo cubriremos el cuadrante sur y oeste –Jacob asintió.

–Te acompaño –Olivia lo miró con expresión severa, casi agresiva.

–Es demasiado peligroso –Kieran sacudió la cabeza–. Confía en mí.

–Y confío en ti, pero es mi niña la que está ahí fuera.

Él la miró de arriba abajo. Su vestimenta era totalmente inadecuada para la misión, pero el tiempo pasaba y ella estaba visiblemente a punto de desmoronarse.

–Como quieras. Vámonos.

Olivia salió corriendo detrás de Kieran intentando mantener su ritmo. Sabía que estaba enfadado con ella, pero no podía quedarse esperando en la casa. No podía. A Cammie le aterrorizaban las tormentas.

¿Quién la tendría? ¿Con qué intenciones? ¿Para pedir un rescate? La

madre de Kieran había sido asesinada en circunstancias similares. ¿Estaría Kieran pensando en Laura Wolff en esos instantes? ¿Le temblarían las piernas igual que a ella?

Los relámpagos lo iluminaban todo a su alrededor. La lluvia torrencial caía sin piedad, empapándolos hasta los huesos. Kieran llamó a Cammie a gritos hasta quedarse ronco.

Había al menos una docena de senderos que cruzaba las montañas, pero ninguno mostraba señales de haber sido pisoteado recientemente. Sin embargo, la lluvia empezaba a convertirlo todo en un barrizal y aunque hubiera alguna huella, se borraría.

Al llegar a un claro, Kieran se detuvo bruscamente. Un nuevo relámpago los iluminó y Olivia vio claramente la expresión de angustia y dolor en su rostro. Pero cuando le tocó el brazo, la expresión se tornó en una de determinación mientras reanudaba la marcha.

Cuando al fin se encontraron con Gareth y Jacob, se miraron con la esperanza reflejada en los rostros. Protegiéndose del viento, se contaron la verdad con la mirada. Si algún intruso se había llevado a Cammie en medio de la tormenta, las posibilidades de encontrarla eran prácticamente nulas.

Regresando a la casa con los demás, Olivia tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo por no sucumbir a un ataque de histeria.

–Te he bajado ropa seca –Annalise la arrastró hasta una habitación contigua–. Cámbiate. No ayudarás a Cammie si te pones enferma.

Con dedos temblorosos, Olivia intentó obedecer. Ante su falta total de coordinación, Annalise le ayudó con las cremalleras y los botones. Primero la desnudó y luego la vistió con ropas secas.

Cuando regresaron junto a los hombres. Gareth reflexionaba concentrado.

De repente, se dio media vuelta y clavó la mirada en Annalise.

–¿Llevaste a Cammie al túnel secreto?

–Le enseñé dónde estaba –su prima asintió–, pero no llegamos a entrar. Seguramente estará lleno de arañas y ratones. Ningún niño querría entrar ahí.

–Yo sí lo hacía –la expresión de Kieran era sombría–. Más o menos a su

edad.

Durante unos segundos se hizo un profundo silencio. Olivia comprendió que el túnel secreto había sido el escondite elegido para llorar a su madre.

Todos juntos corrieron escaleras arriba hasta el ático.

–Pero aquí ya hemos buscado –Olivia se sentía confusa–. Varias veces.

–Por aquí –Kieran les dirigió hasta una pared cubierta por un friso de flores esculpidas.

–¿Te acuerdas de cuál era, Annalise? –Kieran presionó una rosa, pero no sucedió nada.

–No llegué a abrirlo –ella se encogió de hombros con tristeza–. Solo le expliqué a Cammie cómo funcionaba. No pensé que me estuviera prestando atención.

Kieran siguió empujando y golpeando hasta hacer que los nudillos le sangraran.

–Por el amor de Dios –su prima lo empujó a un lado–. Quítate, enorme tarugo.

Deslizando con delicadeza los dedos por la rugosa superficie, como si leyera en *braille*, buscó el mecanismo. De repente sonó un pequeño chasquido y la puerta se abrió.

Los siete adultos contuvieron el aliento. Annalise no se había equivocado. Las esquinas de la puerta estaban cubiertas de telarañas y el interior era negro como el carbón.

Acurrucada en el suelo estaba Cammie, profundamente dormida. Su rostro estaba sucio de las lágrimas mezcladas con el polvo y sus uñitas sucias de haber arañado la parte interior de la puerta.

–Despierta, bebé –Kieran se agachó y la tomó en brazos–. Estoy aquí. Papi está aquí.

–Despierta, Cammie, por favor –Olivia le acarició la mejilla.

–Me he quedado encerrada –Cammie abrió los ojos–. Annalise no me explicó cómo salir.

La furiosa mirada que le dirigió a la prima de Kieran, cuyo cuello rodeaba fuertemente con sus bracitos, hubiera arrancado una carcajada a los adultos, de no haber estado todos tan emocionados.

–¿Por qué te escondiste, mi amor? –Olivia alisó los cabellos de su hija–. Pensamos que bajarías para cenar, pero te marchaste en busca de Bun-Bun y no regresaste.

–Cuando bajé al comedor –explicó la niña con voz temblorosa–, te oí decir que en cuanto atraparan al hombre malo me llevarías de vuelta a California. Y yo quiero quedarme aquí, mami. Con Kieran. Y también contigo. Me gusta estar aquí.

–Pero, cielo…

Victor interrumpió la frase de Olivia, tocándole el brazo y señalándole el rostro de Kieran. El otrora amante secreto ya no tenía nada que ocultar. Su rostro reflejaba el amor y orgullo que sentía mientras miraba a Cammie como un hombre que al fin había encontrado un tesoro a cuya búsqueda hubiera dedicado toda una vida.

Antes de que Olivia pudiera decir una palabra más, él la atrajo hacia sí para completar el abrazo y ella apoyó la cabeza contra su hombro y lloró lágrimas de agradecimiento.

Al cabo de unos segundos, Cammie se bajó al suelo reclamando algo de comer y Olivia se dio cuenta de que los demás los habían abandonado discretamente.

–Dijiste que eras mi papá –la niña señaló a Kieran con un dedo acusador–. Te oí.

Olivia vio la lucha reflejada en el rostro de Kieran. Sabía que no la había traicionado a propósito. La revelación había surgido espontáneamente desde su corazón.

–Cammie, yo… –él se alisó los cabellos y miró desesperado a Olivia.

–Sí, cielito mío, es tu papá –ella se agachó y miró a la niña de frente.

–¿Y por qué no me lo dijiste cuando vinimos aquí? –su hija la miró con ojos desorbitados.

La pregunta era justa. El dolor y la confusión de Cammie era precisamente

lo que su madre había intentado evitar.

–Kieran no lo sabía, hasta que yo se lo conté –Olivia eligió cuidadosamente las palabras–. Cuando naciste, yo no sabía dónde estaba porque trabajaba al otro lado del mundo.

–¿Y no lo buscaste?

Otra pregunta acertada.

–Estaba muy ocupada cuidándote. Te amaba muchísimo y era muy feliz siendo tu mamá.

–¿Quieres ser mi papi? –Cammie miró fijamente a Kieran.

–Soy tu papi –contestó él sobrecogido por la emoción–. Pero aunque no lo fuera, me gustaría serlo. Porque creo que eres la niña más especial del mundo… y te quiero.

Olivia era consciente de que Kieran no hablaba a la ligera. Cuando Cammie se arrojó en sus brazos, el rostro de su amante mostraba su corazón como un libro abierto.

La emoción, y la sensación de culpa por haber mantenido separados a padre e hija, la obligaron a desviar la mirada.

Lo hecho, hecho estaba. Lo único que podían hacer los tres era seguir adelante.

–Vamos a darle algo de comer a nuestro pollito –Kieran volvió a tomar a su hija en brazos.

Bajaron a la suite de Olivia. Una llamada a la cocina les proporcionó toda clase de delicias infantiles: *nuggets* de pollo, galletas con mantequilla de cacahuete, manzanas asadas y tarta de chocolate.

Olivia y Kieran se sentaron uno al lado del otro mientras su hija devoraba una impresionante cantidad de comida.

–Si nuestra casa ha desaparecido –de repente, el rostro de la pequeña se iluminó–, este podrá ser mi dormitorio para siempre.

–Kieran y yo tenemos que hablar de eso –Olivia se mordió nerviosa el labio.

–Siempre será tu dormitorio –él no mostraba tantas reservas–. Pase lo que pase.

–Puedes quedarte aquí todo el verano –concedió Olivia–, pero Lolo y Jojo viven en California… y pronto empezarás el colegio. Tenemos que decidir muchas cosas.

–¿Y qué significa eso? –la niña miró perpleja a su madre. Un gesto que llevaba el sello inconfundible del clan Wolff.

–Son cosas de mayores, nena –Kieran se puso en pie–. Vamos a bañarte. Hueles a mofeta.

Riendo, la niña desapareció con su padre, dejando a Olivia sola con sus pensamientos.

Capítulo Once

Kieran se quedó en la terraza, resistiéndose a entrar en el salón donde le esperaba el interrogatorio de su familia sobre la hija de cinco años de la que no les había hablado.

Cammie. Su hija. Seguía sonándole extraño.

La tormenta había pasado y había quedado una noche tranquila y serena.

No podía decirse lo mismo de su propia situación. Desde que era adulto solo había tenido que preocuparse de sí mismo. Bueno, se corrigió, se había preocupado por su padre, sobre todo después del infarto que lo había llevado de regreso a su casa y lejos de Olivia.

Sin embargo, a medida que pasaron los meses, y una vez decidido a vagar por el mundo, se había dedicado solo a sí mismo. No había sido un acto puramente egoísta. Era una persona amable y su trabajo beneficiaba a mucha gente, pero lo único que le había preocupado realmente era el siguiente puntito en el mapa y cuándo se dirigiría allí.

En esos momentos se encontraba en una encrucijada. Tenía una hija y una amante, y una montaña que lo reclamaba. En otras circunstancias estaría nervioso por partir de nuevo.

Sin embargo, la idea de marcharse en septiembre empezaba a resultarle insoportable.

Ansioso por ver a Olivia, por hacer planes, regresó al interior de la casa.

–En la puerta hay un tipo que dice llamarse Jeremy Vargas –su padre salió a su encuentro–. El guarda quiere saber si debe dejarle pasar o no.

–Que pase –Kieran frunció el ceño, deseando poder decir que no.

–Cuando estés preparado –su padre le apoyó una mano en el brazo–, a todos nos gustaría saber algo sobre Olivia y Cammie –hizo una mueca–. Olivia era la chica a la que querías contarle la verdad allá en Oxford…

–Sí –contestó él.

–Pero sufrí un infarto y la dejaste –el anciano hizo otra mueca–. No sabes cuánto lo siento.

–No fue culpa tuya.

–¿Por qué nunca te contó que tenías una hija?

–Porque creía que me llamaba Kevin Wade, y cuando descubrió que la había engañado, cuando descubrió mi verdadera identidad, consideró que no tenía derecho a saberlo.

–Qué hijo de… fui… –el anciano agachó la cabeza, derrotado.

–No sufras, papá. Es agua pasada. Lo superaremos.

Jeremy Vargas llegó y, tras las presentaciones, su padre se excusó dejándolos solos.

–¿Por qué has venido? –preguntó Kieran abiertamente sin ganas de mostrarse amigable.

–Olivia me llamó tras el incendio –el hombre sonrió–. He venido para llevármela a casa.

–¡Y una mierda! –rugió Kieran furioso. Nadie abandonaría esa casa sin su consentimiento.

En ese momento, Olivia bajó las escaleras. La sonrisa que le dedicó a Jeremy fue dulce y franca. Kieran jamás había recibido una sonrisa así de ella y se sintió muy irritado.

–No dijiste que fuera a venir Vargas –rugió furioso.

–No sabía cuánto tardaría en llegar –contestó ella–. No lo esperaba hasta mañana.

–Habíamos acordado que no te irías hasta que el acosador de tu madre hubiera sido detenido.

–Cammie puede quedarse. Dispondréis del tiempo que me solicitaste para conoceros. Yo tengo que ocuparme de varios asuntos y así no tendré que preocuparme por ella.

–¿Puedo hablar contigo en privado? –masculló Kieran entre dientes.

–Ya nos hemos dicho suficiente –ella sacudió la cabeza–. En cuanto decida lo que voy a hacer, hablaremos sobre la custodia.

Pretendía mantenerlo fuera. Trazar una línea. Pero si pensaba que él iba a permitirle dirigir el espectáculo, iba a recibir una desagradable sorpresa.

–¿Y cuándo tenías pensado marcharte? –Kieran se cruzó de brazos.

–Por la mañana. En cuanto me asegure de que Cammie está bien –Olivia se volvió hacia Jeremy–. Iré a hablar con el padre de Kieran y le preguntaré si puedes pasar aquí la noche. Entre los dos hombres se hizo un profundo silencio mientras esperaban a que ella regresara. Jeremy sonreía de manera enigmática.

–¿Qué hay entre Olivia y tú? –Kieran sentía deseos de propinarle un puñetazo.

–Sin comentarios –Jeremy se encogió de hombros.

–No me gustas, Vargas, ni un poquito.

La cinematográfica sonrisa se hizo más amplia.

–Estás enamorado de ella.

–La amo –Jeremy volvió a encogerse de hombros–. Y la conozco lo suficiente para saber que eres el tipo que le destrozó la vida. No pienso permitir que vuelvas a hacerlo.

–¡Bastardo mojigato! –Kieran hervía de deseos de pelearse a puñetazos con él–. Lo que haya entre Olivia y yo no es asunto tuyo.

–Eso ya lo veremos. Te vigilaré de cerca, Wolff. Cuidado con lo que haces.

–¿Seguro que quieres quedarte? –a la mañana siguiente, Olivia abrazó a su hija con tal fuerza que la niña acabó protestando–. No tienes que hacerlo si no quieres.

–Te echaré de menos, mami –la niña hizo una mueca–. Diles a Lolo y Jojo que los quiero.

Y antes de que su madre pudiera darle otro beso, salió en busca del perro de Gareth.

Kieran la miraba con gesto impasible. La noche anterior, había llamado a su

puerta, pero no había podido entrar porque el cerrojo estaba echado. Todo había salido a la luz. Cammie era hija de Kieran, una Wolff recibida con los brazos abiertos por el clan.

Sería el período de tiempo más prolongado que madre e hija pasarían separadas. Dejarla era una tortura, pero ni siquiera podía quedarse por el bien de Cammie. Si Kieran continuaba presionándola con el matrimonio como solución práctica, acabaría por ceder. Y las consecuencias serían desastrosas.

Tras entregarle la maleta a Jeremy, se puso de puntillas y besó a Kieran en la mejilla.

–Adiós –se despidió–. Cuida de nuestra niña. Estaremos en contacto.

Mientras Jeremy les alejaba de las montañas, las lágrimas brotaron de los ojos de Olivia.

–¿Por qué no le ahorras sufrimientos a ese tipo? Lo amas.

–Pero él no me ama. Se siente atraído por mí y le gusta compartir una hija conmigo, pero yo no puedo vivir con eso.

–¿Y es mejor vivir sin él?

–Desde luego. Lo hice durante cinco años y me fue bien.

–Pero ahora has compartido su cama. Has compartido cosas con él que no has compartido con nadie más.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Porque te conozco –contestó Jeremy mirándola de reojo–. En los últimos cinco años no habrás salido más de diez veces, y en un par de ocasiones fue para acompañarme a mí a algún estreno, por lo que no cuenta.

–A muchos hombres no les entusiasma precisamente la idea de criar al hijo de otro.

–Esa no es la cuestión. La mayoría de los tipos que conozco se mataría por estar contigo, aunque tuvieras una docena de mocosos. Eres lista y divertida, y dulce y guapísima.

–Eres estupendo para mi ego –Olivia se sonó la nariz y suspiró–. Mi dulce Jeremy.

–Lo digo como lo siento –él esperó a que se abriera la enorme puerta de entrada antes de acelerar en dirección al aeropuerto–, y creo que deberías decidir qué o a quién quieres.

–Qué curioso. Victor Wolff me dio un consejo muy parecido.

–Pues quizás deberías sacar la cabeza de la arena y escuchar.

Olivia pasó tres semanas en California. Los primeros siete días estuvieron repletos de reuniones con las aseguradoras. Además tenía que terminar sus ilustraciones y enviarlas al editor. Por suerte siempre llevaba consigo los originales en una carpeta.

Durante la segunda semana se produjo la detención del acosador de Lolita, un hombre triste y solitario con trastornos mentales. Después llegaron las decisiones realmente difíciles de tomar, como la de derruir lo que quedaba de la casa para vender la parcela.

Jeremy estuvo junto a ella mientras las excavadoras hacían su trabajo y le sujetó la mano mientras ella lloraba al ver cómo lo que quedaba de su vida era arrojado a la basura.

–Yo solo quería tener una familia normal.

Jeremy la comprendía perfectamente, pues había tenido una infancia y juventud tan tumultuosa como la de ella. Por eso sus palabras le provocaron una tremenda conmoción.

–Deja de ser tan melodramática –exclamó–, a no ser que estés dispuesta a admitir que te pareces más a tu madre de lo que crees. Has perdido la casa y, sí, es una faena. Pero mira lo que has ganado. Un padre para Cammie. Parientes que te quieren. Y un nuevo hogar si estás dispuesta a aventurarte.

–Salvo en la época de universidad, nunca he vivido fuera de California.

–Yo tampoco, pero resulta que adoro Nueva York. Y creo que tú adoras las montañas Wolff. No has dejado de hablar de ese lugar durante las dos últimas semanas.

–¿Y qué pasa con mis padres?

–Tus padres no necesitan que les cuiden. Llevan una vida excitante. Además, ahora existen unas cosas llamadas aviones que te llevan volando de un

lado al otro del país.

–Tengo miedo, Jeremy. La última vez me hizo mucho daño.

–No eras más que una cría. Ahora eres una mujer madura. Además, él sabe que le patearé el culo si se porta mal contigo.

Ambos estallaron en carcajadas y, dándole la espalda a su pasado, Olivia cruzó la calle con Jeremy a su lado para dirigirse al coche.

–Vamos a buscarte una bonita mujer, Jeremy Vargas.

–Me gusta estar soltero –él rio–. De momento nos centraremos en ti.

Capítulo Doce

El regreso de Olivia a las montañas Wolff resultó decepcionante. La mansión estaba prácticamente desierta, salvo por los empleados. El ama de llaves le dio la bienvenida y le informó del paradero de cada miembro de la familia.

Annalise y Victor habían llevado a Cammie a Charlottesville para comprarle ropa nueva. Jacob trabajaba en su laboratorio y Gareth y Gracie pintaban una habitación en su casa.

Únicamente las actividades de Kieran eran un misterio.

Olivia se refrescó en su suite y se puso ropa cómoda, feliz de estar sola. Había regresado a las montañas Wolff para una breve visita porque echaba muchísimo de menos a su hija, y también porque Kieran y ella debían hablar sobre la custodia. A Cammie le habían dicho que se quedaría una semana, pero no estaba segura de poder aguantar tanto tiempo.

Había reflexionado sobre el consejo de Jeremy de luchar por lo que deseaba. Sin embargo, era realista. Kieran y ella eran demasiado diferentes. Fin de la historia.

Lo que necesitaba era dar por finalizada la relación. La marcha de Kieran en septiembre le iba a facilitar las cosas. Quizás entonces su corazón asumiría que lo suyo no podía ser.

Olivia entró en el dormitorio de Cammie e hizo una mueca.

–Siento el desorden, señora –la doncella entró en la habitación con toallas limpias–, pero el señor Kieran dijo que si yo iba tras ella limpiando, jamás aprendería a ser responsable.

–Y es verdad –sorprendida e impresionada, Olivia asintió–. Esta noche hablaré con ella.

–Sigue siendo un bebé.

–Sí, pero no demasiado como para aprender a ser ordenada.

La otra mujer sonrió y se excusó, dejándola sola para merodear por la

enorme casa. Kieran y sus hermanos se referían a ella como «el castillo», cuando querían hacer rabiar a su padre, pero no andaban muy lejos de la realidad.

Al fin dejó de buscar a alguien con quien hablar y decidió salir a dar un paseo.

Cuando Cammie regresara habría pocos momentos para reflexionar. La tarde era perfecta y el aire húmedo estaba cargado de expectación. Era un día para soñar.

Pasó frente a la casa de Gareth y siguió caminando hacia el bosque, fresco y sombreado.

Necesitaba hablar con Kieran sobre su futuro como familia. Y debía hacerlo en privado, lo que suponía tener que esperar hasta después de la cena. Desde su regreso a California, apenas habían mantenido contacto. Cammie siempre se ponía al teléfono cuando llamaba y Annalise también charlaba un rato con ella, pero Kieran nunca estaba disponible.

Al pensar en la intimidad compartida, se sonrojó violentamente a pesar de estar sola. Durante tres semanas le había costado poder dormir, atormentada por los recuerdos de Kieran haciéndole el amor. En sus brazos se había sentido completa, feliz.

Como si hubiera conjurado su presencia, Kieran apareció repentinamente apartando a un lado una rama de arce. Llevaba unos vaqueros rotos y desteñidos, y el torso desnudo.

–Has vuelto –él se reclinó contra un árbol y la miró fijamente.

–Sí –asintió Olivia.

–¿Ha venido Vargas contigo?

–¿Jeremy? No –ella frunció el ceño ante la inesperada pregunta–. ¿Qué tal con Cammie?

–Está estupenda –la expresión de Kieran se suavizó, haciéndole parecer más joven y feliz–. Hemos ido de pesca, hemos hecho senderismo… le he enseñado a jugar a las damas.

–Suena divertido.

–La has educado muy bien, Olivia. Puedes sentirte orgullosa.

–Gracias –el elogio le hizo sentirse incómoda.

–Me vendría bien un trago –enderezándose, se frotó la frente con el dorso de la mano–. ¿Lista para volver a la casa?

Él le tendió una mano, pero ella no fue capaz de aceptarla.

El rostro de Kieran se ensombreció cuando ella fingió no haberse dado cuenta del gesto. Y en silencio, regresaron a la casa.

Fueron directos a la cocina, donde les aguardaba una jarra con limonada recién hecha. Kieran sirvió dos vasos y le ofreció uno. Sus dedos se rozaron y una chispa saltó entre ellos. Los ojos de color ámbar seguían cada uno de los movimientos de Olivia.

–Quiero enseñarte algo –Kieran apuró el vaso y lo dejó en el fregadero, junto al de ella.

Perpleja, Olivia lo siguió escaleras arriba hasta el ático. Una parte de la enorme estancia había sido tabicada y una puerta añadida. Kieran la empujó al interior.

Ella se quedó paralizada. Maravillada.

Un enorme tragaluz había sido abierto en el techo y el brillante sol entraba en lo que parecía ser un estudio de arte, completo con pinceles, lienzos y atriles. Una mesa de dibujo, toallas y trementina. Paletas y pintura.

–¿Qué es todo esto? –preguntó ella al fin tras contemplarlo todo.

–Un estudio, para que lo utilices cuando estés aquí –contestó Kieran sin mirarla.

–No lo comprendo –Olivia estaba dividida entre la confusión y la desesperación.

–Esperaba que este pudiera convertirse en tu nuevo hogar –los músculos de la garganta de Kieran se tensaron–. Para siempre.

–Es muy amable por tu parte –ella buscó una explicación en su rostro–, pero no quisiera imponerme a tu familia.

–Entonces cásate conmigo –él le acarició la mejilla–, y serás parte de la familia.

–Ya lo hemos hablado –Olivia hizo una mueca y se alejó de él, dejándose caer en una silla–. Eres el padre de Cammie. He traído los papeles que te otorgan la custodia compartida. Al cincuenta por ciento. Aunque los tres convivamos ocasionalmente bajo el mismo techo, no es necesario que estemos casados.

–Para mí sí es necesario –contestó Kieran con calma.

–Traeré a Cammie a menudo. Cada vez que vengas a casa. No la mantendré alejada de ti.

–Olivia –intervino él bruscamente–. Por el amor de Dios, no me estás escuchando. Te amo.

–Me deseas –le corrigió Olivia mientras se mordía el labio.

–Pues claro que te deseo. Más que a mi vida. Estas últimas semanas han sido un infierno y en lo único en lo que puedo pensar es en arrancarte la ropa y hundirme dentro de ti hasta que ambos muramos de placer. Sí, te deseo. Pero lo que acabo de decirte es que te amo. Hasta que la muerte nos separe. ¿Me he explicado con claridad?

–Estás gritando –contestó ella presa de los nervios. Deseaba desesperadamente que la escena fuera real, pero se mostraba precavida.

–No me dabas tantos problemas cuando tenías veintidós años –Kieran cerró los ojos.

–Y tú no eras Kieran Wolff, de modo que estamos en paz –Olivia tomó un pequeño pincel y comprobó la calidad de las cerdas–. No sé si funcionaría.

–¿El qué? –preguntó él confuso.

–Una relación a distancia. Annalise me habló de tu estilo de vida. Regresas para el día del padre, y a veces en Navidad. No es mucho a lo que aferrarse para Cammie y para mí.

La retahíla de juramentos que pronunció Kieran fue extraordinaria en su variedad y complejidad y Olivia estuvo segura de que había abarcado varios idiomas.

Kieran la agarró por los hombros y la besó apasionadamente, haciendo que le flaquearan las rodillas. Rodeándole el cuello con los brazos, ella gimió cuando él le pellizcó los pezones a través de la fina tela de la blusa.

–No me voy a ninguna parte –Kieran se apartó de ella para recuperar el aliento y la miró

–¿Hoy? –ella intentó regresar a su zona de seguridad, pero él la sujetaba por las caderas.

–Nunca –contestó él secamente–. ¿Me crees?

–¿Y qué pasa con tu trabajo?

–Conseguiré a alguien para que me sustituya en septiembre. Todo lo demás pueden hacerlo los arquitectos y los ingenieros.

–¿Y qué harás tú?

Kieran deslizó las manos bajo la ropa hasta llegar a los pechos. Sopesando delicadamente cada uno de ellos, se inclinó para besarla de nuevo, con agónica ternura.

–En primer lugar –balbuceó con los labios pegados al cuello de Olivia–. Voy a construir nuestra casa, y un columpio, y un corral para el poni, y…

–¿Hablas en serio? –ella le tapó la boca con una mano–. ¿De verdad crees que puedes dejarlo todo sin más? ¿Se acabó dar tumbos por el mundo? ¿Se acabaron las mosquiteras?

–No tengo ninguna razón para irme –él le mordisqueó un dedo–. Todo lo que deseo está aquí si tú te quedas conmigo.

–No lo digas si no es en serio –las lágrimas ardían en los ojos de Olivia–. No soportaría que cambiaras de idea.

–Por Dios, Olivia. Sé que te di sobrados motivos para desconfiar de mí, pero tienes que creerme. Si me das otra oportunidad… si formas una familia conmigo, jamás lo lamentarás. Dedicaré el resto de mi vida a hacerte gritar mi nombre noche tras noche, hasta que los vecinos protesten.

–Aquí no hay vecinos –ella rio y lloró al mismo tiempo mientras se imaginaba claramente a Kieran haciéndole gritar mientras alcanzaba el clímax.

–¿Te has fijado que hice que el decorador instalara un canapé? Todos los grandes artistas tienen un canapé.

–¿Para que la gente pueda posar para mí? –ella alzó los brazos mientras él deslizaba el vestido por encima de su cabeza con más urgencia que cuidado.

–Para que pueda hacerte el amor –jadeó él mientras se desnudaba–. Túmbate.

No hubo necesidad de repetírselo dos veces. Si no se tumbaba, se caería al suelo.

Kieran se acomodó entre sus piernas. Con los pulgares, separó los pliegues de su sexo y lo apoyó sobre la cabeza de su erección, larga, dura y palpitante de excitación.

–Te amo, Olivia –gruñó con los ojos cerrados.

Colocándose a la entrada del hogar, se hundió profundamente, arrancándole a Olivia un grito y llenándola tan completamente que se olvidó de respirar. Durante unos segundos se quedaron quietos, absorbiendo el desgarrador placer.

Kieran se inclinó sobre ella para saborear sus pechos, lamiendo y chupando hasta que ella sintió aproximarse el primer orgasmo. Después deslizó las manos bajo su trasero.

–Kieran… –jadeando y mareada, ella no sabía qué quería decirle.

–Estoy aquí, cielo. Siempre lo estaré.

La promesa y el movimiento de las caderas de Kieran, que frotaba la erección contra el punto dulce de su sexo, hizo que Olivia estuviera a punto de llegar. El clímax fue eterno, provocándole una oleada de estremecimientos que bordeaban el dolor y el éxtasis.

Antes de poder recuperarse, Kieran se puso rígido y su espalda se arqueó en un rictus de liberación que duró unos interminables y estremecedores segundos.

–Me encanta este canapé –minutos, quizá horas, después, Olivia recuperó el habla.

El sol calentaba sus cuerpos y el peso de Kieran era una deliciosa carga.

–Demonios –exclamó él al fin–. No me he puesto preservativo. Te juro que contigo pierdo toda sensatez.

–Me gustaría quedarme embarazada otra vez –susurró ella mientras le acariciaba los cabellos. Una infinita paz le llenaba el corazón, la mente, el alma.

Las montañas Wolff era un lugar estupendo en el que criarse. Y después de haber experimentado el terror provocado por la violencia y el peligro, Olivia había llegado a la conclusión de que vivir alejado del mundo no era tan malo.

–No he dormido desde que te fuiste –Kieran se sentó frotándose los ojos–. La boda ha de celebrarse pronto. Te quiero en mi cama. Todas las noches.

–Yo también lo deseo –Olivia se agachó para recuperar el sujetador–. Me da la sensación de que a Annalise podría gustarle organizarla.

–Podemos instalar una carpa gigante para mantener a la prensa a raya. A no ser, claro está, que a tus padres no les importe ser fotografiados.

–Con ellos no se sabe –ella rió–. Mi madre lleva la cuenta de las veces en que ha aparecido en las revistas. Dice que no contienen más que cotilleos, pero no soporta quedar fuera.

Con mucho esfuerzo consiguieron vestirse. Kieran no paraba de mordisquearle la cintura, acariciar su trasero o morderle la oreja.

–¿Crees que ya habrá vuelto alguien a casa? –preguntó Olivia cuando por fin se vistieron.

–¿Quién sabe? –él se subió la cremallera–. ¿Por qué lo dices?

–Aún no sé si estoy soñando –contestó ella mientras palpaba su sexo en la parte delantera de los vaqueros–. Quizás podrías intentar convencerme un poco más.

Cuando al fin bajaron las escaleras, estaban deseosos de compartir la noticia. Kieran llamó por el móvil a todos para convocar una reunión. Poco a poco, el salón se fue llenando con los miembros del clan, incluyendo al padre y los hermanos de Annalise.

–¡Has vuelto! –Cammie vio enseguida a su madre y se lanzó a sus brazos.

–Sí, he vuelto –Olivia la abrazó–. ¿Te has portado bien?

–Sí, mamá.

–Creo que es el momento de algunas presentaciones y, ¿quizás de un anuncio formal? –Victor miró a su hijo menor con expresión inquisitiva.

–Hace seis años –Kieran rodeó a Cammie y a Olivia con sus brazos–, Olivia y yo nos conocimos en Oxford. Pero, como bien sabéis, los Wolff íbamos a la universidad con nombres falsos. Cuando regresé repentinamente tras el infarto de papá, Olivia y yo perdimos el contacto… pero ella tuvo a mi bebé.

Olivia se preguntó si habría sido ella la única en percibir el temblor en la voz de Kieran.

–Mis días de viajero han terminado –continuó él mirando uno por uno a cada miembro de su familia–. Olivia ha aceptado casarse conmigo. Mi siguiente proyecto será nuestra nueva casa en las montañas Wolff.

Un estruendo de vítores y aplausos estalló en la sala mientras Kieran, Cammie y Olivia eran envueltos en abrazos y besos. Olivia disfrutó de cada instante. Los Wolff no eran una familia normal, pero eran su familia.

–Gracias por acogerme y por ser tan buenos con Cammie –inició su discurso cuando se hizo de nuevo el silencio en el salón–. Queremos que sea una boda relámpago y, si Annalise está dispuesta, me gustaría que ella se encargara de organizarla.

–Yo también ayudaré –intervino Gracie con los ojos brillantes–. Ya era hora que en estas montañas se hicieran cosas de chicas.

Todo el mundo rio y Victor alzó una copa de champán mientras dos doncellas llenaban las copas de los demás. A Cammie le llenaron la copa con zumo de naranja.

Cuando todo el mundo estuvo servido, Victor se aclaró la garganta y pidió silencio.

–Por Kieran, su futura esposa y su hija. Que siempre seáis tan felices como lo sois hoy.

–Por mis chicas –susurró Kieran mientras todos alzaban sus copas–. Os amo.

Horas después, cuando el reloj estaba a punto de señalar la medianoche, Kieran y Olivia, tomados de la mano, contemplaban a Cammie, que dormía.

–Te has perdido muchas cosas –susurró ella–. No podré devolvértelas.

–Cada uno marcamos nuestro camino, Olivia –contestó Kieran tras unos segundos–. Los nuestros se separaron en el peor momento posible, pero ya no tendremos que preocuparnos por eso nunca más. A partir de ahora caminaremos juntos. Día a día. Trazaremos nuestro propio camino.

–Y supongo que querrás tener más hijos.

–Una docena –él se volvió hacia ella y le dedicó una deslumbrante sonrisa–. Aquí hay sitio de sobra y, si Dios quiere, también habrá un montón de primos.

–El día que te conocí supe que eras el hombre con quien quería casarme –Olivia se puso de puntillas para besarlo.

–De haberlo hecho mejor años atrás, no habríamos perdido tanto tiempo –Kieran la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama del dormitorio adyacente donde centelleaba una docena de velas encendidas.

–Intenté convencerme de que no había sido más que una aventura, pero en el fondo siempre supe que eras tú –ella le acarició el rostro–. Y eso me dificultó mucho salir con otros chicos.

–No quiero saber nada de los otros chicos –murmuró él–. Al menos ahora no –Kieran deslizó una mano hasta el cálido y húmedo lugar, preparado para recibirlo.

–No hubo ninguno –Olivia lo detuvo con una mano–. Solo tú.

–Eres mía, Olivia. Y yo soy tuyo –Kieran la miró con ojos desorbitados y algo parecido a una mezcla de sorpresa, alivio, alegría y humilde gratitud.

Mientras se colocaba en posición para lanzarse directo a su hogar, oyó una débil voz y unas palabras que parecían provenir de otro mundo:

«Te amo, hijo mío. Que seas feliz…».

Los ojos de Kieran se llenaron de lágrimas mientras colmaba el pasadizo secreto de Olivia con una oleada de deseo y pasión.

Había llegado a casa y era feliz.

